DOC SAVAGE

Kenneth Robeson

Asesinos en acción



El magnate maderero de Nueva Orleáns, Eric Danielsen, y su encantadora hija, Edna, sufren un atentado en el avión que los lleva a Nueva York, donde Eric, espera encontrarse con su viejo amigo Ham. Está metido en un lío tremebundo y sin duda la agilidad mental de Ham y su amistad con el prodigioso «hombre de bronce», le ayudarán en la vicisitud.

Clark «Doc» Savage Jr. es un médico, cirujano, científico, aventurero, inventor, explorador, investigador, y, como se revela en *El tesoro Polar*, un músico. Un equipo de científicos reunidos por su padre, entrenaron su mente y cuerpo a las capacidades casi sobrehumanas desde el nacimiento, dándole una gran fuerza y resistencia, una memoria fotográfica, un dominio de las artes marciales y un vasto conocimiento de las ciencias. Es también un maestro del disfraz y un excelente imitador de voces.

Doc confía en cinco individuos excepcionales que le ayudan en sus aventuras, expertos en áreas concretas: Andrew Blodgett «Monk» Mayfair (químico), Theodore Marley «Ham» Brooks (abogado), John «Renny» Renwick (ingeniero), Thomas J. «Long Tom» Roberts (ingeniero electrónico) y William Harper «Johnny» Littlejohn (arqueólogo y geólogo).



Kenneth Robeson

Asesinos en acción

Doc Savage - 3

ePub r1.2
algarri 30.07.14

Título original: *Quest of the Spider*
Kenneth Robeson, 1933
Traducción: Zoe Godoy
Retoque de cubierta: algarri

Editor digital: algarri
ePub base r1.1



Nota del editor digital

«Kenneth Robeson» es el seudónimo de **Lester Dent**, utilizado por «Street & Smith Publications» para la publicación de la serie *Doc Savage*. Al igual que Lester Dent, muchos otros autores publicaron sus novelas *pulp* (género literario de la primera treintena del siglo XX), bajo este seudónimo.



DOC SAVAGE

I
El enemigo ataca



Un cometa cruzó con ímpetu el nubloso cielo de estío. Pero un cometa de acero, obra del hombre, el correo aéreo entre Nueva Orleans y Nueva York.

De sus tres motores, fuente de energía, surgía y difundíase por el espacio un zumbido ronco, ininterrumpido, potente.

En su cámara de popa distraían sus ocios doce pasajeros. De entre ellos, unos hojeaban diarios o revistas; otros jugaban al *bridge*.

No habrían estado más a sus anchas leyendo a la luz de la lámpara de sus respectivos hogares.

No parecían, sin embargo, tan tranquilos, dos de ellos, que se mantenían aparte. Sus rostros reflejaban la tensión de sus nervios. Sus ojos expresaban el temor.

Mas estaba claro que no motivaba, exclusivamente, su miedo al viaje en aeroplano.

Sus miradas escudriñaban, infatigables, el mar de nubes en que navegaba, como si aguardaran ver surgir, de súbito, entre ellas, una garra, una muerte espantosa e implacable como el Destino.

—Tranquilízate, Edna —murmuró uno de ellos—. Aquí estamos seguros.

Era un hombre cuya figura voluminosa se destacaba, prominente, el asiento de mimbre que ocupaba.

Sus manos eran toscas, nudosas; su cabello, rubio y áspero, canoso en las sienes y alborotado, en aquellos momentos, por el frotamiento incesante a que le sometían los dedos impacientes de su

dueño, cuya preocupación era manifiesta.

Un artista de viva imaginación podía haberle tomado de modelo para un retrato del vikingo Eric el Rojo, famoso por sus buenos puños.

Y ved qué casualidad, su nombre era también Eric: Eric el Gordo, como le llamaban sus íntimos, presidente de la Compañía Maderera Danielsen y Haas, célebre en todo el sur de los Estados Unidos.

Todos los que intervenían en esta rama de la industria habían oído hablar de mister Danielsen —o Eric el Gordo— que, de simple trabajador de un aserradero, había subido al poder de la presidencia y adquirido un capital de unos cuantos millones.

—¡Oh, es todo un caballero! ¡Un aristócrata del dinero! —se decía de él—. Con todo, no tiene enemigos.

De haber contemplado entonces el rígido semblante y los músculos en tensión del millonario maderero, hubiera el vulgo variado de opinión.

Su aspecto era el de aquél que aguarda ser herido de un momento a otro, por una mano traidora.

—Procura dormir un poco, papá —sugirió la muchacha, a quien Eric había llamado Edna—. Te has pasado toda la noche en vela, revólver en mano. ¡Oh, no digas que no, porque te he visto!

Era notable la semejanza existente entre padre e hija. Esta poseía la misma expresión enérgica de mister Danielsen, sus celestes pupilas y rubios cabellos.

También había heredado de él una estatura aventajada. Pero era una belleza.

Una casa importante de películas le ofreció, en cierta ocasión, una pequeña fortuna si se dejaba filmar. Edna mató en flor sus ilusiones.

Su salario como vicepresidenta de la Compañía Maderera —repuso— excedía a aquél que se le ofrecía. El talento y la belleza no suelen ir unidos, mas Edna constituía una excepción a la regla.

Que era atractiva en extremo, lo demostraba el hecho de que, con la sola excepción de aquéllos que iban con sus esposas, todos los pasajeros del aeroplano se habían colocado de manera que pudieran dirigirle furtivas miradas de vez en cuando.

Sólo un pasajero parecía indiferente a sus encantos y éste, ¡cosa singular!, pertenecía a ese tipo aniñado y empalagoso que importuna, con frecuencia, a las mujeres bonitas con su atención impertinente.

Llevaba el cabello peinado hacia atrás, tan pegado y brillante, que su cabeza parecía la concha engrasada de una tortuga negra. La expresión de su rostro era poco agradable.

Un momento antes, el insípido desconocido había visitado el lavabo, situado en la parte posterior de la cámara, y, al pasar por delante de Eric y de su hija, había vuelto la cara.

—¡Hay algo extraño en la actitud de ese hombre! —había murmurado Eric el Gordo.

—Yo estaba pensando lo mismo, papá —replicó la hermosa Edna.

La cámara del aeroplano, sólo aislaba en parte los sonidos procedentes de su interior. De modo que, desde su asiento, oían hablar los pasajeros en el departamento del piloto, al ayudante de éste, que comunicaba por la radiotelefonía con la nave-aviso más próxima.

Le indicaba el estado general de la atmósfera en la región que atravesaban y se informaba, al propio tiempo, de los partes referentes al estado de aquélla que iban a recorrer.

—Voy a verle la cara a ese gigoló del pelo planchado —gruñó de pronto mister Danielsen, sin quitar los ojos de encima al individuo en cuestión, que iba sentado delante de ellos.

Sacó del bolsillo posterior del pantalón un revólver descomunal y lo trasladó a uno de los bolsillos de la americana, con objeto de tenerlo más a mano, por si era necesario.

—No cometas ninguna imprudencia, papá —le aconsejó Edna.

Eric el Gordo trató de reír. Pero era tan grande la tensión de sus nervios, que su risa sonó a hueco.

—Tranquilízate —dijo—; no soy impulsivo hasta el extremo de disparar a quemarropa sobre la persona que me parezca sospechosa, aun cuando ésta fuera, en realidad, el Araña Gris o uno de sus hombres.

El nombre debía tener un terrible significado, porque su sola mención alteró la plácida expresión del semblante de Edna.

—¿Crees —inquirió, titubeando—, que nos servirá de algo nuestro viaje a Nueva York?

Eric el Gordo apretó los dientes.

—¡Estoy seguro de ello! —replicó en tono firme.

—Todavía ignoro el nombre del caballero a quien vamos a visitar —murmuró su hija.

—Al brigadier Teodoro Marley Brooks —la contraída faz de Eric perdió parte de su expresión atormentada, al añadir soñadoramente—: le conocí en Harvard, cuando cursaba mis estudios. Yo era entonces un haragán; Ham tenía una inteligencia viva y despierta. Mas no por ello me despreció.

—¿Ham es un apodo?

—Sí. Es muy posible que le bautizaran así durante la guerra. Siempre tuvo delirio por las aventuras. Incluso en sus tiempos de estudiante llevaba un bastón, inofensivo en apariencia, de caña negra, que, en realidad, era un estoque. Él le sacó de apuros en más de una ocasión. Siempre entablaba pendencias. Así y todo, no ha salido de la Universidad de Harvard un abogado tan excelente como él. En la campaña del 17 le concedieron el grado de brigadier, se dice que como recompensa de las muchas vidas que salvó… miles de vidas de nuestros soldados.

Edna Danielsen parecía dudar.

—¿Podrá ayudarnos por más buen abogado y pensador que sea? —insinuó—. El Araña Gris ha formado una vasta organización; sus hombres se cuentan por cientos, por millares. ¿Cómo puede luchar solo, un brigadier, contra todo un ejército? Es imposible. Ni aún cuando fuera un superhombre, conseguiría derrotarlo.

Una sonrisa burlona entreabrió los firmes labios de Eric el Gordo.

—Ham conoce a cierta persona extraordinaria. Por eso voy a verle —replicó.

Edna le miró con perpleja expresión.

—No comprendo…

—¡Doc Savage! —Un sentimiento de respeto hizo temblar la voz del maderero.

Mencionaba aquel nombre como el de Mussolini un italiano; como el nombre de Alá un religioso mahometano, o como el de Dios

un sacerdote cristiano.

A juzgar por el acento empleado entonces por Danielsen era obvio que Doc Savage era un ser sobrenatural.

—¡Ham conoce a Doc Savage —dijo con orgullo—, por consiguiente, le pediremos que nos ayude a defendernos del Araña Gris!

Eric el Gordo creía, por lo visto, haber resuelto el problema con esta idea genial.

La hechicera Edna alzó las arqueadas cejas.

—Hablas de ese Doc como si fuera un personaje notable —murmuró—, y, sin embargo, jamás oí hablar de él.

—¿Jamás oíste hablar de Clark Savage, júnior?

—¡Ah! Pero ¿es ese tu Doc? —exclamó Edna—. ¿El mismo que ha perfeccionado la nueva especie de un árbol que se desarrolla rápidamente? Con un crecimiento tan rápido jamás desaparecerán los bosques de la superficie de la tierra. Pero ¿qué utilidad nos reportará semejante descubrimiento? ¡Nosotros no necesitamos bosques!

—No —dijo, sonriendo, Danielsen—. Mas Doc Savage es grande. Sus conocimientos se extienden más allá del campo de la Botánica; abarcan la Medicina, la Ingeniería, la Geología… Y, ¡qué sé yo cuántas ciencias más!

—Sus conocimientos de nada nos servirán —dijo Edna, cuya sola preocupación del momento era el origen de sus males—. Ni tú ni Doc, ni tu Ham pueden competir en astucia o maldad con el Araña Gris.

La exasperación demostrada por la muchacha divirtió a Eric el Gordo.

—Es muy posible, en efecto —siguió diciendo—, pero yo espero mucho de ellos… especialmente si se les unen sus amigos.

»Cinco hombres, cinco sabios, secundan a Doc Savage, su jefe natural. Ellos le deben mucho, muchísimo —incluso la vida— y por él harán gustosos cualquier sacrificio. Además, sus conocimientos son tan profundos en todas las ramas del saber humano, que únicamente reconocen como superior a Clark Savage.

»Cuento con su ayuda, porque sé que se han impuesto el deber de amparar al débil; Sus vidas están dedicadas a aplastar a aquéllos

que obran mal, a los declarados enemigos de la Sociedad. Les agrada la excitación; tienen sed de aventuras; viven de emociones. Son hombres, en toda la noble extensión del vocablo… ¡Sólo seres así son capaces de vencer al Araña Gris!».

Calló mister Danielsen, y su hija guardó silencio. La discusión de un personaje tan extraordinario había levantado sus ánimos.

Ambos dirigieron, maquinalmente, la mirada hacia la proa del aeroplano.

¡Allí estaba Nueva York!

Y allí, en la metrópoli, confiaban hallar la salvación, encarnada en Doc Savage.

El piloto ayudante tornaba a hablar por radiotelefonía.

—Todo va bien —decía, confiado—. El viaje se realiza en las mejores condiciones.

Se equivocaba.

Una súbita, aterradora explosión le cortó la palabra. La puerta del lavabo se desprendió, inesperadamente de sus goznes y voló, recorriendo la cámara en toda su extensión.

En pos de ella, como persiguiéndola, iba una lengua de fuego abrasador.

Un humo acre invadió el interior de la nave. La explosión había rasgado, en la parte posterior del fuselaje, las delgadas láminas de metal que constituían la cubierta; la cola había sido arrancada en parte; los frenos, rotos.

Por milagro, nadie pereció a bordo; pero la nave comenzó a dar tumbos inquietantes. Quedaba desamparada, como ave con un ala rota.

La sorpresa había inmovilizado al piloto, y su ayudante estaba tan asombrado como él. El aeroplano no llevaba materia combustible en sus tanques. Ninguna parte del equipo regular podía haber originado la explosión.

—¡Papá! —exclamó Edna—. El desconocido del pelo planchado penetró hace un instante en el lavabo. ¿Lo recuerdas?

—Sí, hija mía —replicó mister Danielsen—. ¡El muy canalla!… No me extrañaría que hubiese dejado él una bomba con la mecha encendida.

De súbito, aumentaron los tumbos, y la nave se inclinó de

costado.

¿Caería en tierra el mutilado correo? En el departamento del piloto marcaba el altímetro diez mil pies de elevación.

Era una fortuna que la nave hubiese volado tan alto hasta aquellos momentos, pues, gracias a tan feliz coincidencia, disponían los pasajeros de diez minutos, preciosos, dadas las circunstancias, para escapar a la muerte…

Mas ¿podrían conseguirlo? Indudablemente. El avión iba provisto de paracaídas suministrados por la Compañía a sus pasajeros, a razón de uno por cabeza.

Un paracaídas consta de una sombrilla y de las correas que lo aseguran al cuerpo del «parachutista». Pues bien: correas y sombrillas iban dentro de unos cestillos fijos sobre los asientos de la cámara.

En aquella ocasión, Eric el Gordo, demostró la madera de que estaba formado y que le había sacado de la nada para ascender a la cima del poder.

Y asumió el mando, pues el estupor continuaba paralizando la acción del piloto y su ayudante.

—¡En los cestillos situados sobre sus cabezas hallarán los paracaídas, señores! —anunció con voz tonante a los pasajeros—. Pónganselos y después láncense al espacio uno tras otro. ¡Vivo, que no hay tiempo que perder!

La orden hizo gemir a una señora obesa.

—No tema —dijo Eric el Gordo, con acento consolador—. No hay peligro alguno.

Pero un terror sin límites se apoderó repentinamente del pasaje. Un salto dado en el vacío no tenía importancia para Eric el Gordo ni tampoco para la rubia Edna, que se mantenía serena a su lado.

Para los pasajeros equivalía a un suicidio. Otra señora comenzó a dar chillidos. En su miedo, los hombres cambiaban entre sí palabras sin sentido.

Y en aquel crítico instante descubrió Eric el Gordo al individuo del pelo planchado, que había permanecido, hasta entonces, oculto tras un asiento.

Al divisar a Eric, abrió la puerta de la nave y se lanzó al espacio. Era indudable que se había provisto de un paracaídas antes de la

explosión.

Ello demostraba que era él quien había puesto la bomba, ¡qué era uno de los hombres de la Araña Gris!

Eric se situó en mitad de la cámara y se valió de sus brazos musculosos y de su voz potente para aplacar la excitación de sus compañeros de viaje.

Sabía cómo manejar a las multitudes presas de pánico. Lo había aprendido durante más de un desastre en el aserradero.

—¡Basta de palabrerías!, y ¡al espacio! —ordenó imperiosamente —. ¡Cuándo saltéis tirad de la cuerda de vuestro aparato! ¡Que no se os olvide!

Su cerebro trabajaba con celeridad febril. ¿Por qué, si realmente pertenecía aquel hombre a la banda del Araña, había puesto una bomba en la nave?

¿Cuál sería su intención? ¿Atentar contra su vida y la de su hija? Tal vez.

Mas, también estaban en peligro las vidas de sus compañeros de viaje…

El desgarrado avión caía con redoblada celeridad. El aire rugía al atravesar el rasgado fuselaje, y la tierra subía a su encuentro, aumentada de volumen, como la verde panza tumefacta de un monstruo fabuloso.

En interrumpida sucesión comenzaron los pasajeros a arrojarse al vacío. La magnitud del salto hacía palidecer sus rostros de terror.

Unos permanecían impasibles en apariencia; otros, por el contrario, lloraban, murmurando una plegaria al abandonar la nave.

Al cabo quedaron en ella solamente el piloto y su ayudante, recobrados, al fin, de su inercia, Eric el Gordo y Edna.

—¡Saltad! —les gritó el primero—. Nosotros os seguiremos.

Eric comprendió. El piloto y su ayudante se sentían humillados, no cabía dudarlo, y, realmente, no habían sabido colocarse a la altura de las circunstancias.

Por ello había que obedecerles, ahora, para que pudieran cumplir con su deber, abandonando, los últimos, la nave.

Rápidamente se dirigió a la puerta. El resto del pasaje había tocado tierra sin novedad.

Mas Edna pegó un brinco y se le puso delante. La aterradora

expresión de sus pupilas detuvo en seco al maderero.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó.

—¡Se ha atentado contra nuestras vidas, papá! —balbuceó la muchacha—. ¿Estarán intactos nuestros paracaídas?

El poderoso pecho de Eric el Gordo se dilató y sus labios exhalaron un rugido. Despojándose del aparato deslió el fardo formado por la sombrilla y examinó sus pliegues de seda.

Sobre ellos se había derramado, evidentemente, un ácido destructor, pues la seda se abría por todas partes.

Examinó rápidamente el paracaídas de Edna. Estaba en iguales condiciones.

Eric el Gordo ahogó un juramento. La rápida intuición de su hija había salvado a los dos de una muerte espantosa.

El piloto y su ayudante se ofrecieron entonces a ayudarles, con una generosidad que redimía su falta anterior.

—Nuestros aparatos son resistentes —dijeron—. ¡Lancémonos al espacio de dos en dos!

El destrozado correo se había detenido un instante en su descenso —en aquellos momentos distaban unos cuatro mil pies de tierra firme— como para buscar, girando sobre sí mismo la perdida cola.

Mas esto duró un segundo. Después tornó a darse a la banda y se zambulló en el aire, cayendo en barrena, con una celeridad espantosa.

Rápido como el pensamiento, metió el piloto de Edna en los propios arreos y los dos se lanzaron valientemente al espacio.

No había tiempo que perder. Sin pararse a mirar lo que había sido de su hija, asió Eric al ayudante y abandonó con él la nave. Confiaba en la fuerza muscular de sus brazos, ceñidos estrechamente al cuerpo de su acompañante para resistir la sacudida del aparato cuando se abriera su sombrilla gigantesca.

Y, en efecto: una vez que se hallaron a una distancia regular de la nave, el ayudante del piloto tiró de la cuerda sujeta al paracaídas y se desplegó la sombrilla con un chirrido significativo.

Sucedió al acto una sacudida tal, que tiró con fuerza irresistible de los brazos de Eric, como si pretendiera arrancárselos de cuajo. Pero un segundo después, él y su acompañante, flotaban en el aire.

Miró Eric en torno y lanzó un grito de rabia.

El desconocido del pelo planchado había tocado tierra y, libre de sus arreos del paracaídas, habíase aproximado, corriendo, a la carretera y allí, revólver en mano, detenía a un motorista.

Asiéndose firmemente al ayudante con un brazo. Eric separó el otro de su cuerpo, sacó del bolsillo de la americana el revólver y vomitó un ensordecedor ¡pam, pam, pam!, sobre el desconocido.

Pero la distancia que le separaba de él era demasiado grande. Sus balas cayeron lejos del blanco, levantando una nube de polvo y dejó de disparar por miedo de herir al inocente motorista.

El aparato cayó en un campo de maíz con poderosa sacudida, y Eric el Gordo corrió como un loco por entre las hileras de mazorcas, en dirección al lugar donde aterrizara Edna antes que él.

Halló a la muchacha despidiéndose del piloto, con una sonrisa tan deliciosa y expresiva, que no era posible que su acompañante la olvidara en mucho tiempo.

—¡Ven conmigo! —le gritó—. ¡El bribón del pelo planchado se nos escapa!

Corrió a la carretera. Mas, ya era tarde. El desconocido que había provocado la caída de la nave se perdía de vista en aquellos momentos, en la motocicleta.

Eric el Gordo miró a Edna y observó, con acento sombrío.

—Ese hombre es un instrumento de Araña Gris; lo juraría.

Apresuradamente se dirigieron a una granja y desde allí dio Eric la voz de alarma. Mas en vano. El presunto asesino había desaparecido sin dejar rastro.

En la ciudad más próxima al lugar de la catástrofe, tomaron el tren que debía conducirles a Nueva York.

—Me parece que no respiraré a mis anchas hasta que me ponga en manos de Doc Savage —observó, inquieto, mister Danielsen, al arrancar el vehículo y escuchar el acompasado ruido soñoliento de sus ruedas.

II
El culto del Mocasín



Al descender del ferrocarril en la imponente «Grand Central Station» de la metrópoli, corrieron, padre e hija, a la cabina del teléfono.

—Voy a llamar a Ham —explicó Eric el Gordo. Buscó en el listín un número y tomó el receptor, sin parar mientes en un cojitranco que andaba por allí cerca apoyado en unas muletas.

El individuo en cuestión llevaba, además, un brazo en cabestrillo y el rostro envuelto en un vendaje de gasa bajo el cual asomaba el cabello rubio enmarañado, rubio y rizoso.

—Ham no está en casa —dijo a Edna el maderero millonario, tras de una breve conferencia telefónica—, pero ha dicho a donde iba, de manera que sé donde hallarle.

Los dos naturales de Luisiana abandonaron la estación y tomaron un taxi.

Detrás de ellos marchaba sin que lo notaran, el cojitranco sospechoso con una agilidad sorprendente en un hombre que tenía que valerse de muletas.

El coche rodó por la Quinta Avenida, dobló por una esquina y se dirigió al sur de la ciudad. Anochecía. Como gemas en su estuche fulguraban las ventanas iluminadas de los rascacielos.

El hombre de las muletas había tomado otro taxi y, amparado por la oscuridad de su interior, vigilaba atentamente el vehículo que llevaba a los Danielsen, tirando de los vendajes que le envolvían el semblante, como si ellos entorpecieran su visión.

Por fin descendieron Eric el Gordo y la hermosa Edna ante un gran edificio semejante a una blanca lápida que se levantaba a la altura de cien pisos superpuestos. Era un rascacielos de los mayores y más suntuosos de Nueva York.

Ascendieron en un ascensor hasta el piso ochenta y seis, y allí Eric el Gordo fue a pulsar el timbre de una puerta sencilla en extremo, desprovista de placa.

—¡Ham! —exclamó, una vez se hubo abierto mostrando en el umbral a un apuesto caballero—. ¡Cuánto me alegro de verte! Ham era hombre de movimientos rápidos, esbelto y nervioso; su traje, a la última moda, era de corte irreprochable y de un género excelente. No se podía pedir más.

En la bien cuidada diestra llevaba un bastón inofensivo, en apariencia, de caña negra. Era el estoque de que había hablado Eric a Edna y sin el cual se veía a Ham en muy raras ocasiones.

Ham se echó en brazos de su amigo. Los dos hombres cambiaron efusivas palmadas en los hombros y apretones de mano sin cuento.

—¡Pirata! ¡Ladrón! —exclamaba en broma Ham.

—¡Bandido! ¡Descuartizador! —chillaba Eric en el mismo tono.

Cuando se hubieron calmado sus transportes de alegría, el rey de la madera presentó orgullosamente a Edna.

—Ésta es, Ham —dijo a su amigo—, la recompensa obtenida por contraer matrimonio en lugar de rodar sin objeto, como tú, por esos mundos de Dios. ¡Mi hija Edna!

—Es preciosa —dijo Ham con una sonrisa de galantería—. Jamás hubiera pensado que de planta tan vulgar pudiera brotar tan hermosa flor.

Cambiaron unas cuantas frases de afecto, entre burlas y veras, y después Eric el Gordo observó con curiosa mirada el despacho en que le había introducido Ham. Estaba amueblado ricamente.

Una caja de caudales enorme ocupaba uno de sus ángulos. Junto a las amplias ventanas había una mesa de madera maciza y de un trabajo exquisito.

En la pared opuesta, una puerta cerrada en aquel instante.

—¿Es éste tu despacho, Ham? —preguntó a su amigo.

Ham negó con un movimiento de cabeza.

—No —respondió después—. Doc Savage ha instalado en este

piso su cuartel general.

Eric el Gordo miró en torno con ansiosa expresión.

—Espero verle pronto —confesó—. Necesito su ayuda.

El afeitado rostro de Ham expresó un pesar manifiesto.

—Temo que no podrás hacerlo —repuso.

—¿Eh? —palidecieron las rudas facciones de Danielsen—. ¿Por qué razón?

—Porque no consigo dar con él —replicó sencillamente Ham.

Un estupor profundo hizo enmudecer a Eric.

—¿Cómo? —balbuceó al cabo—. ¿Sabrá Araña Gris que pensaba venir a verle y le habrá hecho desaparecer para que no pueda acudir en mi socorro?

Ham rechazó tal posibilidad con un movimiento de estoque.

—No —repuso—. Se trata de algo muy distinto. De su persona te he hablado extensamente, si mal no recuerdo, lo mismo que de sus movimientos extraordinarios, mencionando, de paso, los grandes descubrimientos hechos por él en el vasto campo de las ciencias químicas, físicas, y experimentales. Es más: en el campo de la Botánica que, es, también tuyo ha obtenido el desarrollo, maravillosamente rápido, de un árbol maderero, como sabes.

—¡Ya lo creo! —afirmó el millonario—. No hay nadie que le iguale en esta ciencia… ni llegará a igualarle. Tal es mi opinión.

—Pues bien: estos descubrimientos maravillosos —siguió diciendo Ham— con hechos por Savage durante los períodos más o menos largos en que desaparece. Nadie sabe dónde va. Nadie puede entrar en contacto con él. Se ha desvanecido, simplemente. ¡Es como si le borraran de la faz del mundo!

—Así ¡de nada nos sirve haber emprendido el viaje a Nueva York! —exclamó Edna con viveza—. Su Doc Savage dedica su existencia al servicio de la Humanidad doliente, según dicen, y, no obstante, se retira a un lugar ignorado donde no puede hallársele cuando más falta hace.

Edna experimentaba una decepción dolorosa al no hallar a Doc Savage en Nueva York, como había supuesto, que, con una falta de lógica muy común al bello sexo, se inclinaba a acusarle de inhumano.

—Señorita —repuso con grave acento Ham—. Comprenderá si

medita un instante que los beneficios que prodiga mi amigo, a manos llenas, se extienden más allá del campo de acción privado de un Juan, de un Pedro, de una María o de una Juana. Doc Savage posee un laboratorio —que posiblemente es el mejor equipado del mundo— en un lugar desconocido. Esto es lo que sospecho, pero en realidad no podría afirmarlo. Savage guarda, tocante a este punto, una reserva impenetrable, aún conmigo, que soy uno de sus mejores amigos. Pero no dudo que en estos momentos se ha encerrado en su *sanctum* y que cuando aparezca será para hacernos donación de un nuevo invento que salvará, quizás, millones de vidas.

«Tal vez se trate de un nuevo plan de curación, de algún suero que inyecte nuevas energías en un organismo gastado. ¡Sea lo que quiera, tendrá, desde luego, mayor importancia que cualquier conflicto de índole familiar o privada!».

Ham se había expresado con un calor poco acostumbrado en él. Sus palabras suscitaron, ante todo, una ira ciega en el ánimo de Edna Danielsen, después una preocupación manifiesta y por último un remordimiento sincero.

—Perdone mi egoísmo —murmuró.

Ham se inclinó ante la joven.

—Y usted mi brusquedad, señorita —replicó—. He debido suponer que desconocía usted el carácter sorprendente de mi amigo.

Después de este incidente, el brigadier mostró a los forasteros el nido de águila construido por Doc Savage en el rascacielos.

Aneja al despacho estaba la biblioteca, notable por su colección de libros científicos. Allí se alineaban, en las paredes, millares de volúmenes que llenaban también los cajones colocados en el suelo.

A continuación, venía el laboratorio, hermosa habitación repleta de aparatos, y de vitrinas conteniendo rarísimos ejemplares de metales y de substancias química. Hornos eléctricos, campanas neumáticas para extraer el aire, retortas y alambiques en que analizar las substancias.

En suma: un completo material de laboratorio, del cual sólo Doc Savage conocía su utilidad, se hallaba colocado, aquí y allá, en soportes permanentes.

—Éste es en perfección el segundo laboratorio de los dos continentes —dijo con orgullo Ham—. El primero es,

indudablemente, aquél que nadie conoce, si se exceptúa a Doc.

—Oye: ¿y no habría manera de ponerse en habla con él? —preguntó desesperado Eric cuando regresaron los tres al despacho.

—¡Absolutamente ninguna! —respondió Ham—. Él volverá por aquí. Entre tanto, nadie podrá cambiar con él ni una sola palabra. Doc exige que se le deje en paz cuando trabaja en algo de verdadera importancia. Quizás transcurran varias semanas antes de su regreso; tal vez sea sólo cuestión de horas, de minutos… ¿Quién podría decirlo?

—Poseo dólares a millones —murmuró Danielsen—. Si con dinero de pudiera…

—Quizás te interese conocer —dijo Ham interrumpiéndole— que durante el año pasado gastó Doc en causas dignas más millones de los que tú posees.

—¡Diantre! ¿De dónde los sacó? —inquirió Eric el Gordo con la curiosidad con la curiosidad natural en el hombre que ha sabido labrarse su fortuna y desea conocer cómo se las ha compuesto un hombre para adquirir una igual.

Ham se hizo el desentendido.

—Con penetrar en una cabina de radio a cierta hora del día y decir unas palabras en lenguaje desconocido —continuó diciendo— recibe mi amigo en el término de una semana un cargamento de oro puro por valor de varios millones.

Eric prorrumpió una risotada.

—¡Cáspita! —exclamó—. ¿Y de dónde viene ese oro?

Ham meneó la cabeza.

—No puedo decirlo —replicó.

En efecto: ni las torturas más espantosas le hubieran obligado a revelar la procedencia de la fabulosa y sin cesar renovada fortuna de Doc Savage.

Pero en realidad, aquel ilimitado río de oro nacía en un país de la América Central, en un lejano valle defendido por los descendientes de aquellos indios Mayas que descollaron por su civilización en una época remota.

Se desprendían de su oro con una condición: la de que se consagrara a beneficiar a la Humanidad, siendo Doc Savage el encargado de disponer de él para dichos fines.

Mas, con excepción de él y de sus cinco compañeros, uno de los cuales era el propio Ham, todo el mundo ignoraba su procedencia.

La hermosa Edna enlazó, pensativa, los dedos de ambas manos sobre una rodilla. Comenzaba a darse cuenta de que Doc Savage era un personaje que sobrepasaba los límites de su fantasía. ¿Cómo sería? Un ser extravagante, sin duda, encogido, arrugado, y con el rostro lleno de verrugas. Tendría una cabeza voluminosa y gastaría gruesos lentes de concha.

En cuanto a su cuerpo… Debía ser suficientemente robusto para aguantar el peso de la testa marciana de que ella le dotaba.

¿Acaso no son así los sabios? Se pasan la vida estudiando con afán —única manera de llegar a serlo, desde luego— y, poco a poco, se encorvan, palidecen y se les cae el cabello.

Como se ve, era un poco halagüeño, el retrato de Doc que imaginaba la muchacha.

Después pensó que era muy posible que gastara también patillas.

Semejantes a dos nidos de aves cuando inclinara la cabeza para meditar.

¡Qué sorpresa se le preparaba!

De súbito Ham pegó un salto en el asiento, lo mismo que si le hubiera picado una avista. En el despacho penetraba un sonido fantástico, leve, suave, de trino, como el canto de algún pájaro extraño en la selva o el murmullo del viento filtrándose por el bosque. Melodioso aunque carecía de armonía; inspirador sin infundir miedo alguno.

—¡Doc Savage! —dijo en voz baja Ham.

Pues ese sonido era parte de Doc: era una cosa pequeña e inocente que hacía en ciertos momentos de profunda concentración. Para sus amigos era el grito de la batalla y el canto del triunfo.

Brotaba de sus labios cuando trazaba un plan de acción, cuando se avecindaban acontecimientos de importancia.

Y al propio tiempo poseía una peculiaridad; más que de un punto definido parecía surgir de todas partes. En aquellos momentos resonaba dentro del despacho y no obstante Doc Savage no estaba en él.

En el corredor hubo una conmoción.

Alguien exhaló un alarido de terror. Sonó un tiro, despertando

ecos ensordecedores en el pasillo.

Después un gemido.

Luego nada. Profundo silencio…

La puerta del despacho se abrió de golpe y sus tres ocupantes presenciaron un espectáculo inolvidable.

Delante de ella, suspendido en el aire, había un extraño. Los vendajes que rodeaban su rostro se habían corrido y de ellos colgaba una peluca rubia descubriendo unos cabellos untosos, negros como la endrina.

Aquel hombre era el mismo que había atentado contra la vida de Eric el Gordo y de Edna en el aeroplano.

Por fuerza tuvo que dirigirse a Nueva York en avión, pues de otro modo era inexplicable que hubiera llegado a la ciudad antes que ellos.

Pero el individuo en cuestión fue olvidado prontamente por los forasteros al reparar en el brazo que le sostenía.

¡Santo Dios, qué brazo! Era hercúleo, y al propio tiempo tan bien proporcionado, que su gran tamaño saltaba a la vista únicamente cuando se le comparaba con el hombre pendiente de él como un harapo.

Sus músculos y tendones eran semejantes a las cuerdas de un piano; los dedos largos, pero tan musculosos, que habían paralizado los movimientos de su presa, solamente con cogerla por el pescuezo.

Pero lo que más atraía la atención sobre su persona era el color bronceado de su carne, cuya piel parecía una laca dorada aplicada sobre la red acerada de los tendones.

Esto fue lo que divisaron de momento los tres ocupantes del despacho.

Luego aproximose el hercúleo desconocido trayendo consigo el individuo del pelo planchado, cuyos pies se agitaban débilmente a unos centímetros del suelo.

—¡Doc Savage! —tornó a repetir Ham muy quedo. La hermosa Edna estaba estupefacta. ¿Podía ser aquél, realmente, el famoso Doc Savage a quien se había imaginado pequeño y encogido, con patillas y lentes?

¡No! Aquel hombre era el tipo más extraordinario que había contemplado en su existencia. Era increíble el enorme desarrollo

muscular de aquel cuerpo bronceado.

¿Pues y el semblante? La hermosa hija de Luisiana se daba cuenta de que jamás había tenido delante unas facciones tan notables, tan perfectas, en su vigorosa regularidad.

Pero lo que más le llamaba la atención eran sus ojos. Aquellas pupilas extrañas, maravillosas, que despedían chispas doradas cuando las hería el resplandor de la araña pendiente del techo.

Aquellos ojos de color de ámbar tenían ellos solos una fuerza dominante extraordinaria, debida únicamente a la intensidad de su expresión.

Doc Savage soltó el hombre del pelo planchado; tan terrible había sido la presión ejercida sobre su cuello, que cayó al suelo y allí quedó inmóvil.

—Le he sorprendido con el oído pegado al otro lado de la puerta —explicó— y revólver en mano. Quizás intentaba sorprenderos de improviso. Al caer sobre él se le ha disparado el arma, pero la bala me ha rozado sin tocarme, afortunadamente.

La voz de Doc poseía una tonalidad maravillosa, rica en matices.

—¡Es uno de los hombres del Araña Gris! —exclamó Eric el Gordo.

Sus palabras eran poco más que un susurro. Le tenía impresionado la presencia de aquel hombre de bronce.

¡Y por vez primera le impresionaba alguna cosa!

Doc Savage pasó al laboratorio. Tenía un andar ligero, elástico, que producía la sensación de que no se apoyaba en el suelo.

—¡En mi vida he visto muchos hombres fuertes, pero ninguno como éste! —observó Eric cuando hubo desaparecido—. ¡Qué fenómeno!

La hermosa Edna añadió para sus adentros: «Digo lo mismo ¡Qué figura tan soberbia!».

Doc Savage tornó a penetrar en el despacho llevando en mano un estuche que contenía dos jeringuillas con su correspondiente aguja hipodérmica.

Se acercó al curioso desconocido y le puso una inyección en un brazo.

Aparentemente no sucedió nada extraordinario. El preso se había incorporado y se frotaba con aire de abstracción el pinchazo.

—¡Levántese del suelo y tome asiento! —ordenó con acento imperioso Doc.

El preso obedeció sin titubear. Reparando en las caras de asombro de sus amigos Doc dio un leve golpe sobre una de las dos jeringuillas, y explicó:

—Ésta contiene una droga que afecta una región del cerebro de modo tal que la persona a quien se la haya inyectado se torna incapaz de pensar. Por ejemplo: este hombre. Él no puede razonar, por consiguiente, de hoy en adelante hará cuanto se le ordene. Si le digo que se tire por el balcón obedecerá sin pararse a reflexionar que puede morir. Esta droga es uno de mis inventos más recientes.

«El contenido de esta segunda jeringuilla —agregó señalándola— neutraliza los efectos del contenido de la primera. O dicho de otro modo: el individuo que aquí veis permanecerá en el estado en que ahora se halla hasta que se le ponga la inyección número dos».

Eric y Edna le escuchaban experimentando un helado terror. Pero a Ham no le sorprendía. Estaba acostumbrado a presenciar continuamente hechos extraordinarios.

Presentó los Danielsen a su amigo y la atractiva Edna experimentó cierta humillación, pues Doc Savage no dio muestra alguno de que le hubiera conmovido su belleza. Esto era algo nueva para Edna.

Más de un joven se hubiera vuelto loco por arrancar de sus labios una sonrisa tan hechicera como la que acababa de dedicar a Savage… sin resultado.

Y ¡cosa rara!, Instantáneamente experimentó el deseo irresistible de producir una impresión en aquel hombre de bronce: deseo insólito en ella, ya que en su vida significaban los hombres poca cosa.

Entre tanto, Doc Savage no perdía el tiempo.

—Lamento no haber estado aquí a su llegada —dijo concisamente. Y no se molestó en explicarles que acababa de pasar unas semanas en su Fortaleza de la Soledad, retiro enclavado en una isla rocosa de las yermas y desoladas regiones árticas, cuya situación ignoraba todo el mundo menos él, naturalmente.

—¿Qué les trae por mi casa? —inquirió.

—Soy presidente de la Compañía maderera de Danielsen y Haas

de Nueva Orleans —explicó Eric el Gordo— una de las más importantes de los Estados meridionales de la Unión. Pues bien: en la industria vienen dándose hechos extraordinarios desde hace unos meses. Comenzó la cosa por la «Worldwide Sawmiles», una gran compañía de la cual eran propietarios su presidente y su vicepresidente, respectivamente. Un buen día desaparecieron y corrió la voz de que habían emprendido un largo viaje durante el cual pensaban visitar las ciudades más importantes del Globo. Puse sobre su pista a un detective y no halló rastro de su paso por parte alguna.

»Simultánea a su desaparición fue la presencia en la ciudad de dos forasteros que se posesionaron de la presidencia de “Worldwide”. Dichos forasteros presentaron un contrato en toda regla —de esto no cabe duda— por el cual el anterior Presidente les cedía sus derechos de la Compañía.

»Hoy la han dividido en pequeños bloques —agregó con un rugido de cólera ronco y cavernoso— y la liquidan. Liquidan una propiedad cuyo valor asciende a varios millones de dólares ¡fíjese bien! Y se embolsan el producto de la venta.

»Lo propio sucedió, unas semanas después, a la Bayon Sash y Door —otra firma importante— y a la “Giant Lumber Corporation”. A estas casas sucedieron otras de menor cuantía y en todas acaeció lo mismo: la desaparición misteriosa de sus dueños y la inesperada presencia de unos desconocidos que se hacían cargo de ellas».

Eric se interrumpió para exclamar, a tiempo que pegaba un soberbio puñetazo sobre la mesa escritorio:

—¡Estoy seguro de que se está quedando con esos millones una banda de malhechores bien organizada!

Después de este desahogo siguió diciendo:

—Concebí sospechas y contraté, como ya he manifestado, los servicios de una agencia de detectives. Ésta no descubrió nada que valiera la pena, pero recogió extraños rumores referentes a un ser misterioso apodado el Araña Gris que, lenta pero irresistiblemente, ponía en ejecución un proyecto atrevido: la magna empresa de apoderarse del capital acumulado por la industria maderera de los Estados del Sur.

—Y ¿no sabe usted nada más del Araña Gris? —inquirió Doc

Savage.

—¡Oh, sí! Se dicen de él cosas inauditas, inverosímiles, fantásticas —replicó mister Danielsen—. Por ejemplo: que su banda compone un grupo dedicado al culto del mocasín… culto que exige sacrificios humanos. Pero yo no puedo asociar estos rumores a hechos tan reales como las altas finanzas o el latrocinio en gran escala.

Eso me suena a vuduismo —observó Doc Savage—. Se dice que el culto del vudú florece aquí, en Nueva York, de algún tiempo a esta parte y realmente se han descubierto sacrificios humanos… Pero aún no me ha dicho a qué debo el placer de conocerle. ¿Ha tratado el Araña de tejer en torno a usted su tela?

—¡Precisamente! —afirmó Danielsen—. Primero trató de raptarme y de raptar a mi hija. Unos hombrecillos de piel cobriza y rostros diabólicos, atacaron, una vez, nuestro coche, pero conseguí dispersarlos. Después de esto nos tirotearon por dos veces. El hecho me preocupó y abandoné la Luisiana. Durante el viaje trató de asesinarnos, destruyendo la nave aérea que nos conducía y echando a perder la seda de los paracaídas, ese hombre que ve usted ahí.

—¿Quién ocupará el sillón de la presidencia a su muerte, mister Danielsen? —interrogó Doc.

—Mi hija Edna —replicó orgullosamente Eric el Gordo.

—¿Y en el caso de que se eliminara a ustedes dos…?

—Horacio Haas, mi socio —replicó después de una ligera vacilación el millonario maderero—. Es un zote… inofensivo, un desdichado. Pero a él le debo el capital indispensable para poder entrar en el negocio. Por consiguiente, compartirá mi fortuna mientras posea yo un solo centavo.

Los extraños ojos dorados de su interlocutor chispearon apreciativamente.

Eric el Gordo no era un hombre capaz de olvidar un beneficio, evidentemente.

—Un momento: voy a registrar al prisionero —anunció. Y al idiotizado desconocido del pelo planchado le dijo en tono vivo—: ¡Sígueme!

El hombre obedeció al instante. Al llegar junto a la mesa la empujó hasta que Doc Savage le quitó de allí.

Tan poderosa influencia ejercía en él la misteriosa droga inoculada en su sangre, que no era capaz de pensar que podía encaminarse a la puerta dándole un rodeo a la mesa, en lugar de empeñarse en pasar a través de ella.

Era como un muñeco de carne al que hubieran dado cuerda para ponerle en marcha.

Una vez estuvo a cubierto de las miradas de Edna, Doc le despojó de sus ropas y le examinó atentamente. Dentro de su boca descubrió un detalle interesante, el único que le proporcionó su registro.

¡El prisionero llevaba tatuada en el paladar un mocasín o serpiente de agua, venenosa!

III
Muerte en el aire



—Este hombre es un afiliado al culto del Mocasín —explicó al entrar, de nuevo, en el despacho, tras desvestir al prisionero.

Eric sugirió:

—Si esa droga suya ha obrado de modo tal sobre su inteligencia, que le ha privado de la facultad de razonar, interróguele y responderá sinceramente a sus preguntas. ¡Mentiras creo yo que no urdirá!

—La droga no es, precisamente, un suero preventivo —observó Doc Savage meneando la cabeza—. De todos modos, si no es capaz de discurrir, tampoco obtendremos de él una respuesta.

—¡Bien contestado, joven! —exclamó el millonario en un súbito arranque de entusiasmo—. ¡Cuánto me alegro que me ayude en la lucha entablada contra el Araña Gris!

Doc Savage no replicó en el acto. Después de un momento de silencio dijo con indiferencia:

—Yo no he dicho que fuera a ayudarle…

Eric el Gordo perdió el color.

—¿Por qué… no? —tartamudeó.

—Pero lo haré —siguió diciendo Doc, con apagado acento—, si llegamos a un acuerdo respecto a la cantidad que voy a señalar por mis servicios.

—¡U-um! —Eric el Gordo tragó saliva—. ¿A cuánto ascenderá esa cantidad?

—¿Usted tiene una fortuna considerable, no es eso?

—Hombre… no sé… quizás… —replicó el millonario, con cautela.

—Pues bien; exijo un millón de dólares —concluyó Doc Savage con la calma del obrero que pide; exijo un salario de tres dólares diarios por su trabajo.

—¡Eh! —a Eric el Gordo se le congestionó el semblante. La indignación le hizo enmudecer. Por fin repitió—: ¡Un millón!… ¡Pero esto es una socaliña! ¿Y usted es el que derrama el bien a manos llenas, el bienhechor de la humanidad? Me parece que trata usted de…

Aquí sorprendió una mirada de Ham y apresuradamente se tragó el resto de sus palabras. Examinó el semblante de Doc Savage.

Era tan inescrutable como el bronce a que se asemejaba.

De pronto se le ocurrió que era inútil que discutiera. No conseguiría convencer a Doc y como era muy astuto tampoco le pareció bien prestarse a adelantar una suma tan crecida sin saber si la cosa valía la pena.

El propio Savage le sacó de dudas, diciendo:

—Entregará usted dicha cantidad y se destinará por entero a proveer de alimentos, de ropa y de educación a los niños pobres de Luisiana.

—¡Oh! —exclamó Eric profundamente avergonzado de su anterior arranque—. Lo haré, desde luego —y tendió su mano al hombre de bronce.

Éste se la estrechó.

Eric había creído siempre que tenía la mano dura y buenos puños, pero en la férrea diestra de Savage pareciole blanda como la de un niño.

Involuntariamente exhaló un hondo suspiro. Le aterraba la fuerza de aquel hombre extraordinario, increíble aún después de haber visto los tendones prodigiosos de sus brazos y manos.

—¿Dónde están Monk, Renny, Long Tom y Johnny? —interrogó Doc a Ham.

Dichos nombres pertenecían a otros cuatro miembros del grupo compuesto por sus cinco amigos y colaboradores.

—Llegarán dentro de una hora —replicó el brigadier.

Doc Savage se aproximó a la ventana. De uno de sus bolsillos

extrajo un objeto que no pudieron distinguir los presentes y su mano atezada hizo unos movimientos rápidos sobre el cristal.

Ni Edna ni Eric el Gordo comprendieron lo que estaba haciendo. Ham lo sabía.

Su amigo escribía valiéndose de una substancia transparente, totalmente invisible. Mas, cuando sobre el cristal proyectaba una lámpara la luz de sus rayos ultravioleta, surgirían deslumbrantes, fantásticas, las palabras escritas.

El mensaje decía sencillamente:

> «Id a Nueva Orleans al instante; poneos en contacto conmigo por medio de la Compañía maderera Danielsen y Haas».

Doc no lo firmaba. No era necesario. Ninguna otra persona habría redactado una nota tan correcta, tan precisa y característica.

Monk, Renny, Long Tom y Johnny, sus camaradas, proyectarían la luz de la lámpara sobre el cristal de la ventana y leerían el mensaje, de ello estaba seguro.

Se echó el prisionero a la espalda con la misma facilidad que si fuera un costal de paja y ordenó:

—¡A Nueva Orleans! ¡Andando! Más tarde se mantuvo a pie en el estribo del taxi que les alejaba del inmaculado rascacielos. Su presencia allí produjo mágico efecto sobre los *policemen* reguladores del tráfico. Casi todos le abrían paso en el acto.

El vehículo terminó su carrera ante un aeródromo enclavado en las afueras de la ciudad.

Sus empleados colmaron de atenciones a Doc Savage. Un ejército de mecánicos se puso a sus órdenes.

Transcurrido un instante se abrió la puerta de un hangar y por ella asomó la nariz de un aeroplano.

—¡Cáspita! —exclamó Eric el Gordo cuando le vio a plena luz.

Tenía motivo de sobras para asombrarse. La nave aérea era un sueño; un ave metálica de alas bajas, perfilada de líneas, conforme a la última palabra de la ingeniería aeronáutica.

Su equipo o tren de aterrizaje era retráctil; una vez en el aire se

doblaba bajo las alas de modo que no ofreciera resistencia al viento. Sus tres grandes motores de tipo radial iban provistos de capós de último modelo.

—He aquí el nuevo aparato de Doc —explicó Ham a los Danielsen—, poseía otro semejante pero fue destruido durante nuestro viaje a los mares del Sur. El que tenemos a la vista ha sido construido durante su ausencia. Hoy le ve por vez primera.

A una palabra de Doc Savage se aproximó él, maquinalmente, el idiotizado prisionero. Doc le ordenó que subiera al aeroplano, pero el hombre no poseía la facultad de pensar, por consiguiente no comprendió que debía encaramarse por la pequeña escala pendiente, en aquel momento, de uno de los costados de la nave.

Doc le alzó en sus brazos vigorosos y le depositó sobre el asiento como a una criatura.

—¿No sería conveniente y más rápido —inquirió Ham— llevar con nosotros a Monk, Renny, Long Tom y Johnny?

—Desde luego —repuso Clark Savage—, pero forma parte de mis planes que no les vean, al llegar a Nueva Orleans, en nuestra compañía.

Eric cazó estas palabras al vuelo y le sorprendieron en extremo.

¿Conque el hombre de bronce había elaborado ya un plan de operaciones? ¡Realmente no perdía el tiempo!

Cada minuto que pasaba junto a él contribuía a acrecentar el respeto que le inspiraba.

Doc se instaló ante el juego del volante. Los motores se pusieron en movimiento en rápida sucesión.

El personal del aeródromo le rodeó. Sus bocas abiertas llamaron la atención de Eric el Gordo. ¿Qué excitaría su interés? Lo comprendió al instante.

¡Los motores acababan de ser reducidos al silencio! Sólo se percibía el sonido sibilante de las hélices. Al abrir Doc las válvulas de escape convirtiose el sonido en rugido atronador semejante al de una galerna.

Tras de una breve carrera por el suelo del aeródromo el aeroplano despegó.

Plegose el carro de aterrizaje bajo sus alas y se lanzó, raudo como una centella, hacia el Oeste.

Eric alargó el pescuezo y dirigió una ojeada al aparato indicador de la velocidad. Las pupilas quisieron salírsele de las órbitas.

¡Santo cielo! ¡Iban a doscientas cincuenta millas por hora! Sin embargo, los motores no parecían realizar ningún esfuerzo.

—A Doc no le agrada llegar tarde a ninguna parte —observó Ham, sonriendo.

Pero él mismo se hubiera sorprendido de saber que Doc acababa de realizar un vuelo fantástico y emocionante de miles de millas para trasladarse a Nueva York desde su fortaleza en el ártico.

La atractiva Edna Danielsen guardaba obstinado silencio hacía ya una media hora, pero su mirada seguía todos los movimientos de Doc.

La sola contemplación de aquel hombre extraordinario despertaba en su alma una gama de emociones.

Entre tanto, el gigantesco trimotor avanzaba velozmente en las tinieblas.

Un gemido apagado, persistente, recordaba a los pasajeros que iban a bordo de un aeroplano, de otro modo lo hubiera olvidado en el recogimiento de la acolchada cabina.

El prisionero se había retrepado en su asiento. Dormía. Su boca, desmesuradamente abierta, revelaba el tatuado paladar donde campeaba la singular insignia de los adoradores del mocasín.

Cinco horas después volaba el aeroplano sobre las riberas del bajo Missisippi. Delante de él, cercana ya, aparecía Nueva Orleans.

Ni una sola nube alteraba la monotonía del espacio. La luna proyectaba sus plateados rayos sobre la metálica armadura de la nave.

Así y todo, Doc había permanecido en constante contacto con varias estaciones de aeródromo y obtenido de ellas informes respecto al estado del tiempo, mediante el radioteléfono.

A la luz indulgente de la luna descubrió, de súbito, otro aeroplano que volaba delante de él, a unas millas de distancia. Probablemente marchaba a una velocidad de ciento cincuenta millas por hora.

Pero el veloz trimotor de Doc le dejó atrás, lo mismo que si hubiera permanecido inmóvil.

Cambió ligeramente de rumbo y el otro aeroplano le imitó.

—¿Qué dices a esto? —gruñó Ham—. ¿Supones que el Araña Gris haya enviado ese avión para darnos caza?

—Pronto lo veremos —replicó Doc—. En realidad no me he preocupado de guardar secreto a nuestro viaje. No es, así, imposible que el Araña haya capturado mis comunicaciones a través de la radio. Es posible que posea una emisora clandestina y con ella ha conseguido localizarnos, sin duda alguna.

La nave de Doc prosiguió su vuelo sin interrupción. La otra se le aproximó más y más. Se trataba de un monoplano con el fuselaje tubular. Iba deprisa, como un mal negocio.

De pronto ascendió a una capa más elevada de la atmósfera como para dejar pasar a Doc.

—¡Bah! Sin duda realiza un vuelo nocturno. Es un…

Ham no pudo completar la frase.

Con una zambullida inesperada se situó rápidamente el monoplano frente al potente trimotor de Doc, y vomitó sobre él una nube de verdoso vapor que se extendió con velocidad sorprendente en torno.

—¡Gas!… ¡Gas venenoso! —gritó Ham, el sagaz pensador.

Mas el trimotor no había virado a tiempo y se hallaba envuelto por la mortífera nube lanzada casi a quemarropa sobre sus tres hélices potentes.

Edna Danielsen palideció y se cubrió la cara con las manos. Su padre, ágil pensador como Ham, llenó de aire sus pulmones con una profunda aspiración en previsión de lo que pudiera ocurrir.

El prisionero continuaba sentado tranquilamente y tan indiferente como si la cosa no fuera con él. No podía comprender el peligro que corría, naturalmente.

Atravesó el trimotor la nube de humo… salió de ella. Transcurrió un minuto… dos…

La nube de gas quedaba detrás de ellos, a cinco millas de distancia.

Nada sucedió.

Doc obligó a dar media vuelta a su aparato y lo lanzó en pos del monoplano enemigo.

—¡Eh! —exclamó Eric, incapaz de contener por más tiempo la respiración—. Ese gas… ¿cree usted que…?

—Tranquilícese —explicole Doc—. La cabina es impenetrable al aire. ¿No ha reparado que durante el vuelo no le costaba trabajo respirar, a pesar de que volamos con frecuencia a una altura de veinte mil pies sobre la superficie de la Tierra? Pues ello se debe a las condiciones especiales de la cabina… provista de una cantidad renovada, a cada instante, de oxígeno, que se halla contenido en un tanque ad hoc.

El monoplano enemigo luchaba frenético por alcanzar una altura superior siempre a la del trimotor a la manera de un aparato de combate.

Mas, en vano. Era como un pobre buharro perseguido por un despiadado halcón. Al cabo consiguió colocarse a su lado el veloz trimotor y Doc se dio cuenta de que el piloto contrario llevaba puestos unos auriculares.

Su voz poderosa resonó en el transmisor del aparato de radio:

«Vivo. ¡Aterrice!».

La excitación del piloto le demostró que había captado igual longitud de onda y por consiguiente que había localizado el trimotor.

Mas, en lugar de aterrizar viró rápidamente. Resguardada por la hélice una ametralladora invisible vomitó rojas llamaradas sobre la nave de Doc.

Mas, apenas iniciado cesó en seco el tableteo, pues con hábil maniobra Doc habíase apartado de la línea de ataque.

Después, el borde delantero de alas de su aparato apareció delineado con algo semejante a rojizas bombillas eléctricas.

¡En ellas se habían instalado nada menos que diez ametralladoras Browning! Una vibración espantosa recorrió el aparato de extremo a extremo.

Incapaz de volar con igual velocidad y dotado únicamente de una sola arma defensiva, el monoplano quedaba desarmado, indefenso, ante aquel ultramoderno señor de los espacios.

Su piloto viose obligado por lo tanto a reconocer la supremacía del trimotor.

Desde éste se le oyó chillar y taparse los oídos al caer las balas en torno suyo con estruendo, silbidos y desgarros del material.

Entonces cesó la lluvia de fuego.

El piloto alzó la cabeza y echó en torno una mirada de temor. Una voz perentoria que vibraba en sus oídos le hizo pegar un brinco.

—¡Aterrice! —repetía.

Y tan imperiosa era, a pesar de estar desfigurada por los diafragmas metálicos de los auriculares, que el malvado piloto hincó hacia abajo el pico de su aparato como si su vida dependiera de un rápido aterrizaje.

Tan nervioso estaba, que lo destrozó al aterrizar con tal precipitación.

Al choque se le desprendió el tren de aterrizaje, se le dobló la hélice y se le ladearon las alas. Por milagro no pereció en la colisión. Saltó a tierra y miró hacia arriba.

El trimotor planeaba sobre su cabeza como gigantesco murciélago.

Entonces corrió en línea recta. El bosque comenzaba a unos metros de aquel lugar.

Pero antes de que consiguiente alcanzarlo, se le adelantó un gigante de bronce. Unos brazos resistentes como el acero se ciñeron a su cuerpo con tal fuerza, que le cortaron la respiración y creyó que había soñado su última hora. Por fortuna no fue así. Se le transportó junto al trimotor. Trató de luchar. Las manos de acero aumentaron su presión de tal modo, que le arrancaron un grito lacerante.

Cesó de debatirse en cuanto se le pinchó en el brazo con una aguja hipodérmica. ¡Era la segunda persona que se sometía aquel día a la acción del suero inventado por Doc Savage!

—¡Ahora, entra en el aeroplano! —se le ordenó.

El piloto obedeció. Carecía ya de voluntad.

Doc Savage penetró tras él en el trimotor y el aparato despegó en un segundo.

Poco después describía amplios círculos sobre un aeródromo de Nueva Orleans. En el reverso de las alas se descorrieron ocultos obturadores descubriendo las lentes de unos faros. Éstos se iluminaron, y aterrizó la nave.

Eric el Gordo consultó la hora en su reloj.

—¡Cáspita! —ésta era su expresión favorita—. ¡Si no son más

que las doce!… —exclamó.

De pronto abrió desmesuradamente los ojos. Acababa de llegar a sus oídos la trepidación suave e ininterrumpida de un motor.

¡Toma! ¡Tenía delante una elegante «limousine» pintada de negro!… Su conductor abrió la portezuela.

—Aquí tienen el coche, señores —dijo.

—Lo pedí desde el aeroplano por radioteléfono —explicó Doc Savage al asombrado millonario.

—Doc hace bien las cosas —sonrió Ham, balanceando el indispensable estoque.

Eric el Gordo era un hombre activo; el trabajo se multiplicaba en sus manos.

De otro modo no hubiera llegado a multimillonario. Pero, le aturdía la rapidez con que Doc lo hacía todo.

Ir en su compañía era como situarse en el centro de un torbellino.

¡Cuántas cosas les habían sucedido en menos de veinticuatro horas! En un solo día se había atentado, dos veces, contra sus vidas y se había capturado a dos hombres.

Después se había franqueado, de un salto, como quien dice la inmensa distancia que separa Nueva York de Nueva Orleans. ¡Era prodigioso!

La «limousine» les condujo a la residencia señorial de los Danielsen, situada en un barrio elegante.

Doc se encargó de llevar adentro a los dos prisioneros.

—¡Sentaos!

Ambos tomaron asiento dócilmente. Impresionaba ver cómo le obedecían aquellos demonios, pasivos como autómatas en aquellos momentos.

—Ahora voy a salir, pero vuelvo en seguida —dijo a sus amigos.

Deseaba escribir con aquella tinta visible solamente a la luz de los rayos ultravioleta, un mensaje que situaría sobre la puerta de las oficinas de la compañía maderera, pues sabía que antes de que finalizara la noche llegarían a Nueva Orleans sus otros cuatro hombres: Monk, Renny, Long Tom y Johnny.

Cuando había que ir deprisa sabían portarse tan bien como el primero.

Pero, guardó silencio respecto a sus intenciones por una razón muy sencilla: aunque incapaces de pensar los dos prisioneros recordarían todo lo que les había sucedido al salir de su estado singular de inercia y por ello no quería que se enteraran de la forma en que redactaba sus mensajes.

Partió en la «limousine» provocando la extrañeza de su chofer con su hábito de ir en pie sobre el estribo en lugar de tomar asiento dentro del coche.

Hacía esto siempre que corría algún peligro, pues entonces le agradaba ver cuanto sucedía en torno suyo.

Eric el Gordo le vio marchar desde la puerta.

—¡Es un hombre notable! —observó cuando hubo desaparecido —. ¡A su lado me siento tan seguro, que se me figura que no tengo ya nada que temer del Araña Gris!

Mas, apenas habían salido de sus labios tales palabras cuando pegó un respingo. Sus ojos expresaron aturdimiento y se llevó ambas manos al pecho.

Luego cayó con sordo golpe al suelo. Su cuerpo quedó inerte.

La hermosa Edna exhaló un chillido. De un salto se colocó junto a su padre. Entonces tuvo un sobresalto. Pareció azorarse y sufrió un colapso.

Ham había sacado de la vaina el famoso estoque y se puso en guardia, más ¿contra quién?, Allí no había nadie.

Entonces trató de escapar. Corrió como un loco hacia la puerta. De súbito se le contrajo el semblante. Fue cosa de una fracción de segundo.

Luego cayó inmóvil junto a los Danielsen.

Eric el Gordo había concebido engañosas esperanzas. ¡En su propia mansión hería a los tres la mano implacable del Araña Gris!

IV
Dos hombres muertos



Un silencio siniestro invadió la habitación en que yacían, exánimes, los tres seres. Al otro lado de la puerta sonaba un reloj de madera, con acompasado «
tic-tac
». Diríase que marcaba los pasos de la muerte.

En las apartadas regiones de la cocina zumbaba el motor de un refrigerador eléctrico…

Del Missisippi llegaba, en alas del viento, el mugido persistente de la sirena de un paquebote. De la ventana abierta de una casa vecina surgían las alegres notas de un bailable, radiado, y confundidos con él chocar de copas y gozosas carcajadas.

Una voz dijo dentro de la habitación:

—¡La costa ha quedado libre!

Y dos seres de extraño aspecto salieron del interior de un armario.

Eran de corta estatura. Su piel tenía un color poco usual, amarillo terroso.

Sus facciones eran rudas y desdibujadas semejando dos grandes cuadrúmanos, pelados, a quienes se hubiera arrancado el rabo.

Vestían sencillamente. Unos dungarees cortos les azotaban las piernas a la altura de la rodilla; sucias camisas harapientas les cubrían el pecho.

Los dos iban descalzos. Los dos llevaban en la mano unos tubos delgados.

Se inclinaron sobre los cuerpos de los inconscientes Ham, Edna y Danielsen y sus dedos ágiles arrancaron a cada uno de ellos una flecha diminuta que guardaron en saquitos de cuero.

Eran aquellas flechas disparadas hábilmente por medio de una cerbatana a través de la cerradura de la puerta del armario, las que habían producido el desastre de que habían sido víctimas nuestros tres amigos.

Luego se aproximaron a la puerta y lanzaron al viento una nota parecida al silbido de una serpiente.

Varios hombres se aproximaron corriendo, al oír la señal. Se parecían como hermanos a los que estaban dentro del cuarto.

Era como si se reunieran en asamblea grandes monos de largos pelos y rabos enrollados.

Eric el Gordo hizo un leve movimiento: ¡revivía!

Los hombres-mono le sujetaron apresuradamente por medio de ligaduras y lo mismo hicieron con Edna y Ham.

Hablaban un inglés pintoresco por regla general, mas en ocasiones se valían para cambiar impresiones de una lengua extraña, irreconocible mezcla de francés, español, inglés y africano de la manigua.

Por su raza parecían tan políglotas como por su idioma.

De hallarse allí un perito en la materia hubiera reconocido en ellos al espécimen de una raza poco conocida, constituida por cierta clase de seres que habitan en el corazón de las marismas americanas del Sur. En su mayoría son descendientes de criminales que se refugiaron en aquellas regiones inhospitalarias para escapar al castigo y se pasaron en ellas la vida.

Por su origen no pueden ser más que unos seres degenerados.

Como clase son rechazados por los seres superiores que cohabitan con ellos la marisma.

Era entre este pueblo vicioso e ignorante donde se practicaba el rito siniestro y sanguinario, en ocasiones, del vuduismo. En la extensión desierta de la marisma sucedían continuamente hechos espantosos, se decía.

Pero jamás volvieron de las laberínticas ciénagas de la región los ejecutores de la justicia enviados allí para averiguar la verdad con pruebas palpables, evidentes, de que lo que se murmuraba fuera

otra cosa que un cuento debido a la imaginación de un poeta que hubiera pasado de noche junto al cementerio.

Con todo, se sabía que existía el vuduismo.

El jefe de los hombres-mono se aproximó al piloto del aeroplano y su acompañante el del pelo planchado.

—¿Qué os sucede? —preguntó en su tosca lengua.

Los dos hombres explicaron en una jerigonza desprovista de sentido.

Sus palabras no expresaban una idea coherente.

—¡*Sacré*! ¡Responded! —exclamó el jefe.

Les abofeteó en las mejillas y los dos oscilaron en sus asientos, pero no retrocedieron. Tampoco trataron de defenderse. Los ojillos del jefe comenzaron a desorbitarse.

—¿Qué quiere decir esto? —balbuceó.

—Les habrán hecho mal de ojo… —insinuó un hombre-mono.

Todos rodearon, entonces, a los dos desdichados. Un sudor semejante a la parafina brotaba de sus frentes mientras descansando, ora sobre un pie, ora sobre otro, contemplaban al piloto y su compañero como si éstos fueran dos aparecidos.

—¿Qué vas a hacer con ellos? —inquirió otro hombre-mono.

El jefe reflexionó. Una sonrisa feroz dilató sus labios. Su cerebro primitivo acababa de concebir una idea que le complació en extremo.

—¡Mataré a los dos! —dijo—. Es un medio excelente para deshacer el sortilegio de que los ha hecho víctimas.

—¿Le agradará esto al Araña Gris? —preguntó, caviloso, un tercer hombre-mono.

—Seguro —gruñó el jefe—. Ni uno ni otro han desempeñado satisfactoriamente la tarea que les ha sido encomendada… y sabéis lo que esto significa.

—¿La muerte?

—Esto es.

—En tal caso saquémosles de aquí…

—¡Non, non! —repuso el jefe con una mueca burlona—. Sería un trabajo excesivo. ¡Yo les despacharé!

Introdujo la mano en el espacio comprendido entre el pecho y la camisa que lo cubría y sacó una navaja.

Bastaron dos golpes. El piloto y su compinche cayeron, exánimes, al suelo.

Un chillido penetrante entreabrió los labios de la hermosa Edna. Salía de su desmayo para darse cuenta, una vez repuesta del todo, del crimen horrendo que se cometía ante sus ojos.

El jefe de los hombres-mono la golpeó brutalmente. Tornó a perder el sentido.

Al ver abatirse sobre ella aquel puño despiadado se apoderó de Eric el Gordo una exaltación violeta.

La rabia le enloqueció y le prestó la energía irresistible de un maníaco.

Era un hombre vigoroso, producto de la antigua escuela de los negociantes de madera, la profesión que exigía de ellos una inteligencia despierta, prontitud de acción y la fuerza necesaria para tumbar a cualquier aserrador que trabajase a sus órdenes.

Hizo un esfuerzo y saltaron las ligaduras de sus muñecas; un segundo le bastó para desatarse los pies y se enderezó de un salto.

El jefe de los hombres-mono echó la mano hacia atrás por encima del hombro y tiró el cuchillo.

Eric paró el golpe de la misma manera que hubiera recibido sus antepasados las flechas disparadas por el enemigo durante un combate: asiendo una silla y escudándose con ella.

El arma fue a clavarse en la parte posterior del asiento. El millonario la arrancó y corrió a cortar las ligaduras de Ham. No le dieron tiempo. El enemigo en masa se interpuso entre los dos.

Entonces blandió el pesado asiento. Los bretones no hubieran rechazado con mayor denuedo a las victoriosas hordas de los vikingos.

El arma improvisada cascó un cráneo con la misma facilidad que si se tratara de un huevo. Sonó un tiro.

No dio en el blanco. Antes de que sonara otro, Eric había derribado al hombre que lo había disparado.

—Lucha como una fiera ¡*Sacré*! —gimió un hombre-mono.

Eric había abandonado el cuchillo. Ham saltó de puntillas, y trató de apoderarse de él. En el acto se le echó encima una nube de hombres-mono.

Aquellos demonios eran duros en extremo. No había manera de

vencerlos.

Le derribaron y paralizaron sus movimientos.

La cosa se ponía fea. Comprendiéndolo así, Ham gritó con voz potente:

—¡Sacúdeles el polvo, Eric, y llévate a Edna cuanto antes!

Muchísimo repugnaba al millonario la idea de abandonar a su suerte al brigadier, pero adivinó que le daban un buen consejo.

¡Todo por la salvación de Edna! Dadas las circunstancias, no cabía soñar en alcanzar la victoria sobre los contrarios.

Corriendo uno de estos juntos al inanimado cuerpo de la muchacha, hubiera clavado en él su navaja de no habérselo impedido su jefe.

—¡Non, non! —exclamó—. El Araña Gris no quiere que muera. No hay que tocar al padre ni a la hija. Antes deben firmar un documento.

El millonario captó la frase mientras luchaba. Demostraba lo que había supuesto, que el Araña Gris andaba tras de la Danielsen y Haas.

Y fuesen los que quisieran sus ignorados proyectos sobre la compañía, era evidente que la presentación de un papel avalado con la firma de su hija y la suya apoyaría sus pretensiones.

Al fin llegó, junto a Edna. Con el brazo derecho levantó su cuerpo exánime y con el izquierdo sacudió la silla.

Dos hombres cayeron a tierra. Pero, ni uno ni otro recibieron grave daño.

Eric se situó de espaldas delante de una puerta y buscó el pomo a tientas.

Éste giró, pero la puerta tenía echada la llave.

Obra había sido ésta de uno de los hombres-mono que confiaba en retenerle así en la habitación.

La silla se alzó impulsada por los brazos musculosos del millonario y cedió un paño de la puerta. Era como si una mula hubiera dado una coz a un cuévano lleno de bananas.

Eric atravesó el hueco abierto y de nuevo oreó su rostro inflamado a la fresca brisa del Golfo. Recorrió a paso de carga la avenida. Pronto dejó atrás a sus perseguidores.

Se acercaba a la calle.

De entre los setos que adornaban el borde de la acera salieron, de súbito, dos hombres armados de revólveres.

Eric empuñó lo que había quedado de la silla, la alzó amenazadoramente y no descargó el golpe. De sus labios brotó un grito de júbilo.

¡Aquellos hombres trabajaban para él! Eran «Lefty» Shea y «Bugs» Ballard, detectives consagrados al exclusivo servicio de la compañía cuyo deber consistía en dar caza a los ladrones y denunciar a los extremistas que pudieran originar disturbios en los aserraderos y bosques de tala.

Era muy extraño que estuvieran allí a aquella hora, mas Eric el Gordo no se paró en pensar. Eran sus empleados, estaban allí. Con aquello bastaba.

—¡Lefty! ¡Bugs! ¡Los hombres del Araña Gris han asaltado la casa! —chilló con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡Carguemos contra ellos!

—¡Carguemos! —repitió Lefty con voz tonante.

Los dos detectives eran hombres corpulentos. Sus facciones eran duras, pronunciadas; sus modales… bruscos.

Eric giró en redondo. Su idea de colocarse a la cabeza del grupo.

En cuando volvió la espalda, Lefty le asestó un golpe con el cañón del revólver.

El arma rompió la banda de blondos cabellos que protegía la cabeza de Eric quien cayó, pesadamente, al suelo sin soltar el cuerpo inconsciente de su hija.

¡Le había derribado uno de sus empleados!

Los malvados hombres-mono corrieron a su encuentro y les dispensaron una acogida amistosa.

—Los habéis atrapado, ¿eh? ¡Bien! —celebró el jefe de la banda.

—Los cogimos. Afortunadamente para vosotros, becardones del pantano, pues el gordo Eric pensaba haceros picadillo —repuso Lefty.

El hombre-mono mostró un rictus que puso al descubierto sus dientes de hurón. Le desagradaba la acusación que encubría las palabras del detective, mas no podía detenerse a discutirlas.

—Bueno, ¡manos a la obra! —rezongó—. Aguarda aquí el regreso del hombre de bronce y apodérate de él. Mi te deja cuatro

hombres.

—Te agradezco la atención —replicó Lefty con acento de ironía —, pero ¡llévatelos! Para acogotar a un hombre ni Bugs ni yo necesitamos ayuda.

Una irónica sonrisa entreabrió los labios del jefe. Había visto a Doc Savage y por mucha que fuera su ignorancia reconocía en él ciertas cualidades extraordinarias.

Aquel hombre era un Hércules y sonaría la última hora de Bugs y Lefty si le atacaban solos.

Al hombre-mono le agradaba imaginar la catástrofe que se avecindaba.

Por su gusto hubiera abandonado los dos detectives a su suerte, mas temía la cólera del Araña Gris si les dejaba indefensos, y la cólera del Araña Gris era espantosa.

—Mi te deja cuatro hombres —repitió.

—Como quieras —cloqueó Lefty— con tal de que no se mezclen en la contienda. Con eso verán cómo se portan dos valientes.

Se pasó por alto el insulto y se recogieron del suelo los cuerpos de Eric, Edna y Ham.

Los cuerpos de los dos hombres asesinados se dejaron indiferentemente dentro de la mansión de los Danielsen.

La boca en uno de ellos, abierta desmesuradamente, mostraba el mocasín tatuado en su paladar.

Cuando todos, excepto los cuatro hombres-mono, hubieron partido llevándose a los prisioneros, Lefty y Bugs tomaron posición tras de los arbustos que rodeaban la casa.

—Mientras se hallen aquí esos becardones de pantano —cuchicheó Lefty al oído de Bugs—, ¿para qué arriesgarnos? Dejémosles que ataquen primero al hombre de bronce y si él les viese ¡allá ellos! Su piel no es nuestra piel.

—¡Excelente idea, camarada! —aprobó Bugs—. Hay que ponerla en práctica.

Aguardaron fuera de la casa y dentro colocaron a los cuatro hombres, de modo que pudieran disparar sus flechas sobre Doc Savage en el mismo instante en que descubriera los cadáveres del piloto y de su compinche.

El tiro disparado durante la lucha de la banda con Danielsen

había pasado evidentemente como la explosión de un neumático de automóvil y también había pasado inadvertido el chillido de Edna, probablemente porque la mansión de Eric Danielsen se hallaba enclavada en el centro de poblados jardines cuya extensión era, sobre poco más o menos, la de un parque público.

Pasado algún tiempo se detuvo un coche delante de la casa. No penetró en los jardines. Tras de hacer alto un momento como para dar tiempo a que se apeara de él su ocupante reanudó la marcha.

—¡Ahí está! —murmuró Lefty.

Aguardaron. ¡Qué extraño! No se oía el más leve rumor, contuvieron el aliento. Nada. Ningún pie hería la avenida enarenada que conducía a la puerta principal de la mansión.

No se movía una rama; ni siquiera una hoja de los arbustos que la bordeaban.

Era como si del coche se hubiera apeado un ser incorpóreo. Lefty y Bugs estaban perplejos.

Después se les erizó el cabello.

En la habitación ocupada por los cadáveres acababa de aparecer un hombre extraordinario.

Pero su entrada había sido silenciosa, como proyectada por una invisible cámara cinematográfica.

Sus ojos dorados apreciaron la escena de una sola ojeada. Junto a sus sillas yacían el piloto y el hombre del pelo planchado. Habían caído al suelo después de ser asesinados con arma blanca y no se movían.

También en el suelo reposaba, un poco más lejos, el único hombre-mono muerto por Eric el Gordo durante la refriega.

Tenía la boca abierta y en su paladar se campeaba la asquerosa serpiente de agua.

Incluso Lefty y Bugs, agachados fuera, distinguieron las chispas de cólera que despidieron las doradas pupilas del gigante al presenciar aquel triste espectáculo.

Su fulgor sobrecogió a los dos miserables. Con sólo mirarlas se debilitaba el valor que animaba su espíritu desaprensivo.

No se atrevían ni a respirar. Un terror sin límites se posesionaba de ellos.

Una cerbatana asomó entonces por el ojo de la llave de una

cerradura. Lefty y Bugs la vieron y se alegraron de que se hallara detrás del hombre de bronce.

¡Con tal de que él no se volviera!… Pero, no tenía intención de hacerlo, al parecer.

Un segundo… dos… y la muerte le sorprendería por la espalda.

Inesperadamente, no obstante, se acercó al piloto, saliéndose así del radio de acción de la cerbatana, y se inclinó sobre él.

Respiraba todavía. ¡La puñalada no había sido mortal!

Rápidamente le aplicó la inyección número dos o sea la que anulaba el efecto de la droga inventada por él.

Al otro lado de la ventana Lefty y Bugs estaban en un dilema.

Deseaban disparar sobre el hombre de bronce y no se atrevían por miedo a llamar la atención. No es lo mismo disparar un tiro a puerta cerrada que en mitad de la calle.

Y también temían ser ellos los primeros en comenzar una contienda, de modo que aguardaron a que la cerbatana llevara a cabo su siniestra tarea.

En aquellos momentos contenía en su interior una flecha envenenada.

¡Ella ocasionaría la muerte instantánea a Doc Savage!

El piloto del monoplano se agitó débilmente. Recuperaba el dominio de sus facultades.

—¡Demonios! —exclamó con firme acento—. ¡Falsos, engañosos becardones de pantano!

Recordaba lo sucedido mientras él había permanecido en un estado singular de pasividad.

Sabía que su propia banda había tratado de asesinarle… que lo había conseguido, quizás pues la vida se le escapaba por la herida abierta.

—¿Dónde están Eric el Gordo… y Edna y Ham? —La voz potente de Doc llenó los ámbitos de la habitación e hizo estremecer a Lefty y Bugs al otro lado de la ventana.

Un ataque de tos sacudió al piloto en el momento mismo en que iba a replicar. Sus labios se tiñeron de rojo.

Doc le prestó un rápido alivio. Consiguió esto hundiendo los dedos en ciertos centros nerviosos del herido y paralizándolo mediante un masaje que calmaba sus dolores. Era en el campo de la

cirugía donde se mostraba más competente y de su educación formaban también parte la osteología, la osteopatía, la quiropráctica y otras ciencias afines.

Cuando hubo concluido pudo hablar con el piloto.

—Vigile la puerta: ésa que hay al otro lado de la habitación —dijo—. Hay gente escondida detrás de ella, con una cerbatana.

Así prevenía a Doc.

Éste contestó en voz tan baja, que sus palabras llegaron únicamente al oído del moribundo piloto (Doc sabía que no podía vivir).

—Lo presumía.

—¿Por qué? No comprendo…

—Es muy sencillo: tus compañeros necesitan darse un baño. Despiden un olor acre y los he olfateado. También he visto salir la cerbatana, por el ojo de la llave. Pero aquí mi hallo fuera del alcance de sus flechas.

Lo que Doc no sabía era que dos demonios (Lefty y Bugs) le acechaban, revólver en mano, al otro lado de la ventana y que él les inspiraba un sentimiento singular, mezcla de espanto y de sed de sangre.

El piloto no sentía olor ninguno. Era increíble que no sólo hubieran impresionado el olfato del gigante los efluvios exhalados por el cuerpo de sus compañeros sino que además les hubiera localizado en el acto… sin que lo pareciese.

No sabía, claro es, que Doc Savage ejercitaba diariamente sus cinco sentidos. Ignoraba que se entregara, todas las mañanas, a penosos ejercicios de dos horas de duración gracias a los cuales se había convertido, poco a poco, en un superhombre. Pero así era.

—El culto del Mocasín dispuso de los otros —suspiró el piloto—. A mí me dejaron por muerto.

—¿Sabes dónde les han llevado? —inquirió ansiosamente Doc Savage.

Lefty y Bugs temblaban de excitación. ¿Qué hacían los hombres-mono que no entraban en acción? Gradualmente fueron alzando los cañones de sus revólveres.

—Sí —replicó el piloto—. Están en un lugar donde permanecerán encerrados algún tiempo. A él llegarán otros

miembros de la banda y les trasladarán al Castillo del Mocasín. Dicho castillo se encuentra en una región ignorada. Sólo el Araña Gris y unos cuantos…

—¡Más tarde me dirás lo que falta! —dijo Doc interrumpiéndole —. ¿Dónde los encontraré?

El piloto cobró aliento. Intentaba responder. No le dieron tiempo.

Del cuarto adyacente salieron los hombres-mono y se lanzaron al ataque.

Uno de ellos se llevó la cerbatana a los labios. Luego sopló por ella.

Pero el hombre de bronce tenía los movimientos muy rápidos. De momento se desvaneció para reaparecer unos pasos más allá.

La flecha perdió el blanco por un metro escaso, penetró en la pared y quedó adherida a ella por la punta, semejante a la de una aguja.

Entonces y antes de que los hombres-mono se dieran cuenta de lo que sucedía, cayó sobre ellos la venganza de Némesis.

Los cuatro empuñaron las afiladas navajas. No eran cobardes. Lucharían hasta morir.

Y en efecto: les sobrevino la muerte con una rapidez mayor de la que imaginaban.

Un hombre-mono asestó a Doc un navajazo destinado a poner fin a la contienda. Iba dirigido en línea recta a su corazón.

Mas, antes de que llegara a él una parálisis repentina detuvo el brazo del que empuñaba el arma contra él y antes de que se diera cuenta de lo que iba a suceder, la tenía clavada en mitad del pecho.

El piloto hizo un esfuerzo terrible y se arrastró por el suelo refugiándose dentro de un armario cuya puerta cerró cuidadosamente tras de sí.

En aquel instante otro hombre-mono atacaba a Doc con un estilete afilado como una navaja de afeitar.

También él confiaba despachar a Doc, pero éste se ladeó ligeramente y el arma le rasgó la chaqueta y la camisa a la altura del corazón.

—¡*Sacré*!… —exclamó el hombre.

Ésta era la última palabra que debía pronunciar en este mundo.

Al pretender asestar un nuevo golpe sonó un estallido y se vino al suelo, en una pieza.

Unas manos grandes le acababan de romper el cuello.

Lefty y Bugs se habían alejado un poco de la ventana. Temían que se les obligara a tomar parte en la lucha y al propio tiempo esperaban que los hombres-mono acabarían con Doc Savage.

De pronto, el hombre de bronce cruzó a grandes pasos la habitación.

Sostenía en cada mano a los dos supervivientes de la refriega. Los dos chillaban como ratas de cloaca; los dos trataron de acuchillarle, mas en vano.

El dolor provocado por la presión que ejercían sobre sus cuellos los dedos de Doc era intolerable y no podían defenderse.

Un par de brazos robustos les impulsó. Sus cuerpos por el aire atravesaron, girando, el cristal de la ventana, rompiéndole en mil pedazos y cayeron a los pies de Lefty y Bugs.

Este hecho indujo a los dos detectives a creer que habían sido descubiertos.

Eran dos cobardes. Un terror indescriptible se apoderó de ellos y huyeron en lugar de atacar a Doc con sus revólveres.

El fragor de la caída y el ruido de cristales rotos que acompañó la salida por la ventana de los dos hombres-mono, apagaron el sonido de sus pasos.

Doc Savage corrió al lado del piloto. Era importantísimo que éste respondiera a su pregunta: ¿qué había sido de Edna, de Ham y de Eric el Gordo? ¿Adónde les habían llevado los adoradores del Mocasín?

Pero el piloto estaba muerto.

¡De sus labios helados jamás saldría ya una palabra!

V
El libertador



La figura gigante de Doc se aproximó a la ventana. Sus ojos escudriñaron el jardín. (No vio en él a Lefty ni a Bugs porque éstos se habían perdido ya de vista). Allí estaban los hombres-mono, atontados todavía a causa de su reciente viaje por el aire.

Doc franqueó de un ligero salto el alféizar y cayó sobre la yerba del arríate.

Despojó de sus armas a los hombres-mono y les arrastró en pos de sí.

Ambos cayeron dentro de la habitación y tal había sido el impulso con que fueron lanzados, que se doblaron sus cuerpos por la cintura de modo que se tocaban los extremos.

Doc no se molestó en atarles. Cuando uno de ellos trataba de huir recibía un puñetazo que volvía a tumbarle antes de que hubiera movido un pie. Tenían a su favor tantas probabilidades de fugo como un ratón atrapado por gato.

—¿Dónde están los dueños de la casa? ¿Dónde está mi amigo? —preguntoles Doc Savage con voz de trueno.

—No sabe de qué hable —murmuró uno de los habitantes de las ciénagas.

—¿Tenéis idea de lo que puede sucederos si calláis? —siguió interrogando Doc.

La pareja estaba amedrentada, mas no era el suyo un sentimiento de cobarde pavor. Estaban resueltos a no proferir ni una palabra en contra de su banda.

—¡No cederemos ni ante una amenaza! —exclamaron al unísono.

Esto era cierto. Doc lo sabía. Conocía a los hombres y especialmente a aquellos habitantes de los pantanos. Aun cuando se les sometiera al tormento y a la muerte seguirían guardando silencio.

Poniéndose en pie, Doc se aproximó en dos saltos al cuerpo sin vida del piloto. Su mirada se posó en un anillo que llevaba en la mano.

De aquel anillo parecía haberse utilizado el engaste levantado para trazar sobre la enyesada pared del gabinete:

«W. W. A. 3».

Los ojos de Doc recorrieron la espaciada inscripción y examinaron el anillo. El engaste tenía aún huellas de yeso…

No cabía dudar de que había servido para trazar aquellas letras sobre la pared.

Doc estuvo parado, mirándolas, un minuto, quizás. Después hizo un leve ademán de asentimiento.

Acababa de resolver el enigma. En la habitación contigua había un aparato telefónico.

En aquella misma habitación se hallaban sus enemigos con la cabeza junto a los pies, hechos un ovillo, doloridos, atontados. Era poco agradable el tratamiento que se les había aplicado. En pie, vigilando con un ojo a uno de ellos, con otro al que quedaba, tomó Doc el receptor y pidió comunicación con la redacción de uno de los periódicos más importantes de la ciudad.

—Desearía saber dónde se halla el aserradero número 3 de la Compañía maderera «Worldwide» —dijo.

Éste, había decidido, era el significado de las iniciales W. W. A. 3 dibujadas en la pared del gabinete.

En un momento, el informe deseado corrió por el alambre telefónico a su encuentro.

—Gracias. —Doc colgó el auricular.

Los dos ratas gimieron creyendo llegada su última hora. Su capturador parecía tener con ellos la consideración del león por un

chacal y les manejaba del mismo modo.

Pero Doc se limitó a exclamar:

—¡Vamos, vamos! Salgamos de aquí.

Media hora después dormían los dos en un hotel. Producía su sueño una droga cuyos efectos no se disiparían en varias semanas. Nadie les molestaría.

Transcurridas veinticuatro horas llegaría al hotel un forastero misterioso que trasladaría a los dos hombres a una Institución sorprendente, enclavada en la parte Norte del Estado de Nueva York.

Dicho establecimiento estaba dirigido por un gran psicólogo, sumamente entendido en criminología. Verdadero mago, operaba cambios milagrosos en las almas de los seres sujetos a tendencias criminales lo mismo si deseaban curarse de ellas como sino.

¡Ninguna persona salida de su establecimiento había tornado a su antigua vida tenebrosa!

Este establecimiento notable se mantenía gracias a la fabulosa fortuna de Doc Savage. Éste jamás enviaba a presidio a un malhechor que le hiciera frente. Jamás le entregaba a la policía.

Le enviaba a la institución benéfica que había fundado y de ella salía transformado en un digno ciudadano.

En esta ocasión telegrafió, pues, al director, ordenándole que enviara a buscar a los dos hombres-mono y después escogió un pequeño garaje, poco frecuentado y compró de segunda mano un buen coche de camino.

En él abandonó seguidamente la ciudad. Se dirigía al depósito número 3 de la Compañía maderera «Worldwide».

El airecillo nocturno azotaba su rostro y despeinaba sus cabellos bronceados sin producirle más efecto que si fuera un hombre de metal. Los neumáticos gemían sobre el asfalto.

El velocímetro flirteaba con los setenta kilómetros.

El alba estaba próxima cuando el coche de camino aminoró la marcha cerca del aserradero número 3 enclavado en una región llena de cipreses.

A la derecha, algo separado del camino, cabrilleaba bajo los plateados rayos de la luna la superficie de un brazo de río.

Un pez furtivo, quizás un rezagado, saltaba en sus aguas y sus

saltos originaban pequeñas hondas, círculos concéntricos que iban a morir a la orilla.

En ella había un aserradero flotante. Consistía en una gran estiba, en la que había, como único equipo, varias hachas y sierras para usos distintos y un cepillo de carpintero.

Aún estaba cerrado, pero ya ascendía por su chimenea una columna de humo. Un fogonero trajinaba allí preparándose para el trabajo del nuevo día.

Doc apagó los faros cuya luz atenuara poco antes, pues el parabrisas aparecía salpicado de mariposas nocturnas, y sus ojos vagaron en todas direcciones. Había que estar sobre aviso. Sólo le faltaban por recorrer unas millas, muy pocas.

Grandes ramas colgaban sobre su cabeza. Musgosas guirnaldas pendían de árbol a árbol. Tan bajas estaban que, en ocasiones, le azotaban el rostro.

Aquélla era una región siniestra, sombría.

Doc desembragó, situó la palanca de transmisión en el punto muerto y paró el motor. Un silencio profundo reinó entonces a su alrededor y percibió el canto melodioso del ruiseñor.

A setenta kilómetros por hora como iba, en aquellos momentos, el coche rodaría todavía una milla arrastrado por su propio impulso.

Antes de que se detuviera del todo, Doc le hizo dar media vuelta, lo introdujo por un camino lleno de maleza y lo detuvo en un bosquecillo de arces.

En el río sonaba estentórea la sirena de un remolcador. Doc alcanzó a divisarle por entre los árboles.

Escoltaba un rosario de troncos de una media milla de extensión.

Evidentemente era impulsado río abajo con objeto de que llegaran cuanto antes al punto de su destino.

¡Sólo que éste no era el aserradero número 3! No. La instalación estaba cerrada.

Doc la examinó; contempló aquel mudo testigo de días pasados y prósperos enclavado en mitad de la maleza del camino.

Era muy hermoso y destinado a contener, dada su capacidad, unos cien mil pies de madera en tablas. Mas, a juzgar por su aspecto, debía hacer un mes que permanecía inactivo.

En sus cobertizos para la leña seca cabían cómodamente veinte millones de pies de dicho material.

Mas, en aquellos momentos estaban casi vacíos. ¡Esto lo explicaba todo!

Los hombres del Araña Gris vendían la madera almacenada en ellos.

Una alambrada de una altura sorprendente, erizada de púas, rodeaba el aserradero. Sus postes de acero se alzaban veinte pies sobre el terreno circundante.

Doc se encaramó a la cerca con una agilidad sorprendente, pero a medio camino le inmovilizó una idea y saltó a tierra.

—Iba a cometer una imprudencia —se dijo.

Buscó una ramita tierna y la lanzó al aire de modo que rozara, al caer, el borde de la cerca. Al entrar en contacto con sus púas chisporreó con una luz verde y llegó, humeando, a los pies de Doc Savage.

¡La cerca estaba defendida de posibles escaladores por una corriente eléctrica de alta tensión!

Sus alambres corrían a través de aisladores fijos a los postes de acero. La vista penetrante de Doc acababa de librarle de morir electrocutado.

Rodeó la cerca. Descubrió entonces un árbol. Una de sus ramas se extendía sobre el aserradero.

De un salto formidable ascendió unos pies en el aire y se abrazó a su tronco, por el que subió con la misma facilidad de una ardilla. Al llegar junto a la rama la recorrió haciendo equilibrios.

Se encontraba en aquellos momentos a unos treinta pies del suelo.

Sin embargo, sus músculos flexibles atenuaron la conmoción ocasionada por el salto de forma tal, que fue lo mismo que si lo hubiera dado desde una silla.

Sus pupilas doradas vigilaban. Sabía que aquél era el momento más peligroso de su entrada en el aserradero. Y si éste se hallaba vigilado, lo más probable sería que le vieran en seguida.

No se había equivocado. De detrás de un horno apagado surgió un ojo de fuego, despidió un brillo infernal y desapareció.

Sobre la cabeza de Doc pasó una lluvia de balas con un ruido

semejante al de un clavo que chocara con una botella de cristal. Después tronó la voz de una ametralladora.

Con la asombrosa rapidez de movimientos que le caracterizaba se tiró Doc al suelo y se adhirió a él de manera que su traje oscuro y su piel bronceada confundían sus colores con el de la tierra.

Entonces cesó el fuego. La persona que disparaba la había perdido de vista.

Avanzó unos pasos y quedó expuesto a la luz de la luna.

En la mano llevaba el arma que acababa de utilizar.

No era ésta muy potente, uno de esos cañones «Thompson» que disparan cartuchos del calibre 45 sino una ametralladora de reglamento de las que utiliza una escuadrilla aérea en tiempo de guerra.

Mas, así y todo, podía disparar grandes cargas. Iba aparejado a un ancho cinto de cuero sujeto a la cintura del guarda de modo que pudiera dominar su retroceso.

—¡Es un hombre de bronce! —chilló desaforadamente—. ¡Está a este lado de la cerca!

—¡Non, non! —le replicó un miembro invisible de la liga del Mocasín, probablemente hombre-mono también—. No es posible que haya descubierto este lugar.

—Quizás no… de todos modos estaba aquí hará cosa de un instante.

El invisible adorador del Mocasín se le acercó corriendo. Saltó una hilera de vagonetas y pasó junto a una casilla usada como almacén de la madera aserrada que se trasladaba a los hornos.

Un poderoso brazo surgió inesperadamente del lado de la casilla sumergida en la sombra y le derribó. Un grito penetrante se escapó de sus labios.

Al oír el grito, y no viendo lo que sucedía, porque en el momento en que sonó estaba mirando a otra parte, el guarda se acercó a la casilla y buscó a su compañero.

Al llegar al lado opuesto bajó la vista y se tornó tan pálido como si se le hubiera paralizado el corazón.

Allí estaba su compañero tendido en el suelo. De las comisuras de sus labios entreabiertos manaba un hilillo de sangre. Sólo estaba desmayado.

Mas, dando por sentado que estaba muerto, el guarda dejó escapar un aullido que rivalizaba en potencia con aquél que acababa de oír.

Veloz como el viento huyó de su lado y fue a meterse en uno de los cobertizos que contenían todavía madera seca.

Le parecía imposible que un mísero ser de carne y hueso se trasladara de debajo del árbol junto a la casilla sin ser visto ni oído.

No. ¡Decididamente no se podía luchar con un fantasma!

El interior del cobertizo estaba oscurísimo. La madera hacinada en montones de dieciséis pies de altura formaba un laberinto por el que se internó el guarda sin la menor vacilación.

De pronto, giró sobre sus talones y preparó el arma que llevaba. Le parecía oír un ruido sospechoso a sus espaldas, pero no vio nada alarmante.

—¿Qué te sucede? —inquirió una voz ronca.

El guarda exhaló un suspiro de alivio. Aquella voz pertenecía a uno de sus compañeros.

—¡Es un demonio! —explicó incoherente—. Un demonio de bronce. ¡Se mueve con la celeridad de una nube atada al rabo de un conejo!

—¿Un demonio? —la voz de su compañero expresó incredulidad.

—¡Juraría que lo era! —El guarda se estremeció.

Estaba más oscuro allí dentro, en el cobertizo, que en el interior de una tumba.

—Mi no haber oído nada —dijo la voz.

El guarda se humedeció los labios.

—¿De veras no oíste a ese demonio? Entonces, ¿qué haces aquí? —interrogó.

—El amo ha ordenado que esté todo el mundo escondido, excepto los guardas.

—Yo salía para echar un trago —explicó el otro en tono seco—. ¡Pero que me ahorquen si veo por dónde ando!

—¡Ah! ¿Te has desorientado?

—*OUI*. No sé por dónde ando.

El guarda lanzó un resoplido desdeñoso.

—El camino está aquí, en mitad de esta pira —dijo.

—¿La misma en que estás apoyado?

—*OUI*, justamente.

La propia pira de madera cayó, al parecer, en aquel mismo instante sobre el guarda, solo que era de bronce y asestaba puñetazos paralizadores, con unos puños vigorosos.

Poco antes de caer al suelo sin sentido se dio cuenta el guarda de lo que sucedía.

No hablaba con ninguno de sus compañeros. ¡Había entablado conversación con el mismo demonio de bronce!

Doc había imitado el bárbaro lenguaje de los hombres-mono para saber dónde tenían éstos secuestrados a sus amigos. El lugar estaba por lo visto entre las grandes piras de madera.

Doc hizo entonces una cosa sorprendente: oprimió el espeque del cañoncito sujeto al cinto del guarda y el arma vomitó por la boca fuego, humo, y pequeñas balas de «cupro-níquel».

En el estrecho espacio dejado por las piras de madera sonaron sus detonaciones como el estallido del trueno.

Doc soltó el espeque.

—¡Ya lo tengo! —gritó imitando el acento peculiar a los hombres de la marisma.

De un salto se encaramó sobre la pira y se colgó de una de sus tablas que sobresalía poco más de un par de centímetros.

A sus pies se abrió, hacia fuera, el costado aparentemente unido de la pira.

Se dio cuenta de ello por el sonido, pues el cobertizo estaba oscuro como boca de lobo.

—¿Quién es él? ¿A quién has atrapado? —interrogó una voz. La persona que hablaba debía asomar la cabeza por la puerta, debajo mismo de él.

Pero valía la pena de comprobarlo.

Una de las grandes manos de Doc palpó en el vacío, tocó una cabeza, la asió por los cabellos…

La víctima exhaló un quejido apagado. Su cabeza chocó con la piedra y perdiendo el sentido, colgó inerte de la mano de su enemigo.

Éste le dejó caer y se escurrió por la puerta abierta en el interior de la pira.

Un estrecho rayo de luz le salió al encuentro y dio de lleno en su rostro. Doc ladeó el cuerpo prontamente. Sonó un disparo, luego una maldición. El hombre que sostenía la luz no había dado en el blanco.

Dentro de la pira había una pieza muy vasta al parecer. Sus paredes habían sido edificadas como las de una nevera: instalando entre el tablaje interior y exterior una cámara de aire.

No cabía duda de que ella amortiguaba los sonidos.

En su interior sonó un alarido de ésos que hielan la sangre en las venas. Se agitó un cuerpo. Se oyó una detonación. Luego nada. Silencio.

¡El hombre de la linterna había sentido la mano poderosa de Doc Savage y yacía sin sentido en el suelo!

El interior de la pira de tablas semejaba por lo silencioso al de una antigua tumba egipcia. Pero en el fondo de aquel oscuro abismo se oía el rápido y acompasado tic tac de un reloj.

Un reloj de pulsera femenino, sin duda.

—¡Doc! —llamó muy quedo la voz de Ham—. A nuestro cuidado pusieron los de la banda cuatro hombres, solamente.

—¡La costa está libre de enemigos, entonces! —rió Doc. Encendió un fósforo.

¡Eric el Gordo, Edna y Ham! Los tres estaban sanos y salvos, aunque tendidos en el suelo. Tenían algo rojos los brazos a causa de las ligaduras que les oprimían, pero tales bagatelas se olvidan pronto.

—Ya me estaba contando entre los difuntos —murmuró Eric—. Esos salvajes pensaban enviarnos a su escondrijo principal, aquél al que llaman, si mal no recuerdo, el Castillo del Mocasín. Una vez en él, Araña Gris habría tratado de obligarnos a firmar un papel declarando que estamos decididos a tomarnos unos días, quizás meses de descanso, y después… nos hubieran asesinado, según colijo.

—¡El Castillo del Mocasín! —repitió secamente Doc—. Lo mejor será que probemos a convencer a nuestros prisioneros para que nos digan dónde está. ¡Quizás atrapemos dentro de él el Araña Gris!

—Me molesta tener que decepcionarte, Doc —dijo Ham—, pero no estás de suerte.

—¿Eh?

—Ninguno de esos salvajes sabe dónde se halla el castillo. De su conversación deduzco que es una especie de lugar sagrado, un templo dedicado al culto de vudú, que sólo visitan los altos «muck-amuks». Así les llaman en su bárbaro idioma.

—¿Por qué estás tan seguro, Ham?

—Porque sorprendí una conversación entablada por ellos no hace mucho —repuso el brigadier—. Como no creían que pudiéramos escapar, me parece que no tenían por qué engañarnos.

—Entonces tendremos que proceder conforme a mi plan primero —dijo Doc con firmeza.

Partió para cerrar el interruptor de la mortífera corriente y trasladar junto a la cerca su Roadster.

Marchaba a buen paso. Sentía vivos deseos de llegar cuanto antes a Nueva Orleans con los cuatro nuevos prisioneros.

Sumados éstos a los dos narcotizados que se hospedaban en el hotel serían seis los que llevaría al sorprendente Reformatorio del Estado de Nueva York.

Es decir: eso creía él. En realidad, serían muchos más los que descansarían en la habitación del hotel antes de que quedara solucionado el affaire de los aserraderos, pues apenas había comenzado, en aquellos momentos, la lucha entablada con el Araña Gris.

VI
Muerte al final del sendero



El amanecer de un espléndido se enseñoreaba de Nueva Orleans. La multitud acudía, afanosa, al trabajo. Canal Street hallábase convertido en un hervidero.

Los *ferry-boats*, transportaban por cargas los pasajeros de una a otra ribera del Missisippi.

Era la hora de comenzar los negocios.

Doc había llevado a sus amigos y prisioneros a la ciudad. Dejando a estos últimos en las habitaciones del hotel con los otros dos capturados de antemano, tornó a ocupar su asiento junto al volante y continuó su camino.

Recorrió la avenida de San Carlos, al llegar a Tulia ascendió por ella, se detuvo ante el edificio de la Danielsen y Kaas y allí se apearon todos del Roadster.

En dicho edificio, de una gran belleza, deslumbrante de blancura, con ornamentos ejecutados sobre piedra negra, conforme al gusto moderno, más que un simple rascacielos de diez pisos semejaba la concepción material de un artista que soñara con futuras viviendas.

De él salía y entraba una nube de empleados.

—¡Diantre! ¿Y eres tú el general en jefe de toda esa fuerza? —insinuó Ham.

—Jamás ha habido en la casa tantos empleados como ahora —replicó, con orgullo, Eric el Gordo—. Bien es verdad que soy el único patrono que no se ha aprovechado de las circunstancias para

reducir los salarios.

Al entrar en las oficinas les salió al encuentro un escribiente.

—He aquí una nota para Doc Savage —dijo—. La han echado durante la noche, por debajo de la puerta, según dice el vigilante.

Doc tomó y abrió el sobre. Dentro había un pliego de papel blanco y liso.

En él aparecía la huella de un pulgar. Era colosal, casi tan amplia como la vía de un ferrocarril de juguete.

Doc tuvo una sonrisa leve. Reconocía la impresión, su mismo tamaño la delataba. Dudaba de que otro hombre pudiera dejar una huella tan grande como aquella sobre el papel.

Pertenecía al coronel John Renwick (o Renny, como se le llamaba familiarmente), famoso ingeniero conocido en el mundo entero por su hábito de derribar, a puñetazos, los entrepaños de las puertas más macizas.

El singular mensaje significaba que Renny, Monk, Long Tom y Johnny, sus cuatro amigos y auxiliares habían derribado a Nueva Orleans durante la noche. Tal vez viajaron en un aeroplano poco veloz.

El Gordo Eric pasó delante para mostrarles el camino y les condujo a su despacho particular.

En marcado contraste con el resto del señorial edificio, no estaba su *sanctum* mejor amueblado y decorado que el de cualquier capataz del aserradero.

La alfombra estaba agujereada, de modo que para no meter un tacón y caer al suelo, había que andar sobre ella levantando mucho los pies.

La mesa de trabajo era viejísima y raída, además, aparecía desgastada en los bordes, como si se hubiera dejado arder descuidadamente sobre ellos un cigarro.

—Así estaba hace treinta años cuando me instalé en él —explicó Eric a sus amigos—, y así continuará. Yo no sé trabajar en una pieza adornada como perro de feria.

Inmediata a ella venía otra, totalmente distinta. Ricas alfombras orientales cubrían suelo; la mesa escritorio era una maravilla de primor y de riqueza, que había costado el equivalente al sueldo anual de un empleado de la Compañía; un bar completo, con su

nevera, coctelera y demás adminículos, ocupaba uno de sus ángulos.

Diseminadas por las paredes se veían fotografías de mujeres… coristas probablemente.

—Pertenece a mi socio, Horacio Haas —explicó Danielsen, agregando, como si se diera cuenta, de pronto, del aspecto poco serio de la pieza—: No es un hombre de negocios de primer orden, pero debo mis primeros pasos en la vida a su apoyo material… y no lo olvido.

En aquel preciso momento le interrumpió una voz chillona y desagradable al oído.

—Con permiso, mister Danielsen.

Eric volvió la cabeza.

—¡Hola, Silas! Es Bunnywell, uno de mis tenedores de libros —explicó a los presentes.

El individuo en cuestión tenía el tipo característico de la especie… por lo menos tal como nos lo presentan en las películas.

Su estatura era buena, pero se encorvaba ligeramente, como si hubiera pasado años y más años sentado en el taburete profesional.

El rostro era pequeño y magro; una barriga algo voluminosa contrastaba con la delgadez exagerada del resto del cuerpo; el cabello, blanco como la nieve, hacia su cabeza semejante a una bola de algodón.

Vestía de azul; por cierto que su traje había sacado lustre en las partes que rozaban la mesa y la silla. Sus ojos estaban resguardados por unas gafas semejantes a las que Edna supuso, en un principio, que debía llevar Doc.

Cristales gruesos y ordinarios las caracterizaban.

—Desearía decirles dos palabras, mister Danielsen.

—Diga, diga.

Bunnywell entrelazó con un gesto nervioso ambas manos. Parecía reacio.

—Es que —balbuceó— se trata de un caso particular. Si pudiera hablarle a solas…

—Pues dígalo sin reparo. Para estos amigos no tengo secretos.

—Preferiría que me oyera en privado.

—¡Vamos, vamos, Bunnywell! —tronó el presidente de la

Compañía maderera—. Repito que hable.

—Se trata del señor Haas —explicó el tenedor con su chillona voz—. Hace algún tiempo ya le presté quinientos dólares, cantidad que se comprometió a devolverme en el plazo de diez días. Pero no lo ha hecho. Cada vez que le hablo de este asunto se echa a reír y no me responde. Desearía… que le hablara usted, mister Danielsen. Quinientos dólares no es una suma crecida… par usted, pongo por caso; mas si lo es para mí, que he trabajado sin duelo para ahorrarla.

Eric carraspeó con brío. Había fruncido el ceño. El proceder de su socio le disgustaba visiblemente; sin embargo, no hizo ningún comentario.

Del bolsillo interior de su americana extrajo una abultada cartera, y de ésta varios billetes, que entregó a Bunnywell.

—He aquí sus quinientos dólares —dijo—. ¡Mister Haas me reembolsará de esta pérdida!

El viejo tenedor se emocionó hasta el punto de verter lágrimas.

—¡Oh, gracias, gracias, mister Danielsen! —exclamó en un transporte de alegría.

—Olvide este pequeño acto de justicia —observó Eric, con voz atronadora—. En mi casa todos son igualmente responsables de sus actos y me agrada que mis empleados formulen cualquier queja que puedan tener en contra uno de sus jefes don la misma libertad que lo harían si se tratara de un compañero de oficina o de un subordinado.

Silas salió del despacho estrujando contra su pecho los billetes. Al andar no producía el más ligero ruido.

—¡Ese Horacio!… Voy a tener que darle una tunda —rezongó Eric—. Es cosa que he de hacer, por lo menos, una vez al año.

—Aquí le tienes, papá —dijo Edna, interrumpiéndole.

Y, en efecto, el socio penetró en el despacho. Llevaba un chaleco amarillo claro, tan llamativo, que atrajo sobre sí todas las miradas. Después, éstas se posaron en el enorme diamante que fulguraba en uno de sus dedos.

Tan notables como estos aditamentos eran sus pantalones, su corbata flamante y los zapatos charolados con exceso.

Lo menos llamativo del conjunto era, realmente, su persona y,

por ello, ocupaba un segundo lugar. Su aspecto era poco distinguido.

No había nada de extraordinario en el semblante rubicundo, la pequeña barbilla, los ojos acuosos o la exagerada gordura de Horacio Haas. Quizás lo más saliente de su persona fuera su cabello, muy oscuro, casi negro.

Entró excitadísimo, blandiendo un papel.

—Gordo Eric: mira lo que traigo aquí —dijo a voz en cuello—. ¡Una carta! ¿Adivinas de quién es? ¿No? Pues, de Topper Beed.

Eric se la arrebató de la mano, pasó la vista por ella y se la entregó a Doc Savage.

—Lea esto —ordenó.

Las doradas pupilas de Doc, tradujeron:

«Si desean apoderarse del Araña Gris, les diré dónde se halla actualmente. "Topper Beed"».

—¡Pronto! ¡Deme usted sus señas! —pidió Savage.

Haas dio la dirección exacta, agregando, para mayor claridad:

—Suyos son el almacén de instrumentos para aserrar madera, nuevos y de segunda mano, y el taller de reparaciones que hay al otro lado del Canal Street.

Reparó entonces en el hombre de bronce. Sus débiles mandíbulas se abrieron lentamente. Sus ojos giraron en las órbitas acuosas. Le aterraba la figura metálica y gigantesca que tenía delante.

—¿Conque éste es el mismo Doc Savage de que me hablabas? —observó, dirigiéndose a Eric el Gordo.

El aludido se aproximó, en silencio, a la puerta.

—¡Voy a *interviuvar* a Topper Beed! —anunció, con acento sombrío.

El taller de reparaciones de Topper Beed estaba situado muy cerca de la antigua Barriada de los Franceses.

Junto a él, en un sitio fácilmente accesible, veíase un gran montón de hierros viejos, algunos en buen estado todavía, puesto allí en espera, sin duda de ser transportado a uno de los muelles de Missisippi.

Ni en torno ni en el interior del viejo edificio, construido con planchas metálicas, que cobijaba el taller, se descubrían signos de

vida.

Su puerta estaba asegurada con una pesada cadena, cerrada con un candado.

Los dedos musculosos de Doc Savage manipularon en él por medio de un instrumento de acero, muy semejante a un ganchillo de hacer *crochet*.

Era éste parecido a un hangar, no era muy grande. En uno de sus ángulos distinguió Doc un taladro o barrena para metales, de gran tamaño y, en el otro, una enorme fragua y un yunque.

Los lubricantes y las escorias del metal formaban una pasta pegajosa, que se adhería a los pies.

El agua derramada pocas horas antes espejeaba sobre el suelo grasiento.

Cerca del agua había una vasija o recipiente de madera, antigua barrica aserrada por la mitad, llena de líquido hasta el borde.

En su superficie flotaba una capa de aceite. Evidentemente estaba destinada a templar el metal después de ser trabajado en la fragua y sobre el yunque.

Doc introdujo en ella un par de tenazas de herrero y extrajo… ¡el cuerpo de un hombre!

Su figura era rechoncha y musculosa, con la piel curtida y atezada y las palmas callosas del que ha trabajado largo tiempo con metal y calor.

Debía haber sido atontado por un golpe en la cabeza y metido en el tanque, hasta que se ahogó.

En el bolsillo interior de la americana llevaba varias cartas, cuyas direcciones eran todavía legibles. Todas iban dirigidas a Toppy Beed.

¡El pobre pagaba bien caras sus actividades en contra del Araña Gris!

Doc Savage abandonó pronto el taller. Muy hábiles, o, tal vez, muy afortunados, los asesinos del comerciante no habían dejado rastro. ¿Para qué permanecer, pues, en él, más tiempo de lo que era necesario?

Al salir a la calle se tendieron prontamente en sus asientos los ocupantes de un coche parado junto a la acera, unos pasos más abajo.

—¡Cuidado, Lefty! —dijo uno de ellos—. Vigilemos.

—Sí, vigilemos —repuso el otro—; pero no le mires como si fuera Santa Claus. Podría darse cuenta.

Eran Lefty y Bugs, los dos detectives puestos al servicio de la Compañía Danielsen que pertenecían a la banda del Araña Gris: los mismos que, a traición, habían puesto fuera de combate al gordo Eric.

Pocos minutos antes habían recibido instrucciones del Araña Gris. Por ello estaban allí; para vigilar y seguir los pasos de Doc Savage.

—¡Si tenemos ocasión, lo acogotaremos! —murmuró Lefty—. ¿Lo hacemos ahora mismo?

—Sería arriesgado —replicó prontamente Bugs—. He visto un poli en la manzana próxima.

La pareja presenció cómo penetraba Doc en su Roadster y después, Lefty rezongó, tras de lanzar en torno una ojeada inquieta, como para asegurarse de que no le escuchaban:

—¿Habrá descubierto que fuimos nosotros los que despachamos al viejo Toppy?

—No lo creo —respondió Bugs—. Recuerda que no hemos dejado prueba alguna de nuestro paso por el taller.

Doc Savage no se había dado cuenta de la presencia en la calle de los asesinos de Toppy, porque el sol matinal arrancaba cegadores reflejos de cristal de su parabrisas y, por consiguiente, no distinguió si el coche estaba o no ocupado.

El Roadster le condujo, por Canal Street, hacia la parte baja de la ciudad, pero antes de llegar a ésta, hizo alto un instante, ante un establecimiento determinado.

Lefty y Bugs, que le seguían a una distancia prudencial le vieron entrar en el comercio.

—Deseo unas placas de dictáfono —explicó al dependiente que acudió, solícito, a ponerse a sus órdenes— y, si me lo permite, utilizaré el aparato. Es cosa de unos minutos.

La petición no era corriente, pero se accedió a ella.

Doc acomodose entonces ante uno de los dictáfonos empleados para la prueba de placas y puso en él una de los que acababa de adquirir.

Después dictó un largo mensaje.

Nadie oyó ni una palabra de éste. El aparato registraba con facilidad sus órdenes y así transmitió, una tras otra, junto con instrucciones detalladas de cómo debían llevarse a cabo.

Aquellas instrucciones eran para sus hombres e intentaban enviarles las placas mediante un mensajero.

—Tened en cuenta —les dijo para terminar— que si una sola palabra de mi mensaje llegara a oídos del Araña Gris, acarrearía la inmediata muerte y destrucción de todos nosotros.

Terminada la impresión de la placa, hizo de ellas un paquete y lo llevó a la Central de Telégrafos, situada unas puertas más abajo.

Allí buscó a un mensajero, escribió en un papel el nombre de un hotel y el número de una habitación y se lo dio con el paquete al pequeño.

El hotel era el mismo donde se hospedaban sus cuatro amigos, conforme a las instrucciones, escritas con tinta invisible, que les dejara en las oficinas de la Compañía maderera de Danielsen y Haas.

Y en él estarían, con seguridad, en aquellos momentos, Monk, Renny, Long Tom y Johnny.

El mensajero se detuvo en la acera y vio partir el Roadster, en dirección de las oficinas de la Compañía.

Cuando lo hubo perdido de vista montó en su bicicleta. En el bolsillo llevaba, con tiento, el paquete, pues le habían recomendado que no lo dejara caer al suelo.

Leyó la dirección del hotel en el papel que le había entregado Doc, se lo metió también en el bolsillo del pantalón y pedaleó con brío.

A causa del tráfico, la circulación era lenta en Canal Street. El mensajero creyó conveniente torcer en dirección de la Avenida Clairborne, a su izquierda (aquél sería el camino más corto, indudablemente), y tomó por ella sin vacilar.

Un automóvil se le atravesó, de repente, en el camino.

Fue en vano que pusiera el pie en el freno. La bicicleta chocó con el automóvil y se le encogió la rueda trasera, como fuelle de un acordeón.

La sacudida originada por el encuentro de los dos vehículos

despidió del asiento al mensajero, que voló por encima del manillar y, a modo de ariete, su cabeza golpeó un costado del coche.

Mas, como no estaba hecha del mismo material, se comprenderá fácilmente que el chico cayera desmayado al arroyo y quedara allí inerte.

—¡Buen golpe, Bugs! —cloqueó uno de los ocupantes del auto.

—¡Excelente, Lefty! —replicó el otro—. Cuida un momento del volante. Voy a coger el paquete que lleva ese mocoso.

—¡Apodérate también del papel que se metió en el bolsillo!

Los dos tunantes habían aprovechado, gozosos, la ocasión que se les ofrecía de abandonar la vigilancia de Doc para transferirla al indefenso mensajero.

Recordaban demasiado bien lo que el gigante de bronce había hecho con los cuatro hombres-mono que trataron de asesinarle. En el fondo no les era agradable su espionaje, y, por ello, dejaron marchar a Doc Savage para ir en pos del mensajero.

Juzgaban que lo que éste llevaba era de suficiente importancia para disculpar su abandono de Doc, una buena disculpa que dar al Araña Gris.

Bugs extrajo el papel del bolsillo del mensajero y recogió el paquete. Saltó luego al coche, y éste partió a la carrera.

—¡Eh! ¡Mira esto! —exclamó Bugs al contemplar el contenido del paquete—. ¡Son placas de dictáfono!

—¿Están impresionadas?

—Eso creo.

Lefty aproximó el coche a la acera y lo detuvo. Acababa de divisar un dictáfono en el escaparate de un comercio.

—El hombre de bronce debió alquilar un aparato de ésos —observó—. ¿Y si hiciéramos lo mismo?

—Eso es usar bien del aparato pensante —aprobó Bugs.

Entraron en la tienda, llamaron con una seña a un dependiente y le explicaron el motivo de su visita. Un momento después se inclinaban sobre un dictáfono, en el cual habían colocado previamente una placa.

La caja del aparato tenía dos receptores. Lefty se apoderó de uno, Bugs tomó el otro y ambos contuvieron el aliento.

El disco giró haciendo un ruidillo sibilante y después sonó una

voz.

Una cómica expresión de aturdimiento se pintó en el semblante de los dos detectives. Parecía que acabaran de asestarles un martillazo en la cabeza.

Su asombro era natural. ¡Ellos no entendían ni una sílaba de las palabras que oían!

Doc Savage dictaba sus mensajes en un idioma desconocido perteneciente a una vieja civilización en decadencia.

Lo mismo él que sus hombres habíanla aprendido de labios de los supervivientes de la raza maya perdidos en un valle de la América Central, que eran también, los que le suministraban el oro necesario para sus fines benéficos y humanitarios.

—¿Qué hacemos ahora? —gruñó Bugs.

—Entregar estas placas al Araña Gris —determinó Lefty.

Y la digna pareja se dirigió, sin pérdida de tiempo, al Barrio de los Franceses, llevando Lefty el paquete bajo el brazo.

El distrito o Barrio de los Franceses, es el más antiguo de Nueva Orleans, y aun cuando se halla a unos pasos de distancia del barrio de los negocios, que se caracteriza por sus rascacielos, es, probablemente, uno de los que mayor sabor local tienen de todas las ciudades estadounidenses. Es todavía más notable que el barrio chino de San Francisco.

Habitarles es lo mismo que habitar la parte antigua de París. Viejos edificios y callejuelas estrechas le caracterizan. Todo él está lleno de balcones.

Lefty y Bugs tomaron por una travesía y penetraron, furtivamente, en un edificio de los más deteriorados, bajaron por un largo pasillo y llamaron a una puerta. Ésta se abrió, después de haber murmurado Lefty su nombre.

La habitación ostentosa y mal oliente en que penetraron, hacía las veces de bar. En ella había, diseminadas, varias mesas y sillas de metal.

Quizá hubiera hasta una docena de concurrentes desarrapados; todos eran hombres.

Ante una mesa estaba sentado un hombre-mono, de terrosa tez. A él se dirigieron los dos detectives y le entregaron el paquete que llevaban.

—Entrega esto al Araña Gris —le encargó Lefty—. Dile que lo consideramos de importancia y que para apoderarnos de ello tuvimos que abandonar la vigilancia del hombre de bronce… Pregúntale qué desea que hagamos ahora.

Sin abrir los labios, el habitante de las marismas partió, llevándose el papel y el paquete.

—Me gustaría seguir a esa serpiente acuática —dijo, con ironía Lefty—, y ver en qué parte de la ciudad tiene su escondrijo el Araña Gris.

—¡Hum! Tanta curiosidad podría acarrearte funestas consecuencias. Ya has visto lo que le ha sucedido Toppy.

—¡Querrás decir lo que le hemos hecho! —corrigió Lefty, con la mayor sangre fría—. Pero le ha sucedido por charlatán.

—¿Cómo llegó a saber quién es el Araña Gris? ¿Cómo pudo descubrir su identidad? —inquirió Bugs.

—Es muy sencillo: Topper Beed pensaba adquirir el material de los aserraderos robados que vendían los agentes del Araña y entró en tratos con uno de éstos. Pronto, sin embargo, concibió sospechas respecto a su procedencia, le espió y fue con el cuento de su descubrimiento a la Compañía Danielsen. Tanto descubrió al final…

—… que así acabó —concluyó Bugs, con sorna.

Varios cigarrillos consumieron la pareja en la espera.

Por fin apareció el hombre-mono.

—El Araña está loco de rabia —dijo—. Dice que sois un par de imbéciles y que no le sirve de nada el paquete que le habéis traído.

Lefty y Bugs recibieron la noticia en silencio. Después de todo, salían bien librados, pues acababan de desobedecer abiertamente las órdenes del Araña Gris y éstas eran severísimas. Su deber era matar al hombre de bronce.

Además, eran los causantes de la cólera del jefe que, por lo visto, tampoco había sabido descifrar el mensaje, redactado en un misterioso idioma.

En aquellos momentos penetró en el bar otro hombre-mono llevando, en la mano un maletín nuevecito, de piel negra, que colocó sobre la mesa.

—¿Qué es esto? —preguntó Lefty.

—No seas preguntón —gruñó el recién llegado—. Toda la fuerza

se te va por la boca. *OUI*. Mejor será que desempeñes la gestión que voy a encomendarte, a satisfacción del jefe.

Prosiguió hablando. Su lenguaje era casi incomprensible y se expresaba con tal volubilidad y ligereza, que los dos detectives maldijeron varias veces, con objeto de que fuera más despacio.

Mas, a medida que iban comprendiendo el significado de las órdenes del Araña Gris palidecían visiblemente. El sudor bañaba sus frentes.

—¡Demonio! ¡No me agrada esto! —gimió Bugs.

—Ni a mí tampoco —gruñó Lefty.

—El Araña lo manda. ¿Debo decirle que le enviáis a paseo?

—¡No, no! —dijo apresuradamente Lefty—. Obedeceremos.

—Pues, ¡andando, que es tarde! —dijo el hombre-mono.

Lefty y Bugs se escabulleron. En un santiamén estuvieron en la calle, estrecha y pintoresca, en que estaba situado el bar.

El flamante maletín que llevaban contrastada notablemente con el ambiente de otra época que les rodeaba.

—Una cosa me disgusta desde que trabajo a las órdenes del Araña Gris —rezongó Lefty, cuando nadie pudo oírles—. Que me transmita sus deseos por medio de esos groseros habitantes de la marisma.

Con el egoísmo característico del criminal de baja estofa, Lefty pasaba por alto un hecho: el que era él un ser todavía más vil que los primitivos hombres-mono.

Tan ignorantes eran éstos, que no sabían distinguir el bien del mal, por consiguiente, el Araña Gris les inspiraba supersticioso temor y veneración. Lefty y Bugs eran educados hasta cierto punto no tenían disculpa.

—Esas sabandijas son los mensajeros del jefe —observó, resignadamente, Bugs—. Tengamos paciencia. Para ello se nos paga espléndidamente; mucho más que cuando servíamos de detectives a la Compañía… y nos embolsábamos las propinas de sus enemigos.

—Sí… tienes razón —admitió Lefty.

VII
Asesinos en acción



Tras de unos minutos de marcha ininterrumpida, Lefty y Bugs llegaron frente al edificio modernista de la casa Danielsen y Haas, y penetraron en él, sin dejar el maletín de la mano.

Un ascensor les condujo el último piso. Los dos ostentaban gotas de sudor en los perversos semblantes.

—¡A esto le llamo yo penetrar en la cueva del león! —dijo Bugs, con un estremecimiento.

En el último piso era donde Eric Danielsen tenía instalado su despacho. Si el digno presidente les veía lo iban a pasar mal; lo sabían muy bien.

Los empleados de la casa iban y venían por el corredor. Ninguno prestó una atención particular a los dos detectives.

Si Eric sabía que trabajaban a sueldo del Araña Gris, se lo tenía muy callado.

—El Araña ha dicho que nos pagará la salida de Nueva Orleans en caso que nos busquen los *guris* —murmuró Bugs—. Y añadió que, mientras no seamos vistos por Edna, Ham o Eric el Gordo, no corremos ningún peligro. ¡Ojalá sea así!

—Así será. ¡La medicina que nos da el jefe es siempre eficaz! ¡Es un caballero que jamás comete una equivocación!

Pasaron rápidamente ante la puerta del despacho de Danielsen. La puerta siguiente llevaba la inscripción: «Horacio Haas».

Lefty y Bugs cambiaron una mirada de inquietud y, al cabo, Lefty llamó a ella con los nudillos.

Nada sucedió.

—Estoy pensando que quizás sea el propio Araña Gris el que nos abra la puerta —observó, en voz baja, Bugs.

—¡Qué casualidad! Pensaba lo mismo —susurró Lefty—. Fíjate bien en su cara.

El entrepaño que llevaba la inscripción se abrió unos centímetros, de pronto.

Lefty y Bugs se aproximaron a mirar por la improvisada mirilla, pero sufrieron una desilusión. Al otro lado vieron solamente la cabeza de un hombre envuelta en un pañuelo de seda que le ocultaba las facciones.

—¡Venga ese maletín! —les dijo con un voz tan opaca, que no hubieran podido jurar si su timbre les era o no familiar.

Entregaron el objeto pedido.

—¿Habéis comprendido bien lo que tenéis que hacer ahora? —interrogó.

—Se trata, por lo visto —balbuceó Lefty—, de ir, sin pérdida de tiempo, al hotel mencionado en el papel que arrebatamos al mensajero.

—Precisamente. Allí hallaréis, aguardándoos, a algunos de mis hombres. Uníos a ellos y matad sin compasión a todos lo que se hayan inscrito en los libros desde anoche.

Lefty y Bugs se quedaron aturdidos. Ellos no comprendían el porqué de aquella matanza general.

—Pero…

—Es evidente que las palabras del dictáfono interceptadas por vosotros, eran órdenes de Doc Savage a sus hombres —explicó el enmascarado, sonriendo detrás del pañuelo—, y puesto que llegó anoche a Nueva Orleans, es seguro que sus hombres arribaron poco después. Despachando a los viajeros recién llegados al hotel, podemos estar seguros que les quitamos de en medio.

—Pero ¿cómo son? ¿Cuántos son los auxiliares de Doc Savage? —interrogó Bugs, con sorna.

—¡Lo ignoro! —susurró el enmascarado—. En el intento de averiguarlo he agotado mis energías. Lo mismo pueden ser dos que ciento; Hombres que mujeres… ¡Ah, qué idea! ¡Matad también a las mujeres que se hallen en iguales condiciones! ¡Suprimamos

estorbos!

Bugs y Lefty cambiaron una mirada significativa. La conversación aclaraba un punto.

¡El enmascarado era el Araña Gris!

Con sus propias manos se encargaba de aniquilar al hombre de bronce que encarnaba Doc Savage.

—¡Id! —les ordenó.

La digna pareja giró sobre sus talones, corrió hacia el ascensor. El mismo demonio quedaba a su espalda, espiaba sus movimientos desde detrás de la mirilla. Acababa de conocer al jefe y le temía más que nunca.

—Imbéciles —murmuró tras de su máscara el Araña—. Van a despertar sospechas con tanta precipitación. Su misma estupidez les convierte en una amenaza. Tendré que sumarles a la colección de juguetes que alberga el castillo del Mocasín, pero más adelante. Antes quiero que lleven a cabo la tarea que les he encomendado.

Cerró la mirilla y atravesó el despacho de Haas llevando en la mano el flamante maletín. No se quitó el pañuelo de la cara. Andaba con el cuerpo inclinado y cojeaba exageradamente.

Mas todo era fingido. De haber entrado inesperadamente alguien en el despacho le hubiera sorprendido en aquella actitud y desde luego no le hubiera reconocido, que era lo que él deseaba.

Además iba preparado para el caso de que se diera tal coincidencia. Su mano empuñaba un revólver.

Los agujeros abiertos en la seda del pañuelo fueron aplicados al ojo de la llave de la puerta de escape y sonó un ruidillo particular como si lo que veía obligara a reclinar los dientes al Araña Gris.

Majestuoso cual imponente estatua de bronce ocupaba Doc Savage, en aquellos momentos, dentro del despacho de Eric, una silla colocada junto a la ventana.

Un rayo de sol iluminaba de soslayo los rasgos característicos de su semblante.

Continuas chispas doradas brotaban de sus pupilas centelleantes como aguas de una laguna removida a plena luz.

Eric el Gordo, Edna y Ham ocupaban sendos sillones. Ninguno de los tres se hallaba separado de Doc por un metro de distancia.

Ham había recuperado el estoque perdido durante el asalto de

los hombres-mono a la mansión de Eric y lo balanceaba distraídamente entre dos dedos.

El grupo hablaba en voz baja. Edna y su padre daban a Doc detalles respecto al Araña Gris que hasta entonces no habían podido referirle. También se discutía entre los cuatro las frases más notables de la situación.

—Horacio Haas no ha sido atacado por el Araña Gris, según se desprende de su relato —observó Doc después.

—Ni una sola vez —reconoció el gordo Eric.

—De manera, que si perecieran ustedes dos, la presidencia de la compañía vendría a recaer en la persona de su socio…

Eric asumió la actitud de la que recibe un bofetón. Su cara ancha se tiñó de rojo.

—Horacio Haas será quizás un imbécil y un despilfarrador —replicó—, pero apostaría la cabeza a que no es capaz de tocarnos ni, a mi hija ni a mí, un pelo de la ropa. ¡Él nos es el Araña Gris!

—No sea precipitado en sus conclusiones —le advirtió secamente Doc Savage.

—El Araña Gris piensa, tal vez, en quitar a ustedes dos de en medio para que la presidencia recaiga en Horacio Haas. Entonces le dominará por el terror. Creo que convendrá conmigo en que Haas no se distingue, precisamente, por su firmeza de carácter y le meterá en un puño, mucho me lo temo.

Reflexionó un instante Eric el Gordo y replicó al cabo:

—Sí. ¡Así debe de ser!

El sonido particular se escapó otra vez de los dientes ocultos bajo la máscara y el Araña Gris abrió con súbito arranque el maletín y se calzó unos guantes grises.

El contenido del maletín consistía en un pequeño recipiente de acero al cual iba unido un tubo de goma poco más grueso que un lápiz y de unos pies de longitud.

—¡Gas venenoso! —exclamó entre dientes el Araña acariciando el recipiente— de la misma clase que aquél del que escaparon cuando lo soltó mi aeroplano sobre su nave aérea. ¡Pero esta vez no lo evadirán! La más leve aspiración ocasiona la muerte. Incluso su contacto acarrea funestas consecuencias.

Insertó el tubo de goma en el ojo de la llave y abrió una espita

en el recipiente de acero. Sometido a una elevada presión el gas salió con silbido penetrante.

El Araña abandonó apresuradamente el despacho.

El silbido aumentó en intensidad. Tan grande era la velocidad con que salía el gas del depósito que se vació en un instante, todo él, en el despacho de Eric, donde permanecían sentadas las cuatro futuras víctimas.

Por fortuna la nube mortífera no envolvió a Doc ni a sus amigos. Se interpuso entre ellos y la puerta que se abría al pasillo. Ninguno de ellos se atrevió a atravesarla.

Les quedaba la ventana, más ¿cómo salir por ella? Abajo estaba la calle.

Una caída desde el piso décimo hubiera sido mortal.

El sorprendente desarrollo muscular de Savage le permitía subir y bajar por una pared de ladrillo con la misma rapidez con que un hombre cualquiera ascendería o descendería por una escalera.

Pero el edificio de la compañía maderera había sido construido con bloques de níveo mármol pulimentado, cuyas junturas eran apenas perceptibles a simple vista.

¡Ni siquiera Doc hubiera podido asirse a aquella pared tan lisa!

Con todo, no tenían otro medio de escape que el que les ofrecía la ventana.

Unos brazos musculosos, atezados, se asieron a su marco una décima de segundo después de dejarse oír el silbido del gas y la voz potente de Doc resonó en la habitación.

—¡Vivo! —ordenó—. ¡Poneos de pie sobre el alféizar!

Edna y Eric el Gordo se encaramaron a él sin pérdida de tiempo. Ham les siguió. Como tenía apenas dieciséis centímetros de ancho se vieron obligados a agarrarse a todo saliente con que tropezaban las puntas de sus dedos.

—¡Será inútil cuanto hagamos! —gimió el gordo Eric—. ¡Ese gas infernal se colará por el intersticio que deja el marco de la ventana y le aspiraremos! Las maderas no encajan bien. A menudo, estando cerradas, siento pasar por ellas un soplo de aire.

Fue el agudo ingenio de Doc el que solucionó el problema.

Sobre la gastada mesa de despacho había visto un tarrito lleno de blanco engrudo o pasta. Se apoderó de él y se reunió con sus

amigos sobre el alféizar de la ventana y cerró ésta.

Con rápidas pinceladas extendió después la pasta sobre las ranuras de la ventana dejándolas bien tapadas y cerró aquélla.

—¡Eso se llama obrar con rapidez! —dijo, admirado Eric—. Mas, decidme por qué no se ha intentado atravesar la nube de gas y salir por la puerta al pasillo.

—Es muy sencillo: no lo hemos hecho porque no sólo hubiera sido peligroso aspirado sino también tocando nuestra piel —explicó Doc—. Sospecho que ese gas es parecido al terrible gas-mostaza empleado durante la guerra mundial de 1914.

Rápidamente se aproximó a un extremo del alféizar y miró hacia abajo.

La ventana más próxima distaba de él más de metro y medio y entre las ventanas la pared era lisa como un cristal.

Pero valiéndose de los tendones acerados y elásticos de sus piernas y el movimiento de vaivén de sus brazos saltó Doc de través. Ningún otro mortal hubiera podido salvar un trecho así sin caer a la calle.

Pero su cuerpo bronceado trazó una curva ascendente, sus dedos vigorosos tocaron el alféizar de la ventana, se asieron a él…

¡Estaba a salvo!

Todo ello sucedió antes de que sus amigos exhalaran un grito de sorpresa.

—¡No os mováis! —les recomendó.

Al aparecer, como por ensalmo, junto a la mesa escritorio ocupada por una mecanógrafa de rostro pecoso, que mascaba, despreocupada, un chicle, la alarmó de tal modo que el bombón se le atravesó en la garganta.

Todavía tosía cuando Doc atravesó la pieza y salió al corredor ¡Para siempre guardaría en la memoria aquel episodio de su vida!

Ya en la calle estuvo Doc vigilando la puerta de entrada del edificio. Nadie atravesó sus umbrales que le pareciera sospechoso.

Al volver al décimo piso reparó en Silas Brunnywell, el tenedor de libros, que ocupaba una especie de cubículo reducido desde el cual divisábase la puerta del despacho de Horacio Haas.

El viejo Silas doblaba la espalda sobre sus libros en aquellos momentos.

—¿Has visto salir de su despacho a mister Haas? —le preguntó.

El vejete se quitó los lentes y replicó frotándose los párpados enrojecidos:

—No señor. Debe estar aún en él. Estoy seguro de ello, porque hace cinco minutos, sobre poco más o menos, vi abrir la mirilla de su puerta y dos hombres le alargaron un maletín.

—¡Descríbamelos! —le ordenó Doc.

Silas le hizo la descripción exacta de Lefty y Bugs, a quien Doc identificó en el acto por haberle hablado de ellos Eric el Gordo.

—¿De modo que mister Haas está todavía ahí dentro? —preguntó con sombrío acento.

—Estaba hace unos minutos. Ignoro si continúa en el despacho, pues no veo a todo el que sale o entra. Hay ocasiones en que el trabajo absorbe toda mi atención.

Doc se situó de un brinco junto a la puerta. La abrió. Adoptaba ciertas precauciones, pues no sabía qué género de muerte podía acecharle desde el otro lado. Mas no había motivo para tanto cuidado.

El despacho estaba vacío. Doc vio el depósito del gas en seguida.

Cerró la espita, tomó una cuerda, subió al tejado y desde allí rescató del alféizar de la ventana a Eric, Edna y Ham.

Los cuatro sostuvieron un serio conciliábulo en el despacho de Haas.

—El amigo de Horacio me da que pensar —observó el brigadier entre dientes.

—¿Crees que ha sido él quien ha abierto la espita del gas? —tartamudeó Eric.

—¿Qué crees tú?

—¿Yo…?, pues…, no sé —replicó Eric, haciendo una pausa después de cada palabra—. Me duele pensar que haya cometido una acción tan abominable. Sin embargo, ¿qué hace en la calle a estas horas?

¡Qué coincidencia! Horacio Haas penetró en el despacho apenas expiró en sus labios la última palabra de su réplica a Ham.

Venía desanimado, como perro a quien acaban de pisar el rabo, y su andar era menos vivo que en otras ocasiones. Al ver en su *sanctum* a Doc y sus amigos se sobresaltó visiblemente. —¡Ah!…

¡Hola! —dijo.

Eric fue derecho al grano.

—¿Dónde diantres estabas metido? —interrogó con su voz atronadora.

Horacio se puso rojo de ira.

—Te importa poco —repuso—. ¿Desde cuándo me llevas atado a los cordones de tu delantal?

—Quizás le interese saber, prudente caballero —indicó Ham— lo que aquí ha sucedido hace un instante. Sepa que se ha atentado contra nuestras vidas desde este mismo despacho, y… ¡seamos francos!… todas nuestras sospechas recaen sobre su persona.

Esta brusca declaración produjo hondo efecto en Horacio Haas.

Enrojeció más, si cabe, y luego palideció súbitamente. Su mano enjoyada buscó a tientas una silla y se dejó caer en ella.

Doc Savage espiaba sus movimientos. O el hombre era un actor consumado o estaba realmente anonadado por la acusación.

—¿Sobre mi persona? —repitió—. ¡Oh!… Mejor será que les diga dónde estaba —sacó un pañuelo rojo, de seda, del bolsillo y se enjugó la frente.

—Hace poco me llamaron por teléfono —explicó después—. Era una… señorita…

—¿De veras? —dijo Eric, interrumpiéndole—. ¿No sería una corista, una dama zarina de poca monta?

Horacio retrocedió como si le acabaran de dar un bofetón.

—No… Es decir: Sí. Era una señorita del coro… o por lo menos eso dijo ella. Quedé en encontrarme con ella en el bar de la esquina. Salí del despacho…

—¿No te da vergüenza? ¡A tus años!… —comentó interrumpiéndole de nuevo Eric el Gordo—. No sé si levantarme y darte un puntapié en… salva sea la parte.

—Mas no la hallé —concluyó desesperado Horacio Haas—. Aguardé algún tiempo y en vista de que no llegaba decidí que se habían reído de mi y… ¡aquí estoy!

Eric el Gordo prorrumpió en una ruidosa carcajada.

—Te han jugado una mala pasada —observó luego—. Y mientras estaba ausente atentaron contra nuestras vidas. Yo veo en ello la mano de una misma persona. ¿Qué te parece? —agregó,

volviéndose a Doc—. ¿No opina usted lo mismo?

Doc no poseía pruebas de la culpabilidad de Haas… ni tampoco estaba seguro de su inocencia, por lo cual replicó sin comprometerse:

—Es muy posible.

Giró sobre sus talones y tomo el auricular del teléfono. Deseaba asegurarse de que las placas del dictáfono habían llegado sin novedad a su destino. Mas recibió malas noticias de la central de telégrafos donde había alquilado al mensajero.

—¿Qué? —preguntó, asombrado—. ¿Dice usted que asaltaron y robaron al chico por el camino? ¡Pero, eso es espantoso!

Sus doradas pupilas se posaron sucesivamente en sus compañeros.

—¿Han oído ustedes? —dijo pausadamente—. El Araña nos declara una guerra sin cuartel.

—¡Nuestros amigos están, quizás, en peligro! —dijo Ham.

Doc afirmó con un gesto.

—Eso creo. Tú permanece aquí, Ham. Toma tus precauciones, guárdate del Araña Gris. Entre tanto voy a ver a nuestros camaradas, no sea que les metan en un lío.

Y abandonó precipitadamente el edificio de la compañía maderera.

VIII
Los planes de Doc



El hotel a que había dirigido sus camaradas era el «Antílope»: ni el más grande ni tampoco el más lujoso de Nueva Orleans. Viajantes, corredores, comerciantes del tipo corriente se alojaban en él.

Poco antes de llegar a él, junto a la acera opuesta, detuvo su Roadster y se mezcló con los peatones. Sin excepción se volvían éstos a mirarle.

Su aspecto les llamaba la atención todavía más que los carteles anunciadores de un gigante de feria. Además les chocaba el hecho de que fuera sin sombrero.

Frente al «Antílope» estaba detenido un camión de entregas que ostentaba la marca de una panadería muy conocida en la ciudad.

Al volante iba Lefty, el exdetective de la Danielsen y Haas. Junto a él ocupaba un asiento uno de los habitantes de la marisma.

Los ademanes de ambos detonaban su nerviosidad. Los dos levantaban la vista con frecuencia como si esperasen que se produjese algún hecho extraordinario en las habitaciones de los pisos altos.

Los dos descubrieron simultáneamente a Doc Savage.

—¡A ver si le aciertas! —exclamó Lefty y disparó su revólver. El hombre-mono secundó su acción. Sus tiros atronaron la calle, mas esto fue todo.

Doc había visto a la pareja antes de que ésta le apuntaran con sus revólveres respectivos y al sonar el primer tiro se había resguardado tras de una «limousine» parada a poca distancia del

camión. Sus cristales hechos pedazos le cayeron en la espalda como lluvia improvisada.

Las balas chocaban con sonido metálico en la caja del coche. Doc corrió velozmente. Su cuerpo, convertido en dorada mancha confusa, pasó ante la vista de los espectadores y se detuvo a cincuenta pasos más debajo de la calle. Allí se instaló tranquilamente en una portería.

No llevaba armas. Juzgaba que no le eran necesarias y realmente jamás necesitaba ninguna para su defensa, por consiguiente aguardó en silencio.

Peatones alborotados como gallinas sorprendidas en su propio corral por una raposa corrían en todas direcciones. A juzgar por el volumen y frecuencia de sus alaridos podía creerse que estaban heridos mortalmente.

Mas, no era así. Sólo un jovencillo había recibido un balazo en la larga boquilla que llevaba entre los labios.

Disparando sin cesar, Lefty y el hombre-mono descargaron sus armas respectivas y no perdieron tiempo en volverlas a cargar.

—¡Vámonos de aquí! —dijo Lefty con voz ahogada.

Las ruedas traseras del camión rozaron de un brinco espasmódico la acera y como un explosivo le impulsaron en sentido contrario.

—¿Abandonas a los compañeros? —preguntó el hombre-mono.

—¿Qué le voy a hacer? —profirió vivamente el cobarde—. Tú y yo hemos cumplido ya nuestra misión.

El vehículo rozó en su marcha un automóvil, patinó hasta la mitad de la calle, dobló la esquina sobre dos ruedas chirriantes y desapareció.

Poco después hubo una espantosa explosión dentro del hotel.

Doc Savage elevó las doradas pupilas. El estruendo provenía de una de las ventanas del segundo piso, que salía, en aquel crítico instante por el aire. A su voladura sucedió una lluvia de ladrillos y madera.

Trozos de metal salieron disparadas por el hueco abierto rebotaron en el otro lado de la calle arrancando de la fachada de las casas aristas de piedra o cal.

Uno de estos trozos cayó a los pies de Doc. ¡Era un casco vulgar

de metralla!

Conque ¿se había lanzado una granada en la habitación del piso segundo?

La figura majestuosa de Doc cruzó, veloz, el arroyo y penetró en el hotel.

Allí se apoderó del registro. Sus amigos ocupaban la habitación número 720. Quizás fuera la misma en que acababa de estallar la granada.

Doc corrió a los ascensores, pero se detuvo poco antes de llegar junto a ellos.

Uno de ellos descendía entonces, mas su puerta no se abrió en el acto.

Dentro sonaban terribles rugidos. Algo así como si le hubiera entablado una lucha entre perros y gatos.

Después sonaron repetidos golpes, como si golpearan los costados metálicos de una jaula.

Voces humanas prorrumpieron en alaridos, gimieron, sollozaron, maldijeron, lloraron. Y en medio de tal *pandemonium* rugía una voz potente como la de una bestia en acción.

Después… sobrevino un silencio repentino.

El ascensor abrió sus puertas.

De él salió un individuo parecido a un salvaje de circo. Poseía una estatua aventajada y una corpulencia de acuerdo con su estatura. Lo menos pesaba ciento sesenta libras.

Todo él estaba cubierto de un vello rojizo y duro como las cerdas de un cochino. Tan cubiertos estaban sus ojos de cartílagos que semejaban estrellas brillando en el fondo de un pozo.

El resto de su fisonomía era increíblemente vulgar.

Entre los brazos, como un botones un rimero de paquetes, llevaba cinco cuerpos, cinco hombres desmayados, al parecer.

—¡Monk! —la potente voz de Doc Savage llenó los ámbitos del hall con su timbre gozoso.

Porque el singular individuo era, en efecto, el teniente coronel Andrés Blodgett Mayfair, uno de sus ayudantes. «Monk» se le llamaba y realmente parecía ser el único apelativo que le cuadraba, mas a pesar de su aspecto simiesco era un gran químico.

—¡Hola Doc! —replicó con una sonrisa que le abrió la boca de

oreja a oreja—. Me dedico a la caza de ratas, como ves.

—¿Conque has escapado a la explosión?

—Sí… gracias a tu advertencia. Leímos el mensaje que nos dejaste sobre la puerta de la casa Danielsen y nos inscribimos en el registro del hotel. Según éste ocupamos una habitación que no es, en realidad, la nuestra, pues pedimos que se nos diera una que no figurase en los libros. Así nos lo ordenaste.

Monk tenía una voz extraordinariamente suave para su corpulencia.

—Después —continuó diciendo— vigilamos, vimos rondar el hotel a estos ratas y en cuanto sonó la explosión cargamos contra ellos.

Doc penetró en el ascensor. Monk le siguió con la docilidad de un perro fiel llevando aún a sus víctimas entre los brazos.

El encargado yacía de bruces en el piso de la jaula. Se le examinó, mas no presentaba señal alguna de violencia. Se había desmayado, sencillamente de terror, durante la terrorífica lucha entablada por Monk.

—¿Dónde están los demás? —le preguntó Doc, aludiendo a sus camaradas.

—Arriba —cloqueó Monk—, ajustándole la cuenta al resto de la pandilla. No te preocupes. Llevaban las de ganar cuando perseguí a estos cinco y les acorralé en el ascensor.

—¿En qué piso se halla vuestra habitación?

—En el quinto.

—Vamos a ella.

Doc detuvo el ascensor en el piso indicado y salió al corredor. Detrás de él, pisándole materialmente los talones, iba Monk arrastrando los pies.

Cuando le parecía que iba a volver en sí uno de sus cautivos se detenía y le golpeaba la cabeza contra la pared sin esfuerzo aparente.

Gemidos y gritos ahogados sonaban tras una puerta, en la parte baja del corredor.

Monk y Doc Savage se aproximaron a ella, mas antes de que tocaran el pomo, se desprendió y salió volando entre una nube de astillas, uno de sus paños. Tras él surgieron unos nudillos rojizos,

duros como el acero.

—¡Sólo Renny es capaz de hacer eso! —cloqueó Monk—. Un día se equivocará y golpeará un bloque de hierro.

El puño pertenecía al coronel John Renwick. Se le conocía y celebraba en el mundo entero por sus éxitos en la ingeniería civil y por su habilidad en hacer saltar con el puño los paños de la puerta más sólida.

Pero sólo acostumbraba hacer esto cuando estaba contento. Era, pues, evidente que en aquellos momentos gozaba de un humor excelente.

La huella de su dedo pulgar había servido para firmar el papel que dejaron los amigos de Doc en la oficina de la compañía maderera para notificarle que habían llegado a la ciudad.

Por el agujero abierto en la puerta divisaron las facciones de Renny. Su vista hubiera sorprendido a cualquiera que, como es de suponer, esperara verle sonreír.

Mas, por lo contrario, su expresión era solemne, severa, como si Renny acabara de asistir a un funeral.

Otra característica suya era la de que cuanto más se le presentaba una ocasión de estar contento, más larga ponía la cara.

Dentro de la habitación sonó una nueva explosión de gritos y gemidos y Monk penetró en ella con Doc Savage.

—¡Bondad divina! —exclamó sonriendo—. ¿Qué le haces a ese pobre diablo, Long Tom?

Long Tom —en la lista de su regimiento el mayor Tomás T. Roberts— era el más débil de los hombres de Doc a juzgar por las apariencias.

Delgado, no muy alto, tenía el cabello y ojos claros y la tez amarillenta, como si hubiera pasado la vida encerrado en una celda.

Tenía las orejas grandes, pálidas y tan diáfanas, que colocado como estaba en aquel instante entre Doc y la luz podía decirse que su jefe veía a través de ellas.

Cuando penetró Doc en la habitación estaba sentado sobre un alicaído habitante de la marisma y se ocupaba en atarle a las muñecas los extremos de un alambre eléctrico que había arrancado a una lámpara portátil.

—Este mono no sabe lo que es una corriente eléctrica —

murmuró con desdeñoso acento—. Voy a aplicársela a ver si de ese modo le convenzo de que debe decirme dónde está el Araña Gris o dónde podremos encontrarle.

Era natural que Long Tom pensara en la electricidad. Su reputación como investigador en este campo no tenía rival y los grandes peritos electricistas le llamaban con frecuencia a su consulta.

Un prolongado gemido de agonía atrajo la atención general hacia la ventana.

—¡Otro experimento! —comentó Monk con sorna.

Junto a ella estaba el último miembro del grupo compuesto por los cinco amigos de Savage sentado, también, sobre un hombre-mono.

Era alto y excesivamente flaco con cara de hambre. Su cabello ralo caneaba en las sienes; más que un aventurero parecía un hombre de ciencia estudioso.

Éste era Johnny o Guillermo Harper Littlejohn, arqueólogo y geólogo.

Posiblemente sabía más respecto a la estructura del Globo y las costumbres de la humanidad en las edades antigua y moderna que el noventa y nueve por ciento de los expertos en tal materia.

Con una mano sostenía Johnny sus lentes a la luz del sol, uno de los cuales, el izquierdo, era realmente una potentísima lente de aumento.

No le necesitaba, porque había perdido el uso del ojo izquierdo en la guerra del catorce, pero una lente es siempre útil y por ello la llevaba.

Un hilo de humo se elevaba de la chaqueta del hombre que le servía de asiento.

—¡Habla! —le ordenó Johnny—, o te aplicaré la lente entre los ojos. ¡Verás cómo arden en menos tiempo de lo que se cuenta!

El cautivo le significó su desprecio con una mirada de odio.

Momentos después prorrumpía en alaridos la víctima de Long Tom al sentirse sacudido por la corriente eléctrica. Aunque inofensiva, era sumamente molesta, pero el hombre no despegó los labios.

—Lamento tener que desilusionaros —rió Doc—, pero creo que

no sacaréis nada bueno de esos hombres. Tendréis el mismo éxito que si trataseis de hacer hablar a un indio apache.

—Sí, estamos de acuerdo —replicó Johnny—. Estos habitantes de la marisma son seres muy particulares. Como descendientes de criminales refugiados en los pantanos no tienen más que una ley: la de no contar nada al extraño cueste lo que cueste su silencio.

—Precisamente —aprobó Doc—. ¿Se escapó alguno de ellos?

Johnny contó los cautivos que llevaba Monk en los brazos.

—Cinco… siete, con estos dos que hay aquí —dijo—. No, no creo se haya escapado ninguno.

—Por lo menos, no hemos visto, más —puntualizó Renny.

—Bueno, pues, vamos a llevarles al hotel donde duermen sus compañeros —ordenó Savage— y después, camaradas, os leeré el programa de las fiestas y os diré el papel que representaréis en ellas.

Partieron llevándose a los prisioneros.

Un momento después de haber desaparecido Doc y sus amigos salió un hombre de una habitación contigua y bajó por el pasillo.

—¡Lo dicho, he estado de suerte! —murmuró.

Era Bugs, la otra mitad de la digna pareja de exdetectives. Al comienzo de la lucha entablada cuyo resultado había sido la derrota de los hombres-mono, su buena estrella le había puesto delante de un cuarto vacío.

Nadie le había visto entrar y en él había permanecido oculto sin preocuparse de lo que pudiera acaecer a sus compañeros.

Descendió varios tramos la escalera, llegó al hall y allí se abrió paso a empujones. Una agitación indescriptible reinaba en él en aquellos momentos.

Guardias, bomberos, peatones, lo invadían sin haber sido llamados.

Huéspedes y botones corrían, despavoridos, de un lado para otro, aumentando la confusión general. Bugs salió a la calle.

Vio a Doc y sus amigos y se ocultó prontamente tras una bomba de incendios. Desde allí presenció cómo instalaban a sus cautivos en *taxicabs*.

Bugs tenía una imaginación viva y despierta. Le repugnaba la idea de seguir a Doc, a quien tenía más miedo que al mismo

demonio, pues éste no le parecía real sino tema de los sermones de los predicadores; en cambio el gigante de bronce… ¡era real y muy real, sí, señor!

Mas si yendo detrás de Doc y de sus hombres descubría su nueva morada sabía que dispondría de algo conque congraciarse con el Araña Gris. Así decidiose a hacerlo.

Alquiló un taxi y ordenó al chofer que siguiera al par de *taxicabs* tomados por el hombre de bronce y sus camaradas.

La cabalgata se detuvo ante el hotel donde guardaba Doc Savage sus cautivos dormidos por un narcótico mientras llegaba el momento de poder trasladarlos al establecimiento benéfico de Nueva York donde se les curaría de sus tendencias criminales.

—¡Hum! —gruñó Bugs, contemplando cómo se les introducía en el hotel—. ¡Qué contrariedad! Yo creía que se les iba a entregar a la poli. En fin: diré al Araña Gris dónde se hallan y que venga a por ellos si gusta.

Entre tanto Doc y sus hombres volvieron a meterse en un taxi y se hicieron llevar a una fonda modesta del barrio de los franceses.

Espiándoles desde la calle Bugs les oyó pedir hospedaje y después que ascendieron al piso alto echó a andar detrás de ellos.

Subió la escalera revólver en mano. Una vez en el hall del primer piso oyó ruido de pasos. El fondista regresaba de instalar en sus habitaciones a los recién llegados.

Entonces se ocultó detrás de unas cortinas y levantó el revólver.

Confiaba en no ser visto, pues además de taparle la cortina estaba el hall algo oscuro y, efectivamente, así fue.

El fondista pasó junto a él sin soñar que hubiera oculto un hombre tras las cortinas.

Bugs dejó pasar un minuto y después echó a andar corredor abajo.

Percibió el sonido de unas voces familiares, en particular una de ellas, atronadora, como piedra que rodara sobre un tambor.

Él la recordaba muy bien: pertenecía a aquel Leviatán de forma humana que derribaba las puertas con el puño.

El corredor estaba alfombrado. De puntillas se acercó Bugs a una puerta.

Algo crujió bajo sus pies, probablemente un pedazo de galleta o

una corteza de pan, por lo que no hizo caso. Se inclinó y aplicó el oído al ojo de la llave.

¡Percibía claramente lo que se hablaba al otro lado de la puerta!

—El bribón que se llama a sí propio el Araña Gris —decía en aquel instante Doc Savage— es astuto en grado sumo y para llegar hasta él debemos madurar antes un plan.

—¡Ansío entrar en acción! —cloqueó Monk—. ¿Qué debo hacer? ¿Coger a puñados hombres como los que nos han asaltado hoy? ¡Eso es tan sencillo como entablar batalla con los mosquitos!

—No. Esta vez no se trata de eso —replicó Doc—. Por lo contrario, deseo que utilices la inteligencia que Dios te ha dado y que nadie te atribuiría. Vas a ser un famoso químico alemán especializado en la fabricación de gases ponzoñosos. Hace poco vendiste una de tus fórmulas secretas a una nación enemiga, te descubrieron y desde entonces huyes de los agentes secretos de tu país. Temes que éstos le maten, ¿comprendes?

—Tú lo dices —los ojillos de Monk relucían de contento.

—Bien —Doc sonrió—. Entrarás en la región de los pantanos como hombre que busca un lugar donde esconderse. Tu verdadero propósito será, en el fondo, conseguir que el Araña Gris te afilie a su banda, manera de que descubras algo si antes no mueres de resultas de la mordedura de un reptil, si no eres comido por los caimanes, te acribillan a balazos los hombres-mono o te manda asesinar el Araña Gris una vez le inspires sospechas.

Monk no dejó una vez sola de sonreír.

—¡Tú estás de broma, Doc! —observó al cabo.

—Renny —continuó Savage, encarándose con el ingeniero de los duros puños—. Esta tarde volarás en aeroplano a Baton Rouge y allí visitarás al Gobernador de la Luisiana. Antes sostendré con él una conferencia telefónica y espero que te nombrará batidor de bosque en comisión especial. Tu educación te capacita de sobras para este cargo. Penetra en las marismas y al igual que Monk procura descubrir algo definitivo respecto al Araña Gris.

—Conque me conviertes en espía, ¿eh? —dijo con una mueca Renny.

—Sí. Confío en que nos dé un excelente resultado.

Las doradas pupilas de Doc se clavaron en Long Tom, el mago de

la electricidad.

—Tú colocaras líneas adicionales a las grandes líneas telefónicas de las compañías madereras del país y procurarás captar toda conversación importante sostenida a través de ellas. Naturalmente esto traerá consigo el alquiler de un ejército de taquígrafos expertos, pues ya se supone que un hombre sólo no puede atender simultáneamente a veinte o treinta teléfonos.

Long Tom hizo un gesto de asentimiento.

—Claro está —repuso—. Ante todo procuraré captar la conversación sostenida por las líneas telefónicas de las compañías que pertenecen hoy al Araña Gris o sea las pertenecientes a la «Worldwide», la «Bayon», «Sash» y «Door», etcétera.

—Ésta es mi idea, precisamente.

Sobre Johnny se posó entonces la mirada de Doc. El mago geólogo y arqueólogo se sonrió como un niño.

—¿Cuál es mi papel en la busca y captura del Araña? —inquirió.

—El más duro de todos, Johnny —repuso gravemente el jefe—. Tan peligroso, que si no me conociera el Araña por descripción lo asumiría sin vacilar. Si se me exceptúa, tú eres el único que puede desempeñarlo a la perfección gracias a tu conocimiento de los pueblos primitivos, de sus supersticiones y creencias religiosas.

—¿Lo cual significa…?

—¡Que penetraras en la marisma en calidad de Gran Sacerdote de la secta vudú! —replicó Doc.

Johnny demostró una ansiedad manifiesta.

—¡No podías haberme buscado papel que mejor me cuadrara! —exclamó—. Pues he hecho un extenso estudio del vuduismo en el mediodía de nuestro país, en Haití y en el África.

—¡Ten presente que es peligrosísimo! —le advirtió Savage.

Johnny se serenó al instante.

—Ya lo sé, pero puedo desempeñarlo —manifestó.

—¿Dominas bien el idioma defectuoso empleado por los hombres-mono?

—No del todo, pero ya me arreglaré, no te preocupes. Hablo con facilidad el *patois* francés de Haití y fingiré haber nacido en este país.

—¡O. K.! —Doc se puso en pie, aproximose rápidamente a la

puerta y la abrió—. Delante de ella vio tendido un hombre, dormido, a juzgar por su respiración acompasada.

—¡Anda! Y nosotros que hablábamos en voz alta —observó Monk—. ¿Quién es él?

—Un tal Bugs —explicó Doc—, exdetective de la compañía maderera Danielsen y Haas.

—¿Qué ha sucedido?

—Nada —replicó suavemente Doc Savage—. Se ha quedado dormido, como veis, mientras nos escuchaba.

Monk emitió un bufido.

—¡No nos engañes! —advirtió—. ¿Qué es lo que le obliga a dormir así?

Doc le señaló con el dedo varios tubitos de cristal que había en el suelo, del tamaño de una uva y llenos de un líquido incoloro.

—Un poderoso anestésico —explicó—. Por vía de precaución los dejé caer donde se encuentran al entrar en el cuarto, y Bugs ha tenido la desgracia de pisarlos.

Eran dichos tubitos lo que Bugs había confundido, pues, al pisarlos, con una corteza de pan; sin embargo, jamás supo esta verdad.

IX
Encuentro en la marisma



Monk partió para transformarse en un ser fuera de la ley, en el químico que huía de los espías de una nación extranjera; Renny para recibir de manos de un gobernador de la Luisiana el nombramiento de batidor de bosque en comisión especial; Long Tom convertida su cabeza en un hervidero de ideas respecto a la campaña que pensaban emprender y que jamás sería igualada por ningún otro mortal.

Entre tanto, Johnny y Doc agregaban al detective a la colección de durmientes alojados en la habitación del hotel.

Tan numerosa era aquélla, que hubo que alquilar otro dormitorio y después Doc se aseguró de que cada uno de ellos continuaba sometido a la influencia del narcótico que les libraba de todo mal y al propio tiempo les inutilizaba.

—Doce, trece, ¡catorce! —contó Johnny—. Si esto continúa así tendrán que pedir un tren especial. ¡Menudo gasto y no pocas molestias van a ocasionarle!

—Olvidas que saldrán del Reformatorio convertidos en dignísimos ciudadanos y por ello vale la pena de atenderlos —replicó Doc.

—Todavía no comprendo cómo se lleva a cabo su reforma —observó riendo el arqueólogo—. Me sorprende que estos pillos varíen hasta el punto de ser hombres honrados… quieran o no quieran.

—La explicación de este hecho es muy compleja para que

entremos en detalles —le dijo Doc—. Basta saber que se emplean varios métodos para conseguir la regeneración de un malvado. En general se procura borrar en su mente el recuerdo del pasado mediante intrincadas operaciones del cerebro y después se les proporciona un medio de vida que les capacita para ser dignos ciudadanos.

«Dicho de otro modo: se hace le vacío en su inteligencia y se les enseña la moral de que carecen. Una vez en libertad no se les ocurre volver a ser criminales sencillamente porque han olvidado que lo fueron alguna vez».

Así hablando los dos amigos salieron del hotel y se dirigieron al aeródromo donde había dejado Doc su aeroplano.

De él sacó una caja de metal parecida a las que usaban nuestros abuelos para guardar los telescopios, se retiró a una residencia particular y allí alquiló una habitación.

—¡Desnúdate! —ordenó una vez dentro de ella a Johnny.

Éste obedeció. Doc abrió la caja que era un estuche de aseo completo y con los ingredientes que sacó de él tiñó la piel de su amigo, de pies a cabeza, de un color amarillo terroso.

Hecho esto aplicó un tinte negro a sus ralos cabellos y les sometió a un rizo permanente.

—Ni la pintura ni el rizo se van con el agua —le advirtió.

—¡Humo sagrado! —exclamó Johnny—. ¿Quieres decir que tendré que andar así por la calle mientras no se me caiga la pintura?

—Eso es —cloqueó Doc—. Esto será de aquí unos seis meses, sobre poco más o menos.

Una vez hubo concluido de arreglar a Johnny se apartó de él unos pasos.

—¡Ya te tengo, cara negra! —dijo en broma.

En el lugar ocupado antes por Johnny había un hombre sentado con las piernas abiertas, flaco y huesoso, de gruesos labios y nariz aplastada.

Varias cicatrices daban carácter a sus ojos.

—¡Bien! —dijo, imitando el dialecto conglomerado de los habitantes de la marisma—. Acabaste, «¿non?».

—Sí. ¡Estás estupendo! —repuso Doc—. ¿Cómo te llamas,

hombre de los pantanos?

—Nombre mío es: Pete. ¿Qué?

—Bueno. Lo malo es tu estatura. Lo menos aventajas a los hombres-mono era un palmo. ¡Quiera Dios que no reparen en ello!

Los dos hombres se separaron.

Doc volvió al edificio de la Danielsen y Haas para custodiar a Eric el Gordo y su hija y aguardar en él noticias de sus hombres.

Johnny penetró en el barrio de los franceses. Doc le había provisto de un collar de amuletos y jugueteaba con él cuando reparaba que le observaba algún transeúnte que por su aspecto le parecía pertenecer al culto del Mocasín.

El resultado de esto fue perder toda una tarde inútilmente. Por el aspecto de las cosas de Nueva Orleans jamás había oído hablar del vudú y muchísimo menos del culto del Mocasín a cuya cabeza figuraba el malvado Araña Gris.

—Pues, señor: tendré que ir a la marisma —murmuró. Dándose cuenta entonces de que hablaba en su lengua normal, añadió—: Mi no siente una gran predilección por ella. ¡Whew! ¡Tengo incluso que pensar en este lenguaje infernal para estar seguro!

Se metió en un teléfono público y llamó a Doc Savage.

—No he hecho nada bueno, te lo participo. Me parece que ya no volveré a comunicar contigo en algún tiempo —dijo.

—Antes ve junto al lago Pouchartrain, cerca del antiguo fuerte español —ordenó Doc.

—¿Eh? —hizo sorprendido Johnny.

—Estaré allí poco después del anochecer.

—¡Ah! ¡O. K! —sonrió Johnny—. No faltes.

Con el advenimiento de las tinieblas ascendió de la ciudad y sus alrededores un vaho pegajoso. Transparente, caliginosa, aquella tiniebla atenuaba el fulgor de la luna, era agitada por la brisa del Golfo de modo tal, que la atmósfera aparecía cubierta de finísimas partículas semejantes a cenizas; la cárdena luz de los relámpagos surcaba el horizonte en todas direcciones.

Convertido en un caballero de color, de aspecto un tanto siniestro cruzó Johnny el City Park anejo al antiguo fuerte español.

En aquel punto el San Juan, largo, estrecho brazo de río, vertía sus aguas en el plácido lago Pouchartrain.

Johnny se instaló tras de un aromático magnolio y prestó oído. Los automóviles hacían sonar sus claxons allá, en la distante Gentil Road y más cerca en las avenidas del parque.

Detrás de él, hacia el Sur, las luces de la parte comercial de la ciudad se reflejaban con nebuloso fulgor en las nubes.

De pronto percibió Johnny una serie de sonidos broncos. Era como si alguien próximo a él tuviera en la mano una abeja y la dejara agitar sus alas con intervalos de un minuto. Al aumentar en intensidad los identificó el geólogo.

—¡Es un hidroplano! —exclamó en voz alta—, y va a amarar en el lago.

Entonces el motor dejó de zumbar. Sus sonidos broncos se convirtieron en sibilantes. Su escape era ahogado.

—¡Es la nave de Doc! —concluyó Johnny—. No conozco ninguna otra que esté dotada de amortiguadores.

Se sonrió. ¡Doc iba a conducirle a la marisma en avión! Esto lo simplificaba todo.

Durante la tarde debió substituir por flotadores el tren de aterrizaje de que estaba dotada la nave y debió hacerlo muy de prisa porque aquéllos no faltaban en su equipo.

Atrevidamente avanzó hasta la orilla del lago.

No temía la asechanza de un peligro, pues sabía positivamente que nadie le había seguido hasta allí, de modo que no se molestó en ahogar el ruido de sus pasos ni en ocultarse en la sombra.

Esto fue una equivocación.

—¡Psi-i-i!

Algo salió de la sombra proyectada por un árbol cercano, se enroscó al cuello de Johnny, tiró de él, le obligó a tambalearse.

Johnny le echó la zarpa. Era un lazo de metal semejante a la cuerda de un piano.

De un nuevo tirón se lo introdujeron en la carne de la garganta y después le asaltaron tres hombres-mono que salieron del cono de sombra proyectado por el árbol. Uno de ellos blandió un cuchillo afilado como hoja de afeitar.

Un compañero detuvo su mano.

—¡Non! —le grito—. El Araña Gris quiere hablarle.

Johnny le asestó un puntapié y tal energía puso en el ataque,

que el tacón de su bota empujó el estómago del enemigo y tropezó en una de sus costillas. El agredido cayó pesadamente de espaldas.

Pero entonces Johnny recibió un bastonazo en la cabeza. Luces multicolores brillaron súbitamente ante sus ojos mezclándose con ellas vivas llamaradas.

Esto y el lazo de alambre, que cada vez ceñía el cuello con más fuerza, debilitaron su energía. Decayeron sus fuerzas, sus movimientos se tornaron más pausados. Era como un reloj al que se le acaba la cuerda.

—Bien —comentó uno de los hombres-mono—. Esto se acaba.

Y se acaba, realmente, mas no como el hombre esperaba.

Súbitamente sonó en el lugar de la lucha una nota escalofriante por lo inesperada. Era y no era un silbido.

Más bien un sonido bajo y suave que triunfaba como el canto de alguna ave rara de la selva o la melodiosa nota inarmónica de la brisa filtrándose a través de los tubos de un órgano.

Provenía, al parecer, de todos los puntos cardinales.

Johnny la oyó aún cuando comenzaba a sumirse en un estado inconsciente.

¡Era el silbido de Doc Savage!

Aquel sonido produjo un efecto notable en Johnny. Renovada energía afluyó a sus músculos temblorosos. Ferozmente golpeó y sacudió a sus contrarios.

De la oscuridad surgió veloz como un rayo un vigoroso cuerpo bronceado.

El ataque de un león no hubiera sido más desastroso para los dos hombres del Araña.

Bastaron dos golpes asestados de modo tan simultáneo que sonaron como si dos hombres batieran palmas a un tiempo, y la pareja cayó rodando por la hierba.

No se puede afirmar que vieron qué era lo que producía su caída. El tercer enemigo inutilizado por Johnny gemía y se retorcía cerca de ellos.

Doc libertó al geólogo del lazo que le apretaba la garganta.

—La verdad, Doc, que eres muy oportuno —comentó Johnny con una risa temblona. Reparó en el «hidro» que amarraba en el lago cerca de la orilla y agregó—: ¡Hombre! Yo creí que ibas en ese

aparato.

—Lo conduce Ham —explicó Doc—. Después de haberme llamado tú por teléfono se me ocurrió que quizás el Araña captara también las líneas telefónicas de la ciudad, en cuyo caso sabría que estábamos citados. Por ello he venido receloso… y ¡aquí estamos!

—Sí, gracias a ti —dijo Johnny, llevándose la mano al dolorido pescuezo—. En medio de todo fui discreto, pues no dije palabra en nuestra conversación que pudiera descubrir al Araña Gris mi identidad y propósitos.

—En efecto —convino Doc—, hubiera sido un mal irreparable. Total, que hemos agregado tres prisioneros más a nuestra *menagerie*. Todo tiende a un mismo fin.

El «hidro» se aproximó a tierra firme y el nervioso, esbelto Ham se echó al agua y ganó la orilla del lago. Sobre su cabeza sostenía el estoque y dijo cosas poco galantes del fondo fangoso que pisaba.

—Llevarás el «hidro» a la marisma. Cuida bien de dejarle donde puedan hallarle fácilmente. Long Tom ha instalado en él una emisora; utilízala para comunicarte conmigo. Si me hablas en lengua maya nadie nos entenderá, ¿comprendes?

—Perfectamente —dijo Johnny.

—La nave va provista de todo lo necesario —agregó Doc.

—Bueno —replicó el geólogo—. Adiós.

Vadeó el lago, se encaramó al hidroplano, para lo cual le sirvió de escalón uno de los flotadores metálicos y penetró, de un salto, en la cabina.

Desde ella puso en movimiento los motores, sin despojarles del amortiguador de sonidos. Las hélices batieron el aire. El aparato cruzó el lago dejando tras de sí una estela espumosa y se elevó bruscamente.

Johnny puso la proa en dirección de la región pantanosa. Era un piloto consumado, pues Doc Savage poseía el don de hacer participar de sus vastos conocimientos a las personas a quienes servía de maestro y gracias a habilidad tan especial había convertido en aviadores de primera calidad a sus cinco camaradas, a quienes únicamente aventajaba el propio hombre de bronce en pericia y osadía.

Johnny dejó pronto atrás el área invadida por la niebla —que

era la inmediata a la ciudad— cerró la cabina, abrió la espita del aparato del oxígeno y voló muy alto. Para observar el terreno que se extendía debajo, empleó un potente anteojo.

A través de la aterciopelada selva verde serpenteaba, como ancha cinta de plata, un *bayou* o brazo de río. En él divisó el geólogo varios remolcadores que escoltaban un rosario de troncos, largo y flexible.

Cual mancha oscura salpicada de puntos luminosos se ofreció seguidamente a sus miradas una villa maderera. Se diferencian éstas de las comunes en que sus casas se hallan desperdigadas siempre en torno a un núcleo formado por las fábricas, los almacenes, cobertizos, patios, secaderos, etc. del aserradero.

De allí a poco comenzaron a escasear. Los *bayous*, único medio de transporte en la marisma, cesaron también de cabrillear a la luz de la luna.

Los árboles madereros eran cada vez más raros…

Johnny volaba, en aquellos momentos, por la región más agreste de la marisma y así lo comprendió. Entonces abrió las llaves del contacto de los tres motores y tiró de una palanca.

Esta maniobra varió las características de las alas de su aparato dando a la notable embarcación aérea un ángulo menos pronunciado de deslizamiento y menguando su velocidad para el futuro amaraje.

La nave planeó con las alas extendidas e inmóviles, cual gigantesco murciélago, sobre un *bayou* diminuto escogido por el geólogo.

Diríase que un dedo colosal había escarbado, en torno, la tierra, arrancando las capas ponzoñosas de la vegetación para descubrir un espejo que era, naturalmente, la superficie del *bayou*.

Suavemente posó el aparato sus flotadores en el agua y se deslizó hacia adelante. La estela que dejaba a su paso se extendía en forma de abanico, agitando el *bayou* con estremecimientos convulsivos.

—¡Con tal que no choque muy fuerte al llegar a la orilla! —murmuró Johnny.

Pero no chocó. Tras de deslizarse por entre altas cañas y pasar bajo pesadas ramas inclinadas, tocó tierra con una leve sacudida.

Johnny se encaramó a una de las alas, y, de pie sobre ella, fue arrancando ramitas y musgo de las grandes ramas y troncos de los árboles vecinos.

El musgo pertenecía al tipo conocido por los naturales de la marisma como «Barbas de viejo». Johnny lo utilizó para cubrir las alas y fuselaje del «hidro» de modo que se confundiera con la vegetación de la ribera.

Al acabar su tarea extrajo del aparato una gran valija de cuero. Era ésta la que contenía los objetos indispensables, mencionados por Doc Savage.

Johnny cloqueó después de examinarla de una ojeada.

—¡Doc es muy previsor! —exclamó guardándose en el pecho un revólver poco corriente. En realidad era una ametralladora en miniatura, arma inventada por Doc, y que es de las más pequeñas, pero más eficaces que se conocen. Se fabricaban secretamente para él y sólo sus cinco ayudantes y camaradas hacían uso de ellas.

Se echó al hombro la valija y dejó el hidroplano.

La marisma era una maraña indescriptible. Plantas trepadoras y enredaderas componían una masa más impenetrable que las alambradas que Johnny había hallado a su paso durante la gran guerra. En ocasiones, el musgo gris y escamoso era tan espeso, que Johnny se veía materialmente envuelto por él.

En el espacio de una hora recorrió menos de una milla.

—Ahora comprendo —se dijo— por qué un criminal se encuentra al abrigo de persecuciones en esta región. ¡Cualquiera penetra en ella para cogerle!

Claro que debía haber senderos conocidos únicamente por la ignorante colonia de hombres-mono descendiente de criminales refugiados en la marisma y Johnny no ignoraba este hecho, mas sólo el que conociera, palmo a palmo, la región podía dar con ellos.

La oscuridad formaba en torno suyo un muro impenetrable pues aún cuando la luna iluminaba la cima de los árboles que se extendía a modo de verde alfombra bajo su disco, no penetraban sus rayos la masa traicionera de agua estancada, fango, raíces y plantas trepadoras que formaban el suelo de la selva.

Johnny llegó a un terreno menos bajo y se paró a escuchar. Los mochuelos metían una gran barahúnda. Un chillido singular sonó

cerca de él. Sabía quién lo lanzaba: ¡un caimán!

Se humedeció los labios. Los caimanes suelen agarrar a un hombre por la pierna y le dan vueltas y más vueltas hasta que la arrancan del todo del muslo o de la rodilla.

De pronto pegó un salto. Acababa de percibir un sonido desconcertante: el lloriqueo de una criatura.

Aguzó el oído. ¡Sí, sí; no se había engañado!

Sorprendido, se aproximó adoptando sus precauciones al lugar donde partía el llanto. El terreno ascendía sin cesar. Recorrió unos metros y llegó a un pequeño claro entre la espesura.

Acurrucado en su centro como para percibir mejor la claridad de la luna había un niñito. Estaba asustadísimo. Por su aspecto parecía tener cuatro años, a lo sumo.

Una lechuza emitió un chillido estentóreo al borde del claro y el pequeño lanzó una serie alaridos aterradores. No hubiera chillado más de ser devorado vivo.

Por lo visto estaba solo. Johnny avanzó, el pequeño le vio y cesó de llorar.

Después corrió a su encuentro. Sus piernecillas vigorosas agitaban las hierbas lozanas que se oponían a su paso.

—¡Me he perdido! —explicó, en voz baja y temblorosa.

—Eso es duro amiguito —cloqueó el geólogo—. Cuéntame cómo ha sido. ¿Tal vez ibas de caza… y te extraviaste al correr tras de la liebre?

—¿Cómo lo sabes? —inquirió, sorprendido, el pequeño.

Johnny sonrió.

—Lo supongo —repuso—. De ese modo se pierden muchas criaturas.

En su interior maldecía el encuentro, que podía complicar su situación, pero desde luego, decidió acompañar a su casa al chiquillo.

Precisamente recordaba haber visto, al amarar, poco antes, la luz de una casa distante del claro un par de millas, sobre poco más o menos; allí llevaría a su hallazgo. Le colocó a caballo sobre sus hombros y reanudó su marcha.

Cuando los acontecimientos tomaron un giro sorprendente llevada recorrida una milla.

La luz de una lámpara de bolsillo iluminó los semblantes del hombre y el niño y una voz áspera exclamó al propio tiempo:

—¡Aquí está! —¿No os lo decía yo? Me lo secuestraba un sucio habitante de la marisma, un vuduista. ¡Hemos tenido suerte en encontrarlo, de otro modo se hubiera escapado con el pequeño!

—¡Papá! —llamó el niño al de la áspera voz.

—¡Pon a ese niño en tierra! —ordenó la voz a Johnny.

Éste obedeció. El chiquillo corrió en dirección de la luz.

Johnny intentó explicar lo sucedido, pero no le dieron tiempo.

—¡Enseñadle a no robar criaturas! —exclamó la voz—. ¡Matadle! ¡Saltadle la tapa de los sesos!

Y el cañón de una escopeta vomitó un terrible chorro de llamas casi en la propia faz de Johnny.

X
En los dominios de vudú



Johnny pensaba más deprisa que el hombre de la escopeta y por consiguiente el tiro no dio en el blanco. De un salto, se colocó después fuera del radio iluminado por la lámpara.

Fue esta feliz circunstancia la que le inspiró una buena idea. Pensaba: ¿por qué está tan rabioso ese padre y tan seguro de que le secuestran a su hijo?

¿Qué es lo que le ha movido a hacer una deducción tan rápida? ¿Por qué está tan resuelto a matarme sin oírme previamente?

¿Qué le movía a obrar como si él fuera una rata asquerosa a la que se aplasta sin misericordia?

La explicación era muy sencilla, una vez dio con ella Johnny.

El airado padre le tomaba por uno de los habitantes de la marisma, un afiliado a la secta vudú.

Ciertos ritos obscenos de esta secta exigen sacrificios humanos, la sangre de un ser inocente. El hombre lo sabía y por consiguiente creía que raptaban a su hijo para sacrificarlo.

El cerebro de Johnny trabajaba activamente. Súbitamente se daba cuenta de que las circunstancias porque atravesaba parecían haberse hecho que ni de encargo para él.

Se lanzó hacia delante, se apoderó del niño y se metió entre la maleza. No dio tiempo a que el hombre disparara sobre él ni de tenerlo lo hubiera disparado por temor de herir a su vástago.

El niño callaba. La situación le divertía al parecer. Su silencio no convenía a Johnny, sin embargo.

—¡Grita! ¡Llama a papá, amiguito! —le mandó—. Hazle creer que te arranco las orejas a bocados.

Obediente, el pequeño dejó escapar un grito penetrante.

—¡Papá! ¡Papá!

—¡Ah! ¡Está allí! —gritó el frenético padre—. ¡Seguidle! ¡No dejéis que ese demonio se escape con mi hijo!

Johnny aceleró el paso.

—Lamento engañar así a tu viejo amiguito —explicó al niño—. Pero, esto le enseñará a ser menos impulsivo. Si no llego a saltar tan deprisa me deja seco, con lo cual hubiera perdido el mundo uno de sus mejores geólogos y yo la vida. Por ello me alegro de hacerle rabiar un poco.

Así hablando, cuidaba de hacer bastante ruido, y de no andar tan deprisa que sus perseguidores perdieran su rastro. Divisando bruscamente las luces de varias casas, torció a la derecha.

Lo que acababa de ver era evidentemente una factoría, donde los habitantes de la marisma acudían a cambiar pieles de rata almizclera, pescado, cangrejos y musgo por dinero con que satisfacer a sus pequeñas necesidades.

Pocos minutos después cesó de perder el tiempo y dedicó todas sus energías a correr marisma adelante con su carga, pues en aquellos momentos, seguían su rastro sabuesos alquilados con seguridad en la factoría y sus perseguidores ganaban terreno rápidamente.

—Esto ya no tiene gracia —murmuró. Si aquellos hombres furiosos conseguían atraparle le ahorcarían o le fusilarían sin dilación. Johnny parecía un verdadero hombre-mono y como tal se hallaba a un nivel tan inferior como el de una rata en la consideración de sus perseguidores. Milla tras milla devoró en su carrera. Las piernas comenzaban a dolerle; a cada aspiración sentía una punzada dolorosa en el costado.

Un hombre más débil se hubiera desmayado largo tiempo antes, pero el don físico más notable de Johnny era su resistencia.

De ordinario era infatigable. En aquellos momentos le rendía el peso del pequeño y su afán por correr más que los sabuesos.

De este modo, llegó al otro claro de la selva donde la luna derramaba sus rayos, parecidos a transparente plata en fusión.

Allí un hombre le interceptó súbitamente el paso. En la mano llevaba un rifle de largo cañón como los usados para la caza de ardillas.

—¿Quién ser tú? —interrogó con sordo acento.

Johnny cuidó de conservar inexpresivo el semblante. ¡Aquello era exactamente lo que había esperado! El hombre simiesco, de tez amarillo terrosa, pertenecía al clan de los habitantes de la marisma.

A decir verdad era el más corpulento de la tribu que Johnny había visto y con una cara algo más inteligente que la de sus congéneres.

Bajo las mangas de su camisa hecha jirones se mostraba un excelente desarrollo muscular.

—¡Bien! —exclamó Johnny en el dialecto conglomerado de la marisma—. Tú muéstrame un camino, que deseo perder de vista a la traílla que me persigue. Yo…pagar tú por hacer esto, *OUI*.

—¿Qué hiciste? —inquirió receloso el hombre de los pantanos —. ¿Por qué te persiguen?

Johnny le indicó al pequeño que con una mezcla de interés y de temor contemplaba al siniestro hombre-mono.

—Yo atrapar esta joya —dijo.

—¡Maldición! ¿Por qué causa?

Aquí el geólogo aprovechó sus conocimientos de la secta vuduista para explicar a su interlocutor con gran derroche de gestos que él era nada menos que un gran sacerdote.

Su relato impresionó al hombre de la marisma y furtivamente sacó un amuleto que miró supersticiosamente, pues estaba esculpido sobre un trozo de hueso de brazo humano.

—¿Quieres al niño blanco para hacer un sacrificio? —balbuceó. Era un creyente y en calidad de tal ayudaría al geólogo.

—Ésa es mi idea —replicó Johnny.

Entre tanto la traílla habíase aproximado rápidamente y ladraba y aullaba de modo que causaba espanto en el ánimo. Asustados mochuelos y otras aves nocturnas levantaron el vuelo y, semejantes a grandes hojas, oscuras, arrebatadas por el viento, surcaron el claro.

—¡*Sacré*! —juró en voz baja el hombre-mono—. Tendrás que abandonar la criatura. No puedes llevarla contigo.

—¡Non! —gruñó Johnny, fingiendo una gran repugnancia. Y agregó que las deidades vuduistas exigían el sacrificio de un niño blanco, pedían su sangre como en los antiguos tiempos.

—Tendrás que dejarle —insistió el hombre-mono.

—¡Non! —dijo, tercamente, el geólogo—. Si podemos escapar me llevaré al niño.

El hombre-mono le explicó entonces el verdadero motivo que le impulsaba a aconsejar que abandonara su presa… aún cuando jamás había pensado Johnny en dejarla caer en manos de los hombres-mono, como se supondrá.

El Araña Gris no deseaba llamar la atención de la policía sobre su clan de la marisma y el secuestro del niño podía atraerla sobre él.

Por consiguiente, o abandonaba Johnny su presa o el hombre le abandonaría a su suerte.

Johnny simuló una amarga decepción. Colocó al pequeño junto a una rama, le ató a ella con su cinturón y siguió al habitante de la marisma.

Éste se metió en un cañaveral, separó sus altas cañas y apareció una piragua hecha de tronco vaciado de un árbol, que estaba allí escondida. Los dos hombres se metieron en ella y tomaron los toscos remos.

La embarcación se manejaba con la facilidad de una canoa hecha de corteza de abedul —a pesar de ser maciza— y salió disparada.

Detrás de ellos estallaron varios gritos.

—¡Aquí está! —gritó una voz; la del padre del niño que acababa de hallarse sano y salvo—. ¡Ese demonio se ha visto obligado a abandonarle!

Johnny tuvo una sonrisa leve. El pequeño no había sufrido mal ninguno.

Por el contrario: había pasado en la marisma dos horas emocionantes.

Su padre había sido castigado don una pequeña prolongación de sus angustias por su tentativa de matar a un semejante sin querer oírle antes.

En cuanto a él, Johnny, iba a ser recibido con los brazos abiertos

por los miembros de la secta del vudú. Sin duda le mirarían con admiración.

Se lo merecía. Por ventura, ¿no había tratado de sacrificar a un niño blanco?

Estaba sorprendido de la velocidad a que marchaban por el río. En otras ocasiones él había visto atravesar rápidamente a hombres de color, selvas al parecer impenetrables.

Mas nunca con la prisa que el hombre-mono desplegaba.

De vez en cuando su acompañante impulsaba la piragua en derechura de un margen aparentemente sólido. Pero el agua se materializaba siempre bajo su quilla. La estela acuosa que dejaban quedaba oculta, otras veces, por las cañas y juncos que crecían al borde del río.

—Conoces bien el camino —dijo para lisonjear a su guía.

—*OUI*. Mi vive aquí toda la vida.

—¿Cómo te llamas?

—Buck Boontown —replicó el habitante de la marisma.

«Buck» Boontown, reflexionó Johnny, parecía tener una mentalidad más acusada que los demás hombres-mono, así como también era físicamente más desarrollado.

Con todo, su corazón era malo puesto que pertenecía a la secta del vudú.

—¿De dónde vienes? —preguntó a Johnny.

Éste acababa de recorrer el mundo en viaje de estudios. Le interesaban las artes mágicas y como éstas alcanzaban su grado superlativo de perfección en la marisma, según decían, pensaba visitarla toda ella.

La historia era complicada e inverosímil a todas luces, mas Buck la creyó a pies juntillas. Johnny (o Pete como había declarado llamarse) estaba de suerte.

—Pues aquí habitan muchos miembros importantes de la secta —dijo Buck en su jerga deshilvanada—. ¿Has oído hablar del Araña Gris?

—¿Mi…? ¡Ya lo creo! —replicó Johnny—. Pero sólo hablar.

—¡Bien! —exclamó el hombre-mono—. Quizá te sume el número de sus íntimos.

Johnny tuvo que hacer un esfuerzo para mantener inexpresivo el

semblante.

¡La aventura prometía!

—¿Eres tu uno de ellos? —interrogó.

—¡Nada, que la cosa marcha como una seda!

—¿Me conducirá, non, a dónde habita el Araña? —insinuó.

—Seguro —replicó Buck Boontown—. Se aloja en el castillo del Mocasín. Pero antes tiene que darnos su permiso.

Buck era de sus íntimos ¡vaya si lo era! Y Johnny podía estar tranquilo. Se absorbió por entero en la tarea de remar deslumbrado interiormente por su buena suerte… parecíale que tiraba de una red y que éste se ceñía en torno del siniestro Araña Gris. Aquella red simbolizaba la venganza de Doc Savage.

***

Antes de que llegaran al término de su viaje comenzó a clarear. Buck Boontown le había explicado entre tanto que iba de camino por la marisma, cuando oyó ladrar a los sabuesos.

Suponiendo que iban tras de un criminal, hizo alto, pues la ley que obedecían los moradores de la marisma les ordenaba que prestaran ayuda a todo fugitivo perseguido por la Justicia.

Johnny estaba ya enterado de esto; por ello habíase convertido deliberadamente en un criminal.

Su excursión por el río terminó al llegar ante una colina pequeña poblada por hordas de canes, chiquillos de ambos sexos y un número indeterminados de hombres y mujeres.

La colina estaba salpicada de cabañas destartaladas que en junto sumarían una docena.

En un largo cobertizo vio Johnny el musgo «barbas de viejo» groseramente embalado y supuso que aguardaba allí a que se le transportara a la factoría por vía fluvial.

Tábegas, cañas de pescar, trampas para coger ratas almizcleras, festoneaban los aleros de las chozas.

Johnny descendió de la canoa y sentó la planta en lo que creyó ser un leño.

Juzgad, pues, cuál sería su asombro cuando el leño se movió y le

llevó a tierra firme.

¡Era un saurio gigante! Estaba sujeto a una estaca mediante una cuerda lo mismo que si fuera una vaca y en vista de que no le mordía supuso Johnny que debía estar domesticado.

—Puedes dormir en el cobertizo donde guardamos el musgo —le propuso Buck.

Y allí pasó Johnny el resto de la noche. Durmió profundamente aún cuando subconscientemente estaba alerta, al menor ruido hostil o sospechoso.

Una lucha entre perros subrayada por las voces de los hombres-mono que trataban de separarlos, le despertó, bien entrado el día; por lo visto era aquél el despertar usual, ya que los habitantes de la colina hacían poco caso de los canes.

Poco después, una serie de chillidos penetrantes sonó dentro de una de las chozas mayores de la colina. Eran espantosos, sobrehumanos.

Un escalofrío recorrió el espinazo de Johnny e involuntariamente se llevó la mano al pecho.

—¿Qué sucede? —preguntó a un habitante del poblado.

—Nada. Es Sill Boontown. No tiene bien la cabeza —explicó el hombre barrenándose la sien con el índice.

Investigando, Johnny averiguó que Buck estaba casado. Su mujer, algo más agraciada que el resto de las mujeres del poblado, y esto ya es decir mucho, le había dado un hijo, Sill, que acababa de cumplir dieciocho años, pero padecía de desequilibrio mental. Estaba loco y en tal estado llevaba dos años.

Originó su locura, por lo visto, la caída de un árbol sobre su cabeza.

La colonia compuesta por los habitantes de la aldea era mísera, feísima, una mezcla de razas que mantenía las malas cualidades de todas ellas y ninguna de las buenas. Apenas consideró llegado el momento, Johnny comenzó a exhibir sus habilidades de sacerdote, añadiendo algunos toques de efectos al rito usual y repelente de los vuduistas.

Primero hipnotizó al caimán, para lo cual se valió secretamente de una de las bolas de vidrio llenas de anestésico de que le había provisto Doc, y la cual rompió bajo las propias narices del animal.

El hecho causó sensación y la fama de Johnny creció como la espuma.

Después, empleando siempre ácidos, varió, a una orden suya, el color del agua que llenaba el pozal.

Pero el número más sensacional del programa fue atravesarse el cráneo, en redondo, con una larga, finísima varilla de acero. Realizó la hazaña gracias a un tubo oculto en el sombrero.

La varilla era flexible y como tal se ceñía en torno a su cabeza mediante el tubo produciendo la impresión de que pasaba por dentro del cráneo.

Semejante maravilla hizo abrir desmesuradamente los ojos del público.

Parecía que al más ligero golpe o sacudida iban a desprenderse de sus órbitas.

Pero originó la desaparición de Buck Boontown. Reapareció al día siguiente y fue en busca de Johnny.

—Aquí hombre quiere hablar contigo —dijo.

—¿De parte del Araña Gris, acaso? —interrogó el geólogo.

—¡No saber quién es ese Araña! —replicó vivamente Buck.

Era evidente que alguien había puesto la mosca en la oreja de Buck, recomendándole que no hablara de más, Johnny se prodigó interiormente epítetos insultantes. Al desaparecer el hombre-mono debió seguir su rastro, ya que, aparentemente, había ido a ponerse en contacto con su jefe.

—¡Bien! —exclamó en voz alta—. ¿Dónde está ese hombre?

—¡Aquí precioso! —dijo una voz destemplada.

Johnny giró vivamente sobre sus talones y examinó, de pies a cabeza al recién llegado.

Era ancho de espaldas y corto de miembros, llevaba zahones y, contrastando con ellos, algo que no ha visto jamás el hombre de la marisma: corbata y cuello. Un pañuelo de seda negro oscurecía su semblante y se anudaba detrás de la cabeza como para ocultar el color de sus cabellos; poco menos que imposible era, además, distinguir el color de su piel, pues llevaba unos guantes de algodón, mas por el sonido de su voz comprendió Johnny que era un hombre blanco.

Éste gruñó:

—Aquí el amigo Buck dice que eres un jefe de la secta, ¿es eso cierto?

—*OUI*, ciertísimo —repuso el geólogo.

—¿Deseas unirte al equipo del Araña?

—¿Paga bien?

—¡Ya te lo diré!

—Si paga bien, desde luego —replicó el geólogo, haciéndose el desentendido.

El enmascarado se rió con sorna.

—Y no estoy seguro de consentírselo —añadió—. Antes de discutir este asunto quisiera conocerte un poquito.

Con su mejor pronunciación Johnny repitió la historia que ya había contado a Buck Boontown procurando asumir un aire de sinceridad.

Mucho esperaba conseguir de ésta, pues creía estar hablando con el propio Araña Gris.

—¿Eres tú el Araña? —preguntó atrevidamente.

El enmascarado se puso rígido y echó mano al bolsillo, abultado como si en su interior hubiera un arma.

—No hagas tontas preguntas, ¿sabes? —advirtió a Johnny.

—¡*OUI*! —contestó éste encogiéndose de hombres.

Su interlocutor guardó un instante de silencio antes de reanudar el diálogo.

—Permanece aquí unos días mientras reflexiono lo que debo hacer contigo —dijo—. Un hombre que conoce el vudú como tú debe de ser muy hábil, pero cuidadito con aprovecharte de la ocasión, ¿entiendes?

Johnny entendió, en efecto, y al propio tiempo creyó que tenía delante al Araña en persona. ¡Si pudiera verle la cara!… Pero esto sería peligroso en demasía.

Y de pronto se le ocurrió una idea.

—¿Vas a Nueva Orleans?

—¿A ti qué te importa? —gruñó el enmascarado.

Johnny replicó que había salido inesperadamente de la ciudad y que con la prisa había dejado en ella una suma considerable de dinero, cuidando de producir en el ánimo de su oyente la impresión de que dificultades con la policía motivaron su huída.

Luego dio al enmascarado la dirección de la casa donde los hábiles y bronceados dedos de Doc le habían aplicado el maquillaje.

—¿Querrías traerme ese dinero? —dijo, al concluir la explicación—. Confío en ti, ¿quién no lo haría, tratándose del Araña Gris?

—¿Quién ha dicho que yo lo sea? —replicó vivamente el otro.

—¡Nadie! —repuso, apresuradamente, Johnny—. Bueno. ¿Qué me dices?

—Que te lo traeré —prometió el enmascarado.

Un cambio sutil en su acento hizo sospechar a Johnny que no pensaba hacerlo.

Mas, no le preocupó gran cosa, porque no tenía aquella suma. Lo importante era conseguir que el hombre se dirigiera a la casa de Nueva Orleans.

Y Johnny estaba seguro de que lo haría con el poco honrado propósito de apoderarse del dinero. Con toda la atención había hecho saber al enmascarado que la cantidad abandonada ascendía a veinte mil dólares, sobre poco más o menos, incluso el Araña Gris era incapaz de resistir a una prueba tal.

Partió el desconocido y Johnny echó tras él, procurando no ser visto de Buck ni de los otros pobladores de la colina. Hasta él llegaba el ruido que hacía al abrirse paso por entre la maleza, pero no procuró divisarle.

Por el contrario, volvió a la izquierda. Halló su hidroplano escondido aún en la ribera y se encaramó a la cabina. En cosa de un minuto obtenía una comunicación con Doc por radiotelefonía.

—Envío ese hombre a la habitación donde me maquillaste —dijo a Doc Savage, tras de explicarle la situación— y allí podrás atraparle.

—¿Crees que es, realmente, el Araña? —La voz de Doc vibró clara como una campana en los oídos del geólogo. Ambos hablaban en lengua maya, naturalmente.

—No te lo aseguro —replicó Johnny—. Me lo parece, nada más.

—Bueno. Le prepararé excelente acogida —dijo, en tono sombrío, Doc—. ¡Buena suerte, Johnny!

—Adiós —Johnny dejó el auricular y salió de la cabina.

Trepando por el tronco de un árbol cercano, oteó la marisma

que se extendía, caliginosa e intrincada, en todas direcciones hasta confundirse con la línea del horizonte.

Pasado un instante divisó al enmascarado sin máscara en aquellos momentos, pero… estaba tan lejos que no pudo distinguir sus facciones.

Tras de levantar a su paso una nube de negros pajarracos el hombre se perdió de vista y desapareció, engullido, al parecer, por la selva pantanosa.

Johnny descendió de su atalaya y volvió al poblado. Su trabajo en beneficio de Doc Savage adelantaba a ojos vistos.

XI
Un antiguo conocido



Al levantar la nube de pájaros divisada por Johnny, el desconocido había proferido un juramento. Mas su maldición no indicaba mal humor.

Por el contrario, parecía hallarse altamente satisfecho de sí mismo y del mundo en que vivía.

—¡Este jefe vuduista es un tonto! —cloqueó—. Creer que voy a traerle su dinero… veinte mil dólares como quien no dice nada. Ya, ¡tiene gracia!

Tiró un puñado de tierra a un lagarto que corría por el tronco de una palmera, y añadió:

—Ese dinero irá a parar a mi bolsillo. ¡Pues no faltaba más!

En el transcurso de un par de horas llegó junto a un *bayou*. Anclada en la orilla había una lancha motora. Ésta le llevó río adelante, devorando un número determinado de millas, y, finalmente le depositó cerca de la carretera.

Un lujoso *coupé* le llevó a escape a Nueva Orleans.

—Ahora, ¡por el dinero! —se dijo, sonriendo.

No hay qué decir que se había tragado el anzuelo preparado por Johnny, con caña inclusive.

Anochecía, Canal Street hervía de empleados y oficinistas que tornaban a sus hogares. Los vendedores de periódicos se precipitaban a lo largo de las calles señoriales arrojando su doblada mercancía en los porches de las casas.

Un vendedor de palomitas de maíz hacía su agosto, gracias a los

pequeños escolares.

El enmascarado detuvo el coche un poco más debajo de la casa indicada por Johnny, saltó a la acera y echó una ojeada en torno.

Frente a la casa, un hombre abría una zanja. No se veía a nadie más en toda la calle.

El enmascarado echó a andar, y, al pasar junto a la excavación, el hombre que trabajaba en ella sacudió la tierra pegada a su pala, con un golpe asestado sobre el pavimento.

El enmascarado reparó en este hecho, mas, como no tenía nada de extraordinario, siguió su camino, atravesó el porche de la casa y llamó al timbre.

Una voz cascada, temblona, como la de un viejo octogenario, por lo menos, le invitó a entrar.

—¡Adelante!

—Si no hay nadie en la casa más que este vejestorio será sencillísimo despojarle del dinero —pensó el visitante.

Abrió la puerta y penetró atrevidamente en la casa sin molestarse siquiera en echar la mano del revólver que llevaba en el bolsillo.

De pronto se le abrió la boca en palmo. Sus manos buscaron, azoradas, el revólver, pero no llegaron a tocarle. Antes fueron asidas por unas garras aceradas, de bronce.

El rayo descendió sobre su mandíbula y se desmayó.

Su cuerpo inerte fue enderezado y descansó bajo el brazo poderoso de Doc.

El hombre de bronce salió a la calle con su carga.

En aquellos momentos saltaba el trabajador de la zanja blandiendo un bastón (inofensivo en apariencia, aunque en realidad fuera un estoque) que acababa de encontrar removiendo el montón de blanda tierra extraída.

Era Ham.

Ham posó la mirada en la carga que Doc llevaba al brazo y se quedó estupefacto.

—¡Pues sí que tiene gracia la cosa! —exclamó—. ¿Es eso lo que ha caído en la trampa tan cuidadosamente preparada por nosotros?

—Sí, esto. Veo que identificas en él a un antiguo conocido —observó Doc con ironía.

Ham imprimió un movimiento giratorio a su bastón y contempló al prisionero con el ceño fruncido.

¡Era Lefty, el desaparecido detective de la compañía maderera Danielsen y Haas!

—Johnny no tiene la culpa de que hayamos atrapado al Araña Gris —explicó Doc a Ham, un poco después, mientras el coche les conducía a la parte baja de la ciudad—. No conoce Lefty a además cuando ése habló con él iba enmascarado.

—¿Correrá algún peligro si se nota la desaparición de este hombre? —inquirió meditabundo Ham.

—No es probable. Lefty vino indudablemente por el dinero, para quedarse con él; por consiguiente, no creo que haya hablado de su existencia al Araña Gris. El jefe ignorará siempre que haya caído en una trampa.

Agregaron a Lefty a la colección de durmientes que, en el hotel, aguardaban su traslado al estado de Nueva York y al salir de allí propuso Doc a Ham hacer una visita a Long Tom.

Hallaron al pálido, blondo, mago de la electricidad, en la habitación larga y estrecha de un edificio, destinado exclusivamente a oficinas, que había en Canal Street.

Adosadas a ambas paredes de la pieza había una hilera de mesitas, ante las cuales se sentaban muchachas de aspecto competente.

Todas ellas ceñían a sus cabezas el casco de telefonista; sus dedos manejaban el lápiz y ante ellas, en los tableros de las mesas, tenían abierto el libro de notas taquigráficas.

En un ángulo de la oficina, Ham divisó una estación-telefónica transmisora y receptora.

Aquellas señoritas eran taquígrafas de experiencia y se ocupaban en anotar toda conversación sostenida de extremo a extremo, por las líneas telefónicas pertenecientes a las compañías madereras del Sur.

Si se considera el poco tiempo transcurrido, Long Tom había hecho milagros para llegar a obtener tan magnífico resultado.

—¿Qué? ¿Sabes algo nuevo? —le interrogó Doc.

—De importancia una sola cosa: que de un momento a otro captaremos el diálogo sostenido por uno de los lugartenientes del

Araña con el encargado que maneja la «Worldwide» —replicó Long Tom.

—¿Sospechas de qué va a tratarse? —siguió preguntando Savage.

—No. Sé solamente que el encargado recibirá un anillo de manos del lugarteniente del Araña. Cuando se celebre el conciliábulo lo amplificará el altavoz que ves ahí —añadió, señalando un aparato instalado en el fondo de la oficina—, de modo que le oiremos todos.

—¡Magnífico! —aprobó Doc, sonriendo.

Y guardó silencio. Aguardaba, sin darse cuenta al parecer, de los estragos que ocasionaba en los corazones del batallón de taquígrafas que le rodeaban.

Al contratar a sus empleados Long Tom había tenido en cuenta, ello era evidente, no sólo sus conocimientos sino también su pulcritud. Había elegido preciosas muchachas y las miradas que todas ellas lanzaban a Doc hubieran animado a una piedra.

En el hombre de bronce no producían efecto, sin embargo. Ellas no lo sabían, pero Doc Savage era indiferente a los encantos femeninos.

—Tendré que echarle de aquí —se dijo Long Tom— para que trabajen estas chicas.

Apenas acababa de pronunciar in mente estas palabras cuando le llamó, con una seña, una de las taquígrafas.

—Acaba de sonar la llamada que esperaba, mister Roberts —anunció.

Long Tom se situó, de un salto, junto a un cuadro, tiró de unas clavijas y del altavoz surgió un susurro amplificado.

El sonido duró unos segundos y a continuación:

—¡Oiga! —dijo una voz áspera—. ¿Hablo con el encargado de la «Worldwide»?

—Sí, diga —replicó otra voz gruñona.

—¿Cuánto tienes a mano?

—Un cuarto de millón. Precisamente hoy hemos vendido la instalación número 3.

Doc vio claramente lo que estaba pasando. El encargado de la «Worldwide» acababa de disponer de otra propiedad de la

compañía.

Proseguía su venta por lotes. Y el último vendido era, precisamente, aquel donde habían estado los secuestrados Edna, Eric el Gordo, y Ham.

—El AR… —Bueno, ya sabes de quién hablo— dice que desea recibir de tus manos el dinero. Él aguarda a las diez de esta noche.

—¿Dónde?

—¿Conoces la marisma?

—Sí.

—Puedes dirigirte al poblado que habita Buck Boontown y allí verás al jefe. ¡Sé puntual!

—¡Hum! De aquí a la marisma hay muchas leguas, ¿por quién me ha tomado?

—Lo ignoro, amigo. Yo me limito, solamente a transmitirle sus órdenes.

—Bueno. Allí estaré —prometió el encargado de la «Worldwide».

—¡Harás muy bien!

La conversación concluyó con este consejo significativo y dos «clics» perceptibles indicaron que acababan de colgarse los auriculares en ambos extremos de la línea.

Doc, Long Tom y Ham cambiaron una mirada.

—Ese hombre va a encontrarse con el Araña en el poblado de Buck Boontown y llevará en el bolsillo un cuarto de millón de dólares —observó Ham. Simuló una finta con el estoque y agregó—: Presumo que iremos allá ¿no?

—Con banderas desplegadas —prometió Doc.

—¿Y yo? —profirió vivamente Long Tom—. ¿Vais a dejarme aquí? ¡No lo consentiré!

—¿Podrá acompañarte la instalación que aquí tienes? —preguntó Doc Savage.

—¡Ya lo creo!

—Pues entonces ¡ven con nosotros!

Salieron apresuradamente a la calle.

Una vez en ella Doc detuvo un taxi y ordenó al chofer que les dejara delante del rascacielos ocupado por las oficinas de la compañía Danielsen.

—¿Quién hay en él? —deseó saber Long Tom.

—Eric y Edna Danielsen —replicó Savage—. Deseo participarles que nos vamos y asegurarme de que están sanos y salvos.

El taxi que les conducía se abrió paso por entre la circulación incesante de las calles principales.

Los comercios encendían las luces de sus escaparates como prueba de que se avecinaba la noche.

—¿Sabes algo de Renny o de Monk? —preguntó Long Tom a Doc.

—Ni una palabra —confesó el interpelado—. Monk finge ser un químico extranjero, que trata de rehuir la venganza de la patria, a la que ha traicionado; Renny asume el papel de batidor de bosques poco escrupuloso en el desempeño de una comisión especial y ambos esperan ponerse en contacto con la banda del Araña, mas como carecen de aparato radiotelefónico no pueden comunicarse conmigo y por ello ignoro su paradero.

Al llegar con el coche frente al edificio de la compañía Danielsen, Doc ordenó al chofer que aguardara un instante y penetró con sus amigos en las oficinas.

En el hall tropezaron con la preciosa Edna. Estaba sola y parecía preocupada.

Doc le dijo gravemente:

—Es una imprudencia la que comete andando sola por los pasillos, sin que nadie…

—¡Un momento! —exclamó ella, interrumpiéndole—. Temo que haya sucedido algo espantoso.

—¿Eh? —profirió vivamente Doc.

—Horacio Haas ha desaparecido —explicó Edna— y también el pobre Silas Bunnywell. Es más. Acabo de hacer un triste descubrimiento en el despacho de nuestro tenedor de libros.

—¿En qué consiste?

—Venga y lo verá.

Un ascensor les condujo al último piso y allí Edna Danielsen les condujo al cubil del viejo Silas.

—¡Mire! —ordenó a Doc con voz temblorosa; y le señaló un punto con el dedo.

La mesa de Silas había sido invertida, lo mismo que la papelera, y, entre ambas había un charco de tinta negra y roja. Por las trazas,

el cubil había sido teatro de una lucha violenta.

En un rincón yacía un tintero, enorme, macizo, de cristal, cuyo contenido había salpicado de rojo la pared, casi a la altura del techo.

—Con él han asestado, evidentemente, un golpe en la cabeza de alguien —murmuró Doc. Recogió el tintero del suelo y sus doradas pupilas lo examinaron con atención.

Adheridos a su fondo vio varios cabellos negros.

—¡Pobre Silas Bunnywell! —murmuró con voz ahogada la hermosa Edna.

—Silas tenía el cabello blanco —corrigió reflexivamente Doc— y éstos son oscuros. Si no me equivoco pertenecen a la cabeza de Horacio Haas. ¿Estás segura de que han desaparecido él y Silas?

—¡Segurísima! —declaró la atractiva muchacha—. Papá les ha buscado por todas partes.

—¿Dónde está ahora?

—En su despacho.

—Doc, Ham y Long Tom pasaron al despacho. Eric el Gordo daba vueltas en torno a un mismo punto de la alfombra que cubría el piso del *sanctum* y la atmósfera estaba saturada del humo despedido sin cesar por su pipa.

—Silas y Horacio han desaparecido al mismo tiempo. ¿Qué le parece? —inquirió, dirigiéndose a Doc.

—No sé qué pensar —admitió éste—. Estoy perplejo a no poder más.

Eric el Gordo se estremeció. No contribuía a aumentar su alegría, ciertamente, oír confesar que estaba perplejo al hombre de bronce.

—¿Qué piensa hacer ahora? —inquirió.

—De momento, nada. Tenemos el tiempo justo de dar el golpe atrevido —repuso Doc—. Uno de los hombres del Araña, encargado de la venta, por lotes, de los almacenes, fábricas, instalaciones, etc. de la «Worldwide», debe entrevistarse, esta noche, con su jefe, en el poblado de la marisma fundado por un tal Buck Boontown, para entregarle personalmente la parte de un millón de dólares. La intención de Long Tom, así como la de Ham y mía, es llegarnos a ese poblado y tratar de coger al Araña Gris. Mas, como la marisma

está lejos de Nueva Orleans, supongo que debemos partir al instante.

—¡Me gustaría acompañarles! —declaró Eric el Gordo.

—No. Vale más que permanezca aquí velando por su hija —le aconsejó Doc—. Ahora vamos a escoltarles hasta su casa y les dejaremos en ella bien provistos de ametralladoras y granadas de mano, así como de máscaras contra los gases asfixiantes, para que puedan defenderse en caso de que les ataquen los hombres del Araña Gris. ¡En marcha!

Dejaron el despacho y, casi a la carrera, se aproximaron a los ascensores que les transportaron al hall de la planta baja.

Quizás cuarenta segundos después de haberse oído el choque con que se cerraba la cancela de hierro se levantó, poco a poco, una esquina de la alfombra en el despacho de Eric, se dobló hacia atrás y descubrió una trampa hábilmente disimulada de ordinario.

Debajo había una cavidad oblonga de unos centímetros de profundidad.

¡La ocupaba un hombre que había estado escuchando cuanto se decía en el despacho!

Al levantarse, dentro de la trampa, el hombre expuso el rostro a la luz. Iba tapado por una máscara de vivos colores muy parecida a un pañuelo de seda.

En cuanto a su aspecto era un tanto visible, pues a pesar del calor reinante en aquella tarde de verano, envolvía su persona en un abrigo de lana.

Esta precaución era prudente desde su punto de vista. Además la prenda carecía de botones que pudieran arañar los costados o puertas de la trampa, traicionándole, e incluso se había colocado unos grandes calcetines de lana sobre los zapatos, para que su cuero no rozara la madera.

El siniestro personaje se acercó al teléfono, pidió un número, lo obtuvo y escuchó atentamente la voz que hablaba. Reconociéndole, dijo con áspero acento de firmeza.

—¡Soy el Araña Gris! Reunid a los hombres que os inspiren más confianza del clan del Mocasín.

—Así se hará —replicó muy quedo una voz aterrorizada.

—¡Esta noche acabaremos con ese demonio de bronce! ¡No

puede escapársenos de entre las manos!

El Araña colgó el auricular y se rió de un modo muy feo. Salió al corredor (no se había quitado la máscara ni el abrigo ni los grandes calcetines de encima de los zapatos) descubrió una ventana y, alargando el cuello, consiguió ver la calle.

El espectáculo que contemplaron sus ojos le hizo lanzar una exclamación desdeñosa.

Doc Savage instalaba a Eric, Edna, Long Tom y Ham en el taxi, pero él se quedó, como de costumbre, de pie sobre el guardabarros. El taxi se apartó de la acera.

Los dorados ojos de Doc escudriñaron los cuatro puntos cardinales: no se les escapaba nada.

Después, casualmente, se clavaron en las ventanas del edificio, pero en una de ellas ya no estaba el semblante cubierto por el pañuelo.

Dejó a Eric y Edna en la mansión suntuosa que habitaban, entregándoles antes de partir un par de maravillosas ametralladoras en miniatura, sumamente rápidas, que él mismo había inventado, máscaras contra el gas y explosivas granadas de mano.

Había hecho un registro, breve pero minucioso, de la morada de los Danielsen y al concluir estaba seguro de que no estaba escondida en ella ninguno de los hombres del Araña.

—¿Tienen ustedes reflectores con qué alumbrar el jardín? —interrogó a Eric el Gordo.

—Eso creo.

—Pues enciéndalos esta noche. Que uno de sus criados los vigile. Nosotros volveremos, tal vez, por la mañana, pero no puedo afirmarlo.

—No se preocupe de nosotros —respondió Eric el Gordo.

—¡Y tenga mucho cuidado con lo que hace! —le dijo Edna con voz ahogada por una emoción singular, cuyo significado se le escapó a Doc.

Ham y Long Tom se miraron. Al salir dijo Ham sonriendo a su compañero:

—La reina ha caído…

—Todas las mujeres se vuelven locas por Doc —replicó riendo Long Tom.

De casa del millonario maderero volvieron a la central telefónica de Long Tom y allí Doc hizo un esfuerzo para comunicar con Johnny, su llamada no obtuvo respuesta del hidroplano oculto en la marisma.

—No hay manera de hacerle saber nuestra ida al poblado —decidió, finalmente, Doc Savage—. Dejaremos abierto el aparato y si llama que una de las señoritas taquígrafas le participe nuestra marcha.

Una vez más penetraron en un automóvil, sólo que esta vez no fue en uno de alquiler sino en el Roadster de Doc.

El asiento supletorio y el compartimiento reservado al equipaje contenían ya el bagaje indispensable, a juicio de Doc, para la excursión.

Doc se apoderó del volante y metió el Roadster en mitad del tráfico. Dio un golpe seco en el resorte instalado recientemente sobre el volante e instantáneamente sonó bajo el capo una sirena como las de la policía.

La aguja del cuentakilómetros ascendió a cuarenta, cincuenta, sesenta, por hora, con saltos intermedios de dieciocho kilómetros.

Ham y Long Tom se agachaban en los asientos y se cogían los sombreros por medio a que se los llevara la terrible corriente de aire desplazada por el coche.

Doc iba con la cabeza descubierta; de usual nada protegía sus ojos, fuera del parabrisas que en aquellos momentos estaba bajado. Sin embargo, el viento respetaba el orden pulcro de su persona y atavío.

—Creo que sería conveniente alquilar un bote —sugirió Ham de pronto.

—Lo llevamos.

—¿Eh?

—Sí, bajo el asiento supletorio: es una embarcación plegable, de seda, que se diría puede meterse dentro de un bolsillo. Junto a ella he colocado el motor, cuyo peso es algo mayor que el de una máquina, pequeña, de escribir, además de otros efectos indispensables.

Ham cerró y mantuvo fuertemente apretados los párpados, para defender sus pupilas del viento impetuoso que le azotaba el

semblante, para él era fuente inagotable de sorpresa la manera providencial que tenía su jefe de resolver todos los problemas, y de, por decirlo así, salirles al paso.

Llevaba en la cabeza la máquina pensante más rápida del grupo —si se exceptúa la de Doc— y era capaz de prevenir contingencias futuras, pero el maravilloso hombre de bronce prevenía peligros con que él, Ham, ni soñaba siquiera, y hallaba siempre el modo de precaverse contra ellos.

El jadeante Roadster devoraba los kilómetros. Había cerrado la noche.

Espléndida brillaba la luna, allá, en el firmamento.

La carretera se hundía en la marisma. Sobre ella cipreses corpulentos simulaban una nube de verdor. A sus dos lados, sólo que en terreno más elevado, los pinos erguían sus troncos rígidos, esbeltos, cual centinelas en formación.

—¡Qué región más poblada de árboles! —observó Ham, rompiendo el silencio que reinaba dentro del coche.

—¡Cómo que, en madera, es ésta la región que mayor rendimiento produce, después del Estado de Washington! —replicó Doc.

Long Tom observó, riendo:

—¡Toma! Yo que creía que en el Sur se daban solamente algodón y caña de azúcar…

A su izquierda la chimenea de un enorme y magnífico aserradero vomitaba humo y chispas. Dentro de ella mordía la sierra un tronco con un ruido semejante al que produce una seda al rasgarse.

El aserradero resplandecía de luz. Más bombillas eléctricas pendían del cable utilizado, de ordinario, para izar y depositar los troncos aserrados en las vagonetas mediante grapas y cadenas.

El Roadster de Doc prosiguió, aceleradamente, su carrera y pronto quedó atrás el aserradero. La carretera bajaba gradualmente de nivel, se convertía en sendero tortuoso, en alfombra esponjosa de la marisma que ilumina, en raras ocasiones, nuestro satélite.

La luz de los faros del Roadster danzaba sin cesar dibujando sobre el camino bastoncillos semejantes por el color y la forma a trozos de tiza con los cuales hicieran juegos malabares los trazos

imaginarios del coche.

—¿Es éste el único camino que conduce a la parte de la marisma habitada por Buck Boontown? —interrogó Ham.

—El único —le aseguró Doc.

Pronto se interrumpió la monotonía del viaje. El camino se estrechó, de súbito, de forma que en él cabía un solo vehículo. Más adelante ascendió en pronunciada pendiente. Cruzaba un profundo *bayou*.

A sus dos lados cabrilleaban, bajo los rayos lunares, las aguas del brazo del río. El Roadster emprendió la ascensión de la pendiente y, al llegar a su centro, demostró Doc, una vez más, su presencia extraordinaria.

Allí donde sus camaradas permanecían indiferentes al peligro, sus doradas pupilas distinguieron un obstáculo inquietante: una varilla clavada verticalmente en mitad del camino.

Más pequeña que un lápiz corriente debió ser colocada, poco antes, en el lugar donde estaba a juzgar por lo removido que aparecía aquel trozo de la carretera.

Doc aplicó los frenos. Distaba sólo unos metros del palito sospechoso y ¡el Roadster iba a sesenta por hora! El coche caminó de través, se bandeó.

Sus cuatro ruedas, inmovilizadas por los frenos, chillaron, como cerdos hambrientos.

Mas la varilla aumentaba, sin cesar, de tamaño. Doc adivinó que el coche no se detendría a tiempo y la carretera era muy estrecha para poder esquivar el obstáculo.

De pronto surgieron varios hombres al otro extremo de la pendiente y se le aproximaron corriendo. Estaban muy flacos y parecían grandes simios sin rabo.

Cada uno de ellos iba armado de una ametralladora tipo de las usadas por la aviación militar, que sujetaban a la cintura, mediante una correa de cuero.

Doc miró en todas direcciones. Detrás del coche aparecían más hombres-mono.

—¡Hemos caído en una trampa! —exclamó Ham al darse cuenta.

Apenas salió de sus labios esta exclamación, cuando le asieron por la cintura y le arrojaron fuera del coche. Su cuerpo describió

una curva ascendente y fue a parar al agua.

No obstante lo impensado del ataque, su mano empuñaba aún el estoque.

Mientras presenciaba cómo Ham era lanzado por los aires, Long Tom surcó a su vez el espacio y, en tanto giraba, distinguió la hercúlea figura de Doc, que caía en pos de él.

Lo mismo uno que otro de sus subordinados experimentaron la sensación de que habían sido arrojados al vacío por una catapulta de carne y hueso y el lance les dejó tan aturdidos como si acabara de pasar por sus cuerpos una corriente eléctrica.

Doc no fue más suave con ellos, porque no había tiempo que perder.

Así, les había lanzado al agua en una fracción de segundo, tan precisa como podía haberse obtenido con el más riguroso cronómetro.

El Roadster no había chocado todavía con la varilla.

Al tropezar con ella se ladeó un instante, después sonó un espantoso estallido y una lengua de fuego, surgida como por arte de magia bajo las ruedas delanteras del Roadster, levantó el suelo de la carretera en pendiente.

Astillas de madera, tierra, humo y chispas, ascendían por el aire.

De haber ido un poco más deprisa el Roadster hubiera sido aniquilado totalmente. A la velocidad a que marchaba, sólo su parte delantera quedó destrozada.

XII
Sacrificio humano



Raudos como flechas, hendieron el agua Ham y Long Tom. Sus cuerpos chocaron en el fondo del río y juntos ascendieron, de un vigoroso empujón, a la superficie.

Todavía no se divisaba sobre ella la testa bronceada de Doc.

En torno de sus cabezas llovían los restos de la pasada explosión: esquirlas de acera, terrones grandes como barriles, astillas y con ella la parte trasera del Roadster, que se hundió bajo las aguas, con pronunciado «
glú-glú
».

Ham y Long Tom se sumergieron apresuradamente por temor de que les hiciera el improvisado diluvio.

Comenzaban a darse cuenta de lo sucedido. El Roadster había entrado en contacto con la enhiesta varilla y una corriente eléctrica había producido una explosión.

Nadando entre dos aguas, alcanzaron el cañaveral que se extendía por el margen del río, bajo la carretera en pendiente.

—¿Dónde estará Doc? —gimió Ham—. No se le ve en parte alguna.

—Quizás… —insinuó Long Tom; mas un estremecimiento le cortó la palabra.

Quizás un fragmento, un proyectil improvisado, procedente de la explosión habría atravesado su cuerpo vigoroso. ¡No era un imposible!

Unos pies desnudos corrían por el suelo de la pendiente. Se escucharon órdenes imperiosas, dadas en la jerga empleada por los hombres-mono y, a continuación, una ametralladora vomitó una serie de disparos…

Long Tom y Ham se sumergieron a escape, al tocar el agua, en torno a sus cabezas, las balas de cuproníquel y sólo emergieron bastante adentro del cañaveral, allí donde eran más densas las tinieblas.

Debajo mismo del lugar de la catástrofe gorgoteaba el agua. Incesantes burbujas ascendían a la superficie.

Las producía el sumergido Roadster de Doc.

Una bañera. —¿Por qué no saldrá Doc?

—Long Tom lanzó una exclamación ahogada.

—Por si es poco lo que nos está sucediendo ¡mira! —exclamó.

A la distancia de unos dieciséis metros Ham vio dos protuberancias nudosas sobre la superficie del agua, semejantes a dos negros puños unidos.

—¡Un caimán! —susurró—. ¿También se alimentan de noche esos bichos del demonio?

Los ojos del caimán desaparecieron de pronto.

—¡Salid! —gritó desde la carretera uno de los hombres-mono.

No obtuvo respuesta. Ham y Long Tom empuñaron las armas.

Una nube de postas cayó súbitamente sobre el cañaveral procedente de las ametralladoras que llevaban los hombres del Araña Gris, causando un verdadero estrago.

Filas interminables de cañas fueron segadas, mordidas, astilladas, como por las fauces de un monstruo invisible devorador de vegetales.

Ham y Long Tom comprendieron que llevaban las de perder y no dispararon. Nada más lejos de su ánimo que entablar una batalla final.

—¡Si salís de ahí respetaremos vuestras vidas! —prometió la voz del hombre-mono—. El Araña desea hablaros.

Luego lanzó un juramento que redujo al silencio a los que disparaban las ametralladoras y aguardó una respuesta.

—¡Doc! ¿Dónde estará Doc? —clamó Ham—. Aún no se ha mostrado.

—¡Tenemos que hacer algo! —siseó Long Tom. Desesperado, llamó a los hombres del Araña.

—Nos rendiremos —prometió— si nos permitís bucear un instante. Buscamos a nuestro jefe.

—¡Bucead! —le respondieron prontamente.

—¿No tiraréis sobre nosotros? —interrogó Long Tom.

—¡Buck Boontown sólo tiene una palabra!

¡Buck Boontown! ¿Conque era él quien capitaneaba la banda de sus enemigos?

Ham y Long Tom nadaron y se sumergieron, varias veces, bajo la superficie del río. En vano palparon su fondo buscando el cuerpo gigante de Doc Savage. No hallaron rastro de él y el terror oprimió sus corazones.

Sólo plantas y fango encontraron en el lecho del *bayou* que distaba poco más de tres metros de la superficie.

Un incesante gorgoteo denunciaba todavía la presencia del Roadster hundido en el *bayou*. Era como si el coche fuera un ser vivo, del que huía la vida poco a poco.

Long Tom y Ham requisaron sus cercanías varias veces. Desanimados ascendieron, por fin, a la superficie.

—Quizás se haya alejado a nado —murmuró Tom, esperanzado —. Puede permanecer varios minutos bajo el agua.

—Así lo espero —replicó Ham.

Pero un horrible espectáculo que iban a presenciar debía matar en ellos toda esperanza, incluso aquélla tan débil que experimentaban en tal instante.

—¡Arriba! —les ordenó Buck.

No sabiendo qué hacer, los dos amigos obedecieron y ascendieron la empinada pendiente hacia la carretera. Los hombres-mono se apoderaron de ellos y les despojaron de sus armas.

A la vista de su pequeñez y perfección más de una exclamación de sorpresa se escapó de labios de los asaltantes. Uno de ellos se apropió del estoque de Ham.

—Me pregunto por qué no hemos luchado —murmuró el brigadier entre dientes.

—¿Para qué, si al final nos hubieran cogido igualmente? —respondió Long Tom—. Fíjate en que estos demonios poseen lo

menos veinte ametralladoras. Apostaría cualquier cosa a que pueden sostenerlas fijas en un blanco gracias a la banda de cuero reforzado de metal que llevan en la cintura.

—¡*Sacré*! ¡Mirad! —exclamó en aquel momento un hombre-mono.

Y entonces se produjo el incidente macabro que iban a presenciar y que era el más impresionante de los que sus ojos habían contemplado hasta aquel día.

El espectáculo les heló la sangre en las venas, les trastornó, les restó energías.

Todas las miradas convergieron, instantáneamente, en un punto del *bayou* donde hervía el agua.

Una forma oscura, colosal, se agitaba dentro, a unos centímetros de la superficie. Una cola escamosa, agresiva, se mostró, una vez, por encima del agua.

—¡Un caimán! —observó Tom—. El condenado animal intenta apoderarse de algo.

Bruscamente aparecieron sus mandíbulas. La luz de la luna brillaba en los repulsivos dientes color de arena.

¡A ellos iba adherido un poderoso brazo humano! Al animal parecía inquietarle el cuerpo inerte a que iba unido el brazo y tornó a sumergirse, desapareciendo de la superficie del río. La agitación de sus aguas indicaba el lugar por donde había asomado.

Ham chilló desaforadamente y se agarró a una ametralladora. Le volvía loco el espectáculo que acababa de presenciar, y quería el arma para matar al saurio.

Mas no pudo apoderarse de ella. Uno de los hombres-mono quiso disparar sobre él a quemarropa. Por fortuna le salvó la vida un rugido de Buck Boontown.

Long Tom luchaba desesperadamente por su parte, hasta que le asestaron un golpe en la cabeza con el cañón de una ametralladora, y, entonces, quedó aturdido.

Al recobrarse del porrazo, tenía ligadas las muñecas.

También Ham estaba maniatado.

—¡En marcha! —ordenó Buck Boontown.

Y la cabalgata bajó por la carretera. De allí a poco penetró en la marisma.

A sus espaldas se cerraba un laberinto de palmeras, arces gomeros, cañas, plantas trepadoras, enredaderas y el consabido musgo gris que crecía sobre los troncos de los árboles por encima de sus cabezas.

A veces se hundían sus cuerpos hasta la cintura en el cieno de olor nauseabundo. Otras pisaban troncos podridos, sobre los cuales había abismos insondables, al parecer, de légamo.

En un momento dado, recorrieron un pasaje aéreo de ramas y lianas que cubría unas cuantas leguas.

Los hombres-mono mostraban una agilidad sorprendente al atravesar lo que parecía ser una barrera infranqueable de verdor.

Pero, a intervalos también parecían contrariados por las emanaciones deletéreas y la vegetación lujuriante que caracterizaban aquellas tierras pantanosas.

Ni Long Tom ni Ham prestaban atención al tiempo que pasaba. Ni siquiera se tomaban la molestia de evitar las lianas traicioneras o de rodear los pozos de lodo que encontraban a su paso, por lo cual recibían más de un puntapié.

Mas, apenas experimentaban dolor. Ninguno podía ser mayor que el originado por la pérdida de su amigo, del hombre a quien debían sus vidas, de Doc Savage, en fin.

Ni uno ni otro esperaban volver a verle en este mundo y el «jo-jo, joroin» de las lechuzas de la marisma componía una especie de canto fúnebre que acompañaba su dolor.

Pero, a medida que se hundían más y más en la vasta extensión de bosque otro sonido menos lúgubre se unía al macabro de las aves nocturnas.

—¡Escucha! —murmuró Ham.

Débilmente llegaba a sus oídos la nota monótona de un tambor. Iba en crescendo y después disminuía, se apagaba, para renacer con más brío.

Había momentos en que parecía rodar, sincopada, como un trueno por la vasta, fétida marisma; otros en que se convertía en apagado murmullo, algo así como si unos dedos golpearan, suavemente, una esponja.

Producía la ilusión de que el bosque jadeaba como bestia

acosada.

Periódicamente se elevaba sobre él un penetrante maullido semejante al de un gato cuando le pisan el rabo. Alaridos roncos, ladridos violentos, se mezclaban al conjunto de sonidos.

La barahúnda era extremadamente desagradable.

—Adivino lo que es —balbuceó Long Tom.

—Yo también —replicó Ham con acento apagado—. Una ceremonia del vudú.

—¡Repara cómo afecta a nuestros captores! —dijo Long Tom.

Una excitación sutil se apoderaba de los feos hombres-mono. Ellos se hablaban en un lenguaje tan degenerado, que Ham y Long Tom apenas podían comprenderlo. Más tarde, al salir en un claro iluminado, Long Tom y Ham observaron que sus captores iniciaban una danza, una especie de rotación de los músculos del cuerpo que seguía el compás de la música.

Era como si los golpes acompasados del «
tam-tam
» originaran convulsiones musculares en sus cuerpos.

Incluso Ham y Long Tom quedaron afectados de modo desagradable por la bárbara cadencia. El segundo prorrumpió en un terrible juramento; cosa que hacía rara vez al sorprender que sacudían los hombres. La bárbara tonada influía también en los blancos.

—He oído decir que la música produce un efecto enloquecedor en estas ceremonias —tartamudeó Ham—. Lo creo después de escuchar ésta. Es lo más extraordinario que he oído en mi vida.

Long Tom se estremeció.

—¡Cualquiera diría que estamos en un país civilizado! —observó —. ¡Uf!

Así hablando, llegaron a una colina circular que se alzaba medio metro solamente sobre el suelo de la marisma y en cuyo centro había un anfiteatro natural.

Al detenerse en uno de sus bordes, Long Tom y Ham presenciaron un cuadro tan impregnado de barbarie, como ni uno ni otro habían soñado ver en los confines de los Estados Unidos.

Una serie de hogueras pequeñas ardía en el redondel. Sus llamas eran verdosas y, a juzgar por el nauseabundo olor que exhalaban,

parecía evidente que estaban hechas con maderas impregnadas de sulfuro.

Su forma ondulante indicaba que se había tratado de representar con ellas una serpiente, pues las deidades de este género totémico ocupan un lugar destacado en el culto vuduista.

Cerca del fuego había numerosas figuras. Algunas de éstas se agitaban y brincaban como derviches repugnantes; otras permanecían sentadas y sacudían el cuerpo al compás de los «
tam-tams
».

Todas iban enmascaradas.

Los músicos estaban sentados algo detrás. No llevaban máscara y de vez en cuando emitían un largo aullido.

Fue sobre las máscaras de los hombres situados en el centro del redondel donde posaron la mirada Long Tom y Ham. Eran sedosas, de vistosos colores.

—¿Te acuerdas del flamante pañuelo que llevaba Horacio Haas en el bolsillo? —inquirió Ham.

—Sí, ¿por qué lo preguntas? —replicó Long Tom.

—Por nada —a Ham no le agradaba dar explicaciones.

En torno al margen del redondel se apiñaban en nutrida fila los feísimos habitantes de la marisma. Long Tom y Ham se aturdieron al ver tantos. Su número debía ascender a ciento, doscientos, trescientos, tal vez.

Por su aspecto juzgaron que la ceremonia iba a durar varias horas, quizás días; cántaras llenas de verde licor que se llenaban en una gran vasija formada por el tocón, hueco, de un árbol, pasaban de mano en mano, con frecuencia, en torno de la asamblea.

—¡Ese debe ser un brebaje compuesto por el Araña Gris; apostaría cualquier cosa! —declaró Ham—. Así se granjea la voluntad de estos simios.

—No os paréis aquí: ¡adelante! —dijo a su espalda Buck Boontown.

Era el único de sus enemigos a quien no parecía seducir gran cosa la ceremonia. Una o dos veces sacudió los hombros como simpatizando con el odioso ritmo de los «
tam-tams

», mas lo mismo, aunque involuntariamente, los habían movido Ham y Long Tom.

Se les condujo al centro del anfiteatro natural y allí se les colocó delante del grupo de individuos enmascarados, junto a las verdes hogueras.

A Ham se le ocurrió pensar que aquellos hombres debían ser los íntimos del Araña Gris y que componían el grupo de iniciados en los misterios del culto vuduista.

Uno de ellos llevaba, además del brillante pañuelo de seda, una larga bata bordada con serpientes innumerables que representaban, probablemente, la mortífera mocasín de agua.

Le tapaba de pies a cabeza, con lo cual no podía decirse cómo era, con excepción de que parecía hombre blanco.

—Soy el Araña Gris —informó a los dos amigos con voz sepulcral, fingida, evidentemente.

Y puso delante de sus ojos una mano semejante a una garra. Las venas de su dorso eran tan repulsivas como purpúreos gusanos.

Lenta, dramáticamente, se abrió, y, en la repulsiva mano, apareció, vivo, un arácnido repulsivo, gris: ¡una tarántula! Su color había sido transformado sabe Dios porqué medios y eliminado su veneno.

Esto último fue deducido por Ham en vista de que no trataba de morder la mano que la tenía presa.

Aquella «*mise en scéne*» era altamente impresionante, pero no fue la Araña sino la mano que la sostenía, la que atrajo la mirada de los dos amigos. ¡Su piel repulsiva ostentaba rojas manchas de tinta!

Ham y Long Tom recordaron a un tiempo el líquido derramado en el despacho de Silas y el tintero, que en opinión de Doc, había servido para asestar un golpe en la cabeza de alguien cuando desapareció el cajero y Horacio Haas con él.

Sin ponerse previamente, de acuerdo, se lanzaron sobre el jefe enmascarado.

Esperaban coger de sorpresa a los guardianes, mas no lo consiguieron.

Buck estaba alerta. Rápido como el pensamiento, sacó una pistola y, a culatazos, les obligó a retroceder. Y fueron apresados de nuevo.

Boontown refirió a continuación a su jefe la aventura de su emboscada en el puente, y, al ser informado de que sus hombres habían visto con sus propios ojos cómo era devorado Doc Savage por un caimán, una risita feroz de placer sonó tras la sedosa máscara.

—Lleva a tus prisioneros al sitio acostumbrado —le ordenó después—. Ya te he dicho lo que has de hacer con ellos. ¿Lo has entendido bien? Importa mucho que tenga éxito mi pequeño experimento.

—Sí, jefe —murmuró Buck Boontown.

Del anfiteatro, Ham y Long Tom fueron llevados, a empujones, al lado opuesto de la colina. Inesperadamente, apareció ante sus ojos el poblado.

Se les hizo entrar en un cobertizo y allí les ataron los tobillos y de nuevo las muñecas. Cerca de ellos se colocaron centinelas de vista bien armados.

Los dos prisioneros estaban absolutamente indefensos. A través del estrecho agujero constituido por el hueco de la puerta del cobertizo, vieron a un hombre-mono alto y descarnado, un muchacho que contaría apenas dieciocho años.

Como único vestido llevaba un saco agujereado por el que sacaba las piernas.

Era Sill Boontown, el hijo de Buck Boontown, que estaba medio loco desde que recibiera, tiempo atrás, un golpe en la cabeza.

Ham y Long Tom asintieron una mezcla de horror y pesar al ver que llevaba un paseo a un saurio gigantesco del cual tiraba mediante una cuerda anudada al cuello de la bestia.

El muchacho jugaba con el domesticado reptil como si fuera un perro.

Éste no era otro que aquél que tanto había alarmado a Johnny al sentar el pie en la colina.

Pero su vista despertó tristes recuerdos en los espíritus de Ham y Long Tom; el espectáculo del monstruoso reptil con un brazo humano entre los dientes.

El sentimiento de la propia conservación se apagó en ellos, cediendo paso al gran dolor que les producía la pérdida de su jefe, pues no solo habían perdido con él a un amigo y bienhechor a quien

admiraban sobre todas las cosas de este mundo, sino que, además, la Sociedad perdía con él uno de sus mejores puntales, la fuente fecunda de humanitarios sentimientos.

Por esto, cuando Sill y el caimán desaparecieron en la selva iluminada por los rayos lunares, los dos amigos respiraron con más desahogo.

Transcurrió un cuarto de hora sin que sucediera nada digno de mención y después penetró inopinadamente en el cobertizo un ser larguirucho, desgarbado, de piel amarillo-terrosa, gruesos labios y nariz aplastada como si le hubieran extirpado el hueso.

Varias cicatrices situadas en torno de los ojos daban a su semblante un aspecto singular.

El recién llegado se inclinó sobre ellos, murmurando palabras incomprensibles, acompañadas de pases mágicos.

—¡Hum! ¿Quién será este mochuelo? —dijo Tom con sorna.

—¡Vaya un pájaro de mal agüero! —observó a su vez Ham.

—¿Habrá venido a degollarnos?

—Debería hacerlo para castigar vuestro exceso de confianza —dijo riendo el desconocido.

Ham y Long Tom pegaron un brinco.

—¡Johnny! —exclamó, al cabo, Ham, reconociéndole a pesar de su disfraz.

—¡Chist! No chilles… —recomendó el geólogo.

—Pero ¿cómo…?

—Vine aquí —explicó Johnny— para descubrir la identidad del Araña Gris, pero todavía no le he visto. El hombre que envié a Nueva Orleans no era él, sino uno de sus subordinados, un ser insignificante a quien agrada hacerse pasar por alguien.

—Era uno de los dos exdetectives de la compañía maderera, Johnny —explicó Ham— y le hemos cogido. Se llama Lefty.

—Bueno, ¿y cómo saldremos de aquí? —interrogó Long Tom.

Johnny dirigió una mirada a los centinelas. Éstos tenían la cabeza vuelta.

Sacó un cuchillo.

—Sólo puedo proporcionaros esto —susurró al oído de sus amigos—. Me invitaron a pronunciar un conjuro sobre vosotros y la cosa me sorprendió, francamente. Busqué el revólver, pero había

desaparecido. Todavía no me explico cómo ha podido ser. En fin: hago lo que puedo.

—No te apures: de aquí saldremos de un modo u otro —dijo Ham.

—¡O. K.! Si puedo me apoderaré del fusil de uno de los centinelas. ¿Vamos?

Johnny avanzó en dirección a la puerta.

Mas al instante, uno de los guardianes emitió un prolongado chillido y, en respuesta a la señal, se vertieron en el cobertizo, procedentes de la selva, centenares de hombres-mono que atacaron a los lugartenientes de Doc.

Johnny sucumbió al número, y cayó luchando con fiereza, bajo una verdadera avalancha de enemigos. Entonces fue sujeto mediante ligaduras en pies y manos.

El cuchillo que había entregado a Ham no le sirvió a éste de gran cosa.

Cortó con él sus ligaduras… para volver instantáneamente a ser atado.

Cuando quedaron bien sujetos, se les aproximó un hombre metido en una larga bata de seda brillante con innumerables serpientes bordadas.

Una repulsiva Araña Gris corría sobre una de sus manos.

El Araña continuaba ocultando el semblante tras del pañuelo.

—Me hiciste concebir sospechas —dijo Johnny— y quise asegurarme de que no eran infundadas. Por ello te consentí que hablaras con estos hombres. Se te ha vigilado estrechamente y se ha visto cómo les alargabas un cuchillo.

Johnny no replicó.

—Eres un auxiliar del hombre de bronce —siguió diciendo el Araña— pero ¡ya no existe!… y vosotros vais a morir también. Mis hombres os ofrecerán en holocausto a sus dioses y yo contemplaré cómo se consuma el sacrificio.

Profundo silencio siguió a esta declaración del enmascarado. El ritmo inquietante de los «
tam-tams
» vibraba, palpitaba fuera del cobertizo originando con su bárbara cadencia simpáticas vibraciones en las celdillas del cerebro de sus

oyentes.

—¡Dentro de breves horas estará todo dispuesto! —manifestó el Araña Gris.

Y giró sobre sus talones.

XIII
Secuestro frustrado



Tornó al anfiteatro donde iba a verificarse el drama, marchando a paso ligero, como aquél que tiene aún algo que hacer, y tomó asiento en el centro del semicírculo compuesto por sus íntimos.

Al alcance de su mano estaban sus artilleros.

—Traed a los dos hombres que pretenden engrosar nuestras filas —ordenó.

Hubo una conmoción en la selva vecina y de ella salieron dos forasteros.

Uno de ellos era semejante a un gorila. Parecía bastante duro y corpulento para vencer a su contrario en un combate de boxeo. Su rostro vulgar ostentaba crecido número de cicatrices.

Su epidermis estaba erizada de gruesas cerdas rojas; el otro era tan grande, que parecía una montaña dotada de movimiento. Su semblante era largo, sombrío. Sus labios simulaban una mueca de desdén.

Pero lo más notable del gigante eran sus manos, cada una de las cuales equivalía a un galón de nudillos férreos.

—¡Eran Monk y Renny en persona!

Sin que lo pareciera, los dos tomaron nota del número de ametralladoras que tenían a la vista.

—Ésta es la primera vez que veo al Araña Gris —observó Renny mientras avanzaban—. Y no me atrevo a lanzarme sobre él a causa de esas malditas ametralladoras.

—Pues yo no estoy seguro de lo que voy a hacer —replicó Monk

con acento de amenaza.

Monk era inquieto, incansable. Cuanto más peligroso es el momento, mayor es la razón que nos mueve a luchar, opinaba. Y él amaba el fragor de la lucha.

Durante la guerra mundial y en varias ocasiones, había tenido encuentros con el enemigo y, por los resultados obtenidos, se sospechaba que habría salido vencedor, finalmente, de no haberse retirado el ejército contrario, desde el Canal a Suiza, vasto campo en que podía escabullirse fácilmente.

—¡Tú déjame hacer, calamidad! —gruñó Renny—. Soy el más inteligente de los dos y urdiré alguna cosa buena.

Esto no era exacto. Monk era considerado en su esfera como uno de los químicos más notables del Globo.

Al hallarse frente al Araña Gris los dos trataron de penetrar con la mirada la máscara que le velaba las facciones y de vislumbrar su figura bajo la bata bordada que llevaba, mas no lo consiguieron.

De soslayo, observaron la hilera de ametralladoras que les rodeaba y se dieron cuenta de que les sería fatal el menor movimiento sospechoso.

Pretender atacar en aquellos momentos al Araña Gris equivalía a un suicidio.

—Mis hombres me han hablado de vosotros —comenzó a decir el Araña, desilusionando a nuestros dos amigos que contaban con reconocer su voz.

Mas, la que acababa de sonar en sus oídos era fingida, poseía un tono poco natural, ello era evidente.

Ni uno ni otro replicaron al jefe de los hombres-mono, pues juzgaron que no era necesario.

—Uno de vosotros es un químico notable —prosiguió el Araña con voz cavernosa— especializado en la composición de gases asfixiantes. Éste ha huido de su país para evitar el castigo a que le hace acreedor su traición. El otro es un comisionado especial del Gobierno, que según tengo entendido, no le hace ascos al soborno, con tal de tener unos cuantos dólares en el bolsillo.

Sucedió a esta explicación una pausa impresionante tras de la cual inquirió el Araña:

—¿Os conocíais de antes de ser presentados uno a otro por mis

ayudantes?

—Nopi. Jamás nos hemos visto hasta ahora —cloqueó Monk cerrando las peludas zarpas—. Pero somos… como somos al natural. ¡Éste derriba a golpes a sus enemigos y yo les destrozo los pulmones!

Monk no era mal actor. Su actitud era fiera y parecía sediento de sangre, sin mencionar su aspecto.

—Tengo entendido que desea formar parte de mi Sociedad —dijo el Araña Gris.

Monk contempló un momento la repugnante tarántula que se paseaba por la mano de su interlocutor, y sintió el impulso de aplastarla bajo sus pies.

—Así es —replicó, conteniéndose a duras penas.

En la espera que sucedió, Monk y Renny repararon en un incidente que ocurría en la parte alta del anfiteatro.

En su borde había aparecido un saurio gigante, a la vista del cual una voz había gritado:

«¡Pegadle un tiro a ese bicho!».

—Es el de Sill Boontown —objetó alguien—. Ningún caimán salvaje llegaría hasta aquí con tanta frescura.

—¡Pues entonces tiradle un palo a la cabeza! —suplicó la voz—. Y así no se va haced fuego sobre él. ¡*Sacré*! ¡Qué bicho más pesado!

Un palo fue a caer ruidosamente sobre el escamoso cuerpo del saurio, que se apresuró a refugiarse en la selva oscura empleando para ello una inteligencia casi humana.

El Araña Gris continuó diciendo:

—Pues bien: me decido a aceptaros. Voy a daros quehacer al instante y esta misma noche os daré diez mil dólares (cinco mil a cada uno) por vuestro trabajo.

—Eso es mucho dinero —gruñó Renny—. ¿Qué tenemos que hacer?

—Tú que eres batidor de bosques debes conocer, aun cuando sea solamente de vista, al famoso presidente de la compañía maderera Danielsen y Haas. Tal vez conozcas también a su hija…

Renny dio la única respuesta posible.

—Sí, les conozco.

—¡Bueno, pues deseo que llevéis a cabo su secuestro! —

manifestó el Araña.

Renny disimuló su sorpresa con un resoplido.

—¡Diantre, pues no pide usted poco que digamos! —dijo.

—¿Qué esperas hacer por diez mil dólares?

—Sí…claro —admitió Renny—. Pero ¿cómo les secuestraremos?

—¿Para qué vas a recibir diez mil dólares? —repitió el Araña—. Elabora tú un plan. Hallarás a Danielsen y su hija en su casa, provistos de armas y de máscaras contra los gases asfixiantes. Además, el jardín está iluminado a giorno; una vez que les tengas en tu poder…

—Que será cosa fácil por lo que veo… —interrumpió Monk con acento de sarcasmo.

—Me los entregarás —concluyó el Araña Gris, imperturbable.

Y a continuación le dio una dirección de la Avenida Clairborne en Nueva Orleans.

—Allí me encontraréis. Estaré en casa todo lo que resta de noche, o por lo menos desde el momento de mi llegada a la ciudad. Saldré de ésta inmediatamente después que vosotros… si es que aceptáis mi proposición.

Monk y Renny cambiaron una mirada. Veían la ocasión de atrapar al Araña Gris cuando no estuviera resguardado por la hilera de ametralladoras.

Hablarían a Doc, le dirían dónde les aguardaba el Araña y se apoderarían de él fuese como fuese.

Así razonaban sin saber, naturalmente, el espantoso accidente acaecido junto al río ni que Ham y Long Tom habían visto abrirse las fauces de un cocodrilo que llevaba entre los dientes un brazo de Doc.

Tampoco soñaban siquiera que Johnny y Long Tom estuvieran presos en aquel mismo poblado y que les separara de ellos un cuarto de legua escaso.

—Aceptamos —dijo Renny.

—Probaremos… querrás decir —objetó Monk, representando su papel.

Un grupo de hombres-mono armados hasta los dientes les escoltó hasta el brazo del río en cuya margen vieron atracada una lancha motora.

Ésta les condujo velozmente junto a la asfaltada carretera. Allí les aguardaba un soberbio autocar El punto donde alcanzaron el coche estaba bastante más allá del lugar donde se había verificado la explosión. Por ello no se enteraron de lo sucedido e ignoraron que Doc no se encontraba en la ciudad.

Hacía rato que habían dado las doce cuando llegaron a Nueva Orleans. El motor del autocar despedía oleadas de vaho calmoso; el radiador hervía.

Renny, al volante, había cerrado el escape y así estaba. El coche había vuelto más de un recodo a 60 por hora.

—Antes de volver a viajar contigo en coche —dijo con acento de queja Monk— me aseguraré la vida. Jamás he visto una manera de guiar tan disparatada.

—Pero, estamos aquí, ¿no?

—¡Sí, a pesar de tus locuras! —Monk hizo un ademán con el pulgar—. Ahí está el *boulevard* que conduce a la morada de los Danielsen. ¡Tómale! Probablemente hallaremos en ella a Doc.

—O. K. —Renny maniobró de tal suerte, que estuvo en un tris que no despidiera a Monk fuera del coche.

—¡Cuándo se acabe esta carrera delirante —amenazó Monk— te retorceré el pescuezo!

Pocos minutos después se detenían ante la mansión de Eric el Gordo.

La planta baja y el jardín resplandecían de luz, como les había manifestado el Araña Gris. Las macizas puertas de hierro de la entrada tenían echada la llave.

Monk saltó atrevidamente a la acera, se aproximó a la verja y le dio una vigorosa sacudida.

¡Pin! Una bala dejó la huella de su paso en el complicado trabajo artístico de la puerta, a pocos centímetros de la cabeza de Monk. Había sido disparada desde la casa.

Monk no pestañeó. Esto era una prueba de que su gran terror de poco antes había sido simulado, de que era un pretexto para discutir un rato, sin enfadarse, en realidad.

Jamás estaba satisfecho si no echaba puntadas sobre algo, fuese lo que fuera, o en último casi, si no se las echaba a él.

Por regla general era el avispado Ham quien le insultaba o le

prometía ensartarlo en su estoque. Pero Ham y Monk habían corrido juntos esta aventura.

—¡Eh! —La voz de Monk indicaba su enojo—. ¿Es éste el modo de recibir a un caballero, Doc?

Desde la casa rodó en alas del viento el vozarrón de Eric.

—¿Quién eres tú? —preguntaba—. ¡Acércate un poquito más y verás cómo se te llena la cabeza de humo!

Monk se quedó estupefacto. Aquélla no era la voz de Doc, sino por las trazas la de Eric Danielsen a quien aún no le habían presentado.

—¿Dónde está Doc Savage? —preguntó ansioso.

—¿Te importa mucho? —replicó Eric el Gordo.

Monk descubrió entonces su identidad, pero a Eric no se le convencía fácilmente y se negó a creer en sus palabras aun estando apoyado por Renny, el del melancólico semblante.

—Vamos: ¡díganos dónde está Doc! —dijo al cabo Monk, impacientándose—. No podemos permanecer aquí toda la noche. Tenemos que verle.

—Pues Doc partió con Ham y Long Tom. Pretendían coger al Araña en la marisma —explicó a regañadientes el amigo Eric.

—¿Qué? —Sin aguardar una respuesta, Monk pegó un brinco y se encaramó a la verja con la agilidad de un verdadero simio.

Una vez que hubo saltado al otro lado, la abrió y Renny penetró en el jardín con el autocar.

Gruñendo de cólera se echó Eric el Gordo una de las ametralladoras a la cara, pero no llegó a disparar. Al aproximársele Monk y Renny concluyó que, en efecto, eran amigos de Doc.

La hermosa Edna acabó de disipar sus celos con sus palabras:

—Estos hombres son Monk y Renny —declaró con firmeza—. Ambos responden a la descripción que de ellos hizo mister Savage, ¿la recuerdas, papá?

De momento su soberbia belleza hizo enmudecer a los dos, pero sobre todo a Monk, porque a pesar de su ordinariez superficial, era un experto *connoisseur* de la pulcra fémina donde quiera que la veía.

La secretaria que llevaba su correspondencia en el laboratorio instalado cerca de Wall Street, en Nueva York, pasaba por ser la mujer más bonita de la ciudad, pero aún así, no servía para

descalzar a Edna.

—¿Cómo dice que Doc ha ido a sorprender al Araña —observó Renny, dirigiéndose al dueño de la casa— si acabamos de abandonar la marisma ahora mismo, como quien dice?

—¿A qué hora era eso? —inquirió Eric el Gordo.

—Poco antes de la medianoche…

El rostro rollizo de Eric se contrajo ostensiblemente.

—¡Hum! No me gusta eso —murmuró—. Doc pensaba apoderarse del Araña a las diez en punto, conque, ¡su plan ha debido fracasar!

Una expresión de disgusto apareció en el semblante de los dos amigos. Se miraron y Renny preguntó a Monk:

—¿Qué te parece?

—No sé qué pensar —gruñó Monk—. Nuestro deber es, sin embargo, ver de hacer caer en la trampa al Araña Gris.

—¿Llamaremos a la policía? —propuso Eric.

—¡No! —repuso Monk—. Perderíamos un tiempo precioso en dar explicaciones.

—Y además correríamos el riesgo de que te tomaran por un mono escapado del zoo —concluyó Renny, que jamás desperdiciaba la ocasión para zaherir a su amigo.

Monk se sonrió complacido. Cualquier alusión hecha a su físico le producía una agradable emoción, por singular que esto pueda parecer.

Era un individuo extraordinario y por ello estaba orgulloso de su fealdad que, según Renny, era capaz de parar un reloj.

—¡Renny y yo nos cuidaremos del Araña! —declaró.

—Renny, usted y yo —replicó Eric corrigiendo la frase—. Porque yo tomo parte en la aventura, ¿se enteran ustedes? De camino pasaremos por la Delegación y allí dejaremos a Edna.

—¡No me dejaréis, porque seré yo el que vaya al volante! —exclamó mister Danielsen.

—¡Bendito sea Dios, qué alegría me proporcional, señorita! —sonrió Monk—. No sabe lo que temía que volviera a conducir este demonio. —E hizo a Renny una mueca burlona.

Eric el Gordo desapareció en el interior de la casa, permaneció en él unos momentos y volvió, llenándose los bolsillos de granadas

de mano con la misma sencillez que si se tratara de manzanas.

De un salto se encaramó al autocar y después éste dio una vuelta, realizada con admirable precisión, por la mano competente de Edna Danielsen.

Eric declaró agitando un brazo musculoso, como la pata de una mula:

—¡Me muero de ganas de entrar en acción!

Su deseo iba a verse realizado antes de lo que él mismo sospechaba.

El auto torció la esquina. Instantáneamente se le aproximaron dos coches procedentes de direcciones opuestas.

Eran grandes vehículos, pero viejos y estropeados, que venían materialmente atestados de hombres-mono: casi una docena en cada coche.

Los dos se precipitaron sobre el autocar ocupado por Eric, Monk, Edna y Renny, cogiéndole en medio; como si hubieran sido despedidos por el choque los malditos habitantes de la marisma se le echaron encima.

Con un grito semejante al mugido de un toro, Renny se alzó del asiento y realizó la increíble hazaña de coger a un hombre por la cintura con cada mano. Sólo a la fuerza de sus puños debía poder hacer esto.

Después les lanzó sobre el compacto grupo enemigo.

Monk estrechaba en sus brazos a un manojo de hombres-mono y con ellos cayó del coche a la calle, procurando que quedaran encima sus ochenta kilos de grasa. Un aullido de agonía lanzado como por un solo hombre entreabrió los labios de sus contrarios.

Una de las ametralladoras inventadas por Doc tronaba en manos de Eric el Gordo. Sus tiros hacían desaparecer a todo aquél que se le ponía por delante.

Un segundo después mató a un hombre.

Entonces alguien blandió un cric o gato de automóvil. Eric cayó desplomado. Ya en el suelo, agitó las piernas débilmente tratando de incorporarse.

Un puño férreo, diminuto, le golpeó la sien hasta que cesaron sus chillidos.

Monk emitía una serie incalculable de mugidos, gruñidos y

siseos… como siempre que peleaba. Los hombres-mono caían sobre él como una nube par huir de sus puños como ante las aspas de un molino en movimiento.

De súbito asió a un individuo de piel amarillo-terrosa y, sin esfuerzo aparente, le arrojó a veinte pasos de distancia.

Su cuerpo chocó por el camino y derribó a un compañero que iba a apuñalar a Renny por la espalda.

Tres asaltantes intentaban sujetar, entre tanto, a Edna Danielsen y ésta se defendía valerosamente a patadas y mordiscos. Renny dio un traspiés.

Acababa de tropezar con el cuerpo inerte de un hombre-mono al que había recibido a puñetazos. Una docena de enemigos se le echó encima.

El hombre del «gato» se aproximó corriendo y le asestó un golpe en la cabeza. Renny cayó para incorporarse casi inmediatamente soñoliento, al parecer.

Monk corrió a su lado. Sus brazos musculosos describieron un molinete que apartó a sus asaltantes y los dos gigantes lucharon después juntos.

Sonaron uno o dos tiros sin dar afortunadamente en el blanco.

Además, en la oscuridad es casi inevitable confundir a un amigo con un enemigo.

A distancia sonó el silbato de la policía. Los tiros habían sido oídos y alguien daba la voz de alarma.

—Bueno. ¡Hemos vencido! —exclamó resoplando Monk. Y se apoderó del gato con un tirón tal, que por poco arranca de cuajo el brazo de aquel hombre que lo sostenía.

Pero entonces la hermosa Edna Danielsen exhaló un grito penetrante.

Monk y Renny se volvieron a mirarla.

Un hombre-mono de semblante diabólico le apuntaba a la cabeza con un revólver.

—¡Rendíos, condenaos! —ordenó a los dos amigos—. ¿Queréis que mate a la muchacha?

El hombre sabía lo que se hacía. Los dos gigantes vacilaron y su vacilación les fue fatal. Pronto fueron derribados y sujetos. Gruesas cuerdas les ligaron las muñecas y los tobillos.

Un gran camión se aproximó al lugar de la pelea. Monk recordó que Doc había mencionado el hecho de que el Araña Gris utilizaba tales medios de transporte para poner a sus hombres en Nueva Orleans.

Por lo menos, un camión igual había estado aguardando a la puerta del Antílope, con Lefty al volante, cuando los hombres-mono habían depositado la bomba en la habitación que suponían ocupada por los hombres de Doc.

Un camión no podía llamar la atención de los transeúntes a tales horas de la noche, pues muchas tahonas en la ciudad comenzaban a repartir el pan de madrugada.

Así, todos, asaltados y asaltantes, penetraron en él y el vehículo arrancó acuciado por la llamada de la policía, cada vez más cercana.

El que llevaba la voz cantante entre los hombres-mono se encaró con Monk.

—¡Veo que no eres tan listo como creía! —le dijo en su media lengua.

—¿De veras? —repuso sarcásticamente Monk, a quien le dolía su derrota.

—El Araña te sometió a una prueba —siguió diciendo el hombre— al ordenarte que secuestraras a Eric el Gordo. Deseaba saber si era amigo tuyo. Tú se lo has demostrado… bueno. ¡Esto prueba que trabajas para el hombre de bronce!

Monk pestañeó varias veces. Después, pausadamente, se levantó lo que le había quedado de los faldones de la levita y ordenó al hombre:

—¡Pégame un puntapié! ¡Duro!

Comprendía entonces el engaño de que habían sido víctimas él y Renny.

Mas ¿cómo las órdenes del Araña se habían recibido en Nueva Orleans con tan asombrosa rapidez?

Que él supiera no había nadie en el mundo que pudiera competir con Renny en velocidad.

—¿El Araña os ofreció, por radio, una recompensa, quizás, si os hacíais caer en la trampa? —inquirió súbitamente inspirado.

—*OUI*, lo adivinaste —dijo el hombre-mono.

—Monk miró a Renny. Decaían sus ánimos. No cabía duda de que sus asaltantes formaban parte de la fuerza permanente que mantenía el Araña en la ciudad para el cumplimiento de sus órdenes.

¿Cómo no había pensado antes en un hecho tan sencillo? De este modo, nada era tan fácil para el jefe de los vuduistas como preparar la celada en que iban a caer.

—¡Nos estamos convirtiendo en un par de idiotas! —gruñó.

Mas, lo peor no era esto. Era haber sido causa de que cayeran Edna y Eric el Gordo en mano de su enemigo.

Y momentos después debía ensombrecerse considerablemente la ya tenebrosa perspectiva.

Pues con un gozo insultante, el hombre-mono que capitaneaba la banda les contó la captura de Long Tom, Ham y Johnny.

Con todo detalle narró cómo habían presenciado sus compañeros, en la marisma, que un saurio gigantesco devoraba el cuerpo atlético de Doc Savage. Evidentemente, había recibido la noticia por radio.

El anuncio de la muerte de Doc produjo un efecto espantoso en la hermosa Edna. Hasta entonces se había portado espléndidamente dada la situación, demostrando escasa nerviosidad.

Mas el relato del hombre-mono la hizo exhalar un solo grito ahogado, y se desmayó.

Todavía no había recobrado el conocimiento cuando la levantaron del suelo del camión en las afueras de la ciudad. Eric el Gordo tuvo que salir tras ella a la fuerza.

Al reanudar su marcha el vehículo que los transportaba, Monk vislumbró un aeroplano parado en un campo próximo al lugar en que habían dejado a los Danielsen. Era evidente que iban a llevarles por fía férrea a algún punto distante.

—¡Al Castillo del Mocasín! —se dijo Monk.

Y se sumió en honda meditación. ¡El Castillo del Mocasín! ¿Dónde estaría enclavado aquel misterioso *rendez-vous* del cual nada se sabía? ¿Cómo sería?

El camión desarrollaba una fuerza prodigiosa. Poseía por lo visto potente motor y se dirigió a la marisma a ochenta por hora si no erraba Monk en sus cálculos.

La misma velocidad de su marcha movía a avanzar, pausadamente, el tiempo.

XIV
La gran sorpresa



No alboreaba aún cuando Renny y Monk arrastrados a presencia de Long Tom, Ham y Johnny, quienes yacían atados de pies y manos en el fondo del cobertizo perdido en la inmensidad de la marisma.

Long Tom exhaló un gemido al verles.

—¡Buenas noches, muchachos! ¡Vosotros erais mi última esperanza! —comentó.

La mirada de Monk tropezó con Ham. Una expresión maliciosa apenas perceptible se reflejó en sus pupilas.

Muy apesadumbrado estaba por la pérdida de Doc, de lo contrario, hubiera prorrumpido en sonoras carcajadas.

Cualquier forma de desgracia que afligiera a Ham tenía la virtud de conmover alegremente a Monk… aunque arriesgara inmediatamente su vida por salvarle si era necesario.

Los dos hombres eran decididos adversarios desde la última guerra, a pesar del bondadoso natural de ambos.

Durante la guerra fue precisamente Monk quien formuló contra Ham la acusación de que se dedicaba a robar jamones (hams) dando así origen al apodo con que se le distinguía.

Y el caso es que no obstante su reconocido talento de abogado, Ham no había podido probar jamás lo contrario, hecho que todavía enconaba la herida abierta en su espíritu.

A su aguda lengua oponía Monk algún dicharacho de los suyos. Un sistema infalible de reducirle al silencio era hacer alusión al hurto de Ham, para lo cual bastaba con mencionar la carne, patas o

incluso el chillido mismo de un cerdo. Su sola mención sacaba a Ham de quicio.

Mas, en aquella ocasión, ni uno ni otro tenían ganas de reír o de pelearse.

No era el peligro que corrían el que así frenaba sus lenguas, sino el dolor que abrumaba sus almas ante la pérdida de Doc Savage, su amigo y bienhechor.

El siniestro redoble del «tam-tam» ejercía aún su influencia sobre la extensa marisma. Su cadencia era en aquellos momentos más viva, sin embargo, y les atacaba los nervios.

Parecía afectar incluso al acompasado palpitar de sus corazones, chocaba, en invisibles oleadas, contra sus cerebros.

—¡Ese ruido infernal acabará por enloquecernos! —murmuró Johnny.

—Sin contar con el reptil gigante que se arrastra, hace rato, frente a la puerta —gimió Long Tom—. Los centinelas le han echado, una o dos veces, pero ahora como ven que nos conmueve su presencia, le dejan en paz. Nos recuerda…la…el…

Un escalofrío cortó la palabra a Johnny y no pudo concluir la frase. La idea del desgraciado fin de Doc le emocionaba en grado sumo.

Una vez más permanecieron silenciosos, escuchando los ruidos de la ceremonia que se celebraba en el anfiteatro de la colina. De vez en cuando sonaba todavía alaridos semejantes al maullido del gato, más penetrantes, más fanáticos, cada vez.

—¡Se trabaja en el lugar del sacrificio! —dijo Johnny con sordo acento—. He estudiado sus ceremonias infernales, por ello lo sé.

—¡Emplea tu inteligencia en materia más útil! —gimoteó Monk —. Por ejemplo: en hallar la manera de sacarnos de aquí.

Long Tom, súbitamente, manifestó su horror con una exclamación entrecortada tras de la cual cerró los ojos.

Los otros volvieron a mirar qué era lo que así le afectaba.

El caimán gigante había vuelto y avanzaba lentamente a la luz de la luna que penetraba en haz de rayos por la puerta del cobertizo. Parecía escapado de las profundidades del averno.

Los centinelas celebraron con risotadas su entrada en el cobertizo. Parecía divertirles el horror que causaba a los prisioneros

y chillaron para animarle:

—¡Anda con ellos! —así como otras chanzas de mal gusto.

Uno partió. Se oyó el cacareo de un ave y el hombre volvió con un pollo en la mano. Utilizándolo como cebo, guió al saurio hasta el lugar que ocupaban los amigos. El reptil le siguió como un perro. Jugando, el centinela trató de convencerle de que mordiera una pierna de Monk, pero no tuvo éxito.

Disgustado, le pegó un puntapié en un costado.

El enorme saurio se quedó en un estado de inmovilidad perfecta, como si hubiera oído algo.

¿Oído? ¡Pues ya lo creo!

El sonido que mejor podían acoger los cinco hombres sentados en el suelo sucio de la cabaña y sentenciados a muerte.

¡El canto de guerra de Doc!

Más que nunca se notaba su ventrilocuismo en la maravillosa nota exhalada, suave, tierna, pastosa, que vibraba procedente, al parecer, de los cuatro puntos del cobertizo.

Ella se filtró a través del acompasado golpear de los tambores y débil, diminuta como era, reducía el ritmo salvaje a algo poco importante que ya no constituía un peligro.

El valor afluyó de nuevo a los corazones de los cinco hombres. Una alegría extraordinaria inundó sus cuerpos como baño caliente, exquisito.

¡Doc estaba vivo!

No sabían dónde, mas era indudable que estaba allí, junto a ellos.

Furtivamente, trataron de localizarle… sin resultado. Su canto vibrante parecía emanar de las mismas moléculas del aire.

Por su parte, los centinelas estaban perplejos y no poco asustados.

—¡Sacre! ¿Qué significa esto?

El centinela que le había pegado al saurio retrocedió un paso. El reptil pegó entonces un salto inesperado, el centinela cayó de espaldas y el arma se le escapó de las manos.

El reptil hizo, en aquel preciso instante, lo que no haría jamás un individuo de su especie: se levantó sobre las patas traseras. Su repulsivo estómago quedó al descubierto. Estaba cerrado… ¿a qué

no adivináis con qué?

¡Con un cierre de cremallera! Se abrió de pronto con un, ¡ras!, Apenas perceptible y surgió el musculoso cuerpo bronceado de Doc Savage.

De momento, los supersticiosos centinelas debieron creer que el monstruoso reptil se había convertido en el bronceado gigante a quien suponían devorado por uno de sus congéneres, y el asombro les dejó paralizados.

Doc les echó encima su traje de máscara, la piel hábilmente montada de un caimán. Su peso era considerable. Derribó a un centinela.

Otro emitió un aullido de alarma. Su ametralladora comenzó a funcionar. El retroceso del arma sacudió la correa a que iba unida, amenazando destrozarla.

Los cartuchos vacíos se derramaron, uno tras otro, en el suelo del cobertizo.

En su precipitación, el hombre se olvidó del arte de mantener la ametralladora en debida forma, y se la arrancaron.

Una serie de balas fue a clavarse en las planchas de madera que constituían las paredes del cobertizo.

El hombre vio avanzar al gigante y buscó una retirada. Un golpe terrible le derribó.

La pálida luz de la luna se reflejó, entonces, en la hoja de un cuchillo y éste brilló sobre sus cuerpos inmóviles de los prisioneros. Con la precisión de una máquina segó sus ligaduras y cayeron al suelo.

—¡Bravo! —mugió Monk. Y, resoplando, se levantó del suelo.

Un hombre-mono se encaramaba por la pared exterior del cobertizo aneja a una cabaña. Su escuálida figura se divisaba a través de las ranuras dejadas entre plancha y plancha de madera.

Monk avanzó dos pasos. Sus ochenta kilos de peso se elevaron y, con los pies, golpeó la pared. Las planchas cedieron, se rasgaron, se vinieron abajo, y Monk atravesó la pared con la velocidad de una bala.

El hombre-mono halló la muerte en el hundimiento del tabique.

Ahora bien; los habitantes de la marisma poseían un valor animal.

Allí donde seres más inteligentes habrían huido, ellos se quedaban y luchaban… motivo por el cual hallaron rápidamente su Waterloo.

El vigoroso puño de Renny tocó a uno en mitad del cuerpo. Su entereza le abandonó al instante, y cayó hecho un guiñapo sobre el puño que le había aporreado.

Doc actuaba como siempre, con la velocidad del rayo. El solo valía tanto como sus cinco camaradas.

Ham había hallado su estoque. Lo llevaba uno de los centinelas. Después de recuperarlo lo sacó de la vaina y su mano blandía la flexible hoja como si fuera un tenedor gigante.

—¡Bravo! —chillaba Monk—. ¡Ya voy entrando en calor!

—Pues aguarda, que vas a tener demasiado —replicó Ham—. Tenemos que luchar todavía con unos cientos de hombres.

Le sobraba razón. La colina, el poblado, se había animado por momentos.

Las hogueras que ardían en el fondo del anfiteatro proyectaban verdosos fulgores sobre la selva circundante.

En conjunto, hubieran podido compararse a las faces tumefactas de un dragón legendario.

Pues bien; sobre el fondo luminoso color de esmeralda, se destacaban las feísimas siluetas. Eran formas bárbaras, salvajes… si se exceptúan las ametralladoras que llevaban muchas de ellas. Habían oído el derrumbamiento de la pared del cobertizo y dedujeron que se escapaban los prisioneros. Como aguas de un río desbordado se derramaron colina abajo.

—¡Venid! —Doc emitió la palabra en voz baja, con acento sereno, pero produjo el efecto de un explosivo en el oído de sus camaradas.

Se hundió en las tinieblas, y sus compañeros le siguieron.

Sospechaban que Doc debía tener algún plan, por más que no se les alcanzaba cuál sería. ¡Eran tan pocos! De penetrar en la marisma, sólo él tenía una probabilidad de escapar.

Pues conocedores como eran, sus habitantes, de las partes intrincadas o peligrosas de la vasta región pantanosa, alcanzarían a todo aquél que fuera menos hábil, físicamente.

Doc jamás abandonaría a sus hombres. De aquí que ellos

comprendieran que debía tener algún plan con que eludir el peligro mencionado.

Las ametralladoras barrían la vegetación entre sibilante granizada de plomo.

Cada descarga se llevaba consigo las ramas y hojas de los árboles. Su sonido rodaba como el trueno por la atmósfera, despertando ecos dormidos en la parte baja de la colina.

Entre tanto sonido discordante, podían hablar Doc y sus hombres, sin temor a que oyeran sus palabras.

—¿Qué sucedió, Doc? —inquirió Ham—. Me refiero al instante en que el coche que conducías cayó en las aguas del *bayou*… Yo hubiera jurado que habías servido de cena a un caimán.

—Lo que presenciasteis —explicó Doc— fue meramente una artimaña de que me valí para hacer creer a nuestros enemigos que acababa de parecer ante sus propios ojos. Para ello introduje un brazo en la mandíbula de un saurio disecado, saqué la cabeza del agua y la agité violentamente. Esto produjo, claro está la impresión de que me tenía asido uno de los caimanes que pululan por el río.

—Pero yo quisiera saber de dónde sacaste la piel del animalucho ése —dijo interrumpiéndole, Long Tom.

—Vamos a ver: ¿qué disfraz hubieras tú escogido de antemano para pasar inadvertido en una marisma? —inquirió Doc, antes de responder a la pregunta.

—Ahora que lo sé —dijo Long Tom—, ¡procuraría hacerme pasar por un cocodrilo!

—Precisamente —dijo Doc—; pues eso es lo que yo pretendía. Bajo el asiento supletorio del Roadster llevaba uno disecado, por si se daba la ocasión de adoptar un disfraz, y una vez que la mitad trasera del coche cayó al agua, me zambullí y lo saqué de ella. A pesar de su gran tamaño ocupaba, relativamente, poco espacio, y, como estaba bastante bien hecho, engañó a los hombres-mono. A la luz del día quizá se hubieran dado cuenta de que no era de carne y hueso.

—Es posible —replicó Long Tom—. Mas, como era de noche… nos engañó a todos.

La voz expresiva y sonora de Doc expresó sentimiento, al responder:

—Lamento haber tenido que haceros víctima de un engaño, pero ¡no me quedaba otro remedio! Tampoco pude evitar que cayerais en manos del Araña Gris. Ya comprendéis que no era posible haceros desaparecer bajo el agua si no era ahogándoos.

Así hablando, Doc y sus cinco hombres rodeaban la colina.

—¿Adónde vamos? —interrogó Monk.

—Moja uno de tus dedos y sostenlo en alto —le ordenó Doc.

Monk lo hizo así.

—¡Ah! ¿Quieres decir que en este momento damos la espalda al viento?

—Precisamente. Ya habréis reparado que llevé a cabo una pequeña exploración en el transcurso de la noche. Os aseguro, pues, hermanos, que no queda metro cuadrado en esta colina que no haya recorrido Doc Savage, alias el Saurio. Y, entre otras cosas, hice un descubrimiento que, o mucho me engaño, o será nuestra salvación.

Ham se detuvo a pensar.

—Oye: por aquí andaba un saurio auténtico —dijo—. El que yo vi jugar con ese muchacho imbécil.

—En efecto —convino Doc—. Tengo a los dos atados en la selva. Sin saberlo nos han hecho un gran favor, pues de no estar los hombres de la marisma habituados a ver al caimán domesticado no hubiera podido acercarme a vosotros con tan poco trabajo.

Súbitos aullidos demostraron a los seis amigos que los habitantes del poblado habían hallado y seguían su rastro.

Antorchas resinosas llameaban por doquier, proyectando sombras caprichosas que se reflejaban en el suelo o en los árboles. A ellos se mezclaban vivos haces de luz blanca, procedentes de modernos reflectores.

Las ametralladoras hacían fuego sin cesar. Pero no tocaron ni una vez a Doc ni a sus hombres. Únicamente hacían llover sobre sus cabezas profusión de ramitas, hojas y corteza de los árboles.

—¡Cómo me recuerda nuestra situación los apuros que pasé una vez en Francia! —La voz suave con que Monk había hecho esta observación contrastaba más que nunca con su aspecto. Parecía imposible, realmente, que los bramidos, los mugidos o las fanfarronadas que salían de sus labios provinieran de la misma fuente que la soñolienta, dulcísima voz, conque expresaba en

aquellos instantes su pensamiento.

—Bueno. Ya tenemos el viento a nuestra espalda —anunció Renny—. Y ahora ¿qué?

—Ahora ¡mira! —repuso Doc, señalándole un punto.

Ante ellos se alzaba nebuloso, vago, como un fantasma, el tronco de un árbol herido por el rayo, sabe Dios cuántos años antes.

Se le había caído la corteza y abierto grietas en la pálida madera salpicada, de trecho en trecho, de hongos verdosos.

Doc le arrancó, de un tirón, un pedazo y apareció una cavidad ante las sorprendidas miradas de sus amigos. El tronco estaba hueco.

El escondrijo contenía un número indeterminado de cajas cerradas a excepción de una sola.

—Dos de estas cajas encierran granadas de mano corrientes; las demás, granadas llenas de un gas venenoso semejante al que el Araña Gris ha empleada ya en nosotros. Lancémoslas sobre nuestros enemigos y el viento se encargará de llevar hasta ellos sus gases.

—¡Aquí veo también máscaras contra los gases! —exclamó entusiasmado Monk.

Se sacaron inmediatamente de sus cajas y se les pusieron Monk, Renny, Long Tom, Ham y Johnny. Doc se quedó con ella en la mano.

—Emplead el gas como último recurso —dispuso—. Después de todo, si los habitantes del poblado son malos se lo deben a un hombre: el Araña Gris. Y si conseguimos atrapar con éste a lo que él llama el círculo de sus íntimos, los jefes de la secta del Mocasín, no será necesario hacer una matanza general. Los habitantes de la marisma se reformarán en cuanto estén libres de la influencia siniestra de su jefe.

Así diciendo, Doc avanzó unos pasos. En la mano llevaba una granada corriente. Le sacó la aguja de persecución y tiró el huevo de metal en la marisma.

Estalló en la mitad de ella con estampido ensordecedor.

La explosión originó un silencio momentáneo en la parte baja de la colina.

Era evidente que sus pobladores estaban inquietos, desasosegados.

La voz de Doc vibró en la atmósfera súbitamente aquietada. Entonces más que nunca se sorprendía en ella aquella cualidad sorprendente de claridad sonora y penetrante que parecía inherente al carácter complejo de Doc, pues sin que la elevara gran cosa, se filtraba en los oídos de cuantos le escuchaban, de cerca y a distancia, en todos los puntos de la colina.

—Nos hemos apoderado de vuestros explosivos y máscaras contra los gases asfixiantes —manifestó a los adoradores del Mocasín—. ¡Atacad y moriréis! El viento transportará el gas hasta vosotros.

Ante tan amenazadora declaración se intensificó todavía más el silencio reinante. Un desasosiego angustioso pareció descender sobre la colina como una mortaja.

De pronto circuló una orden por las filas enemigas.

—¡*All right*! Retiraros a la marisma… Si tratan de alejarse esos hombres de la colina, volverán a caer en nuestras manos.

Era el Araña quien usaba aquel tono imperativo.

Los hombres de Doc cambiaron una mirada de sorpresa.

—¡Alabado sea Dios! —murmuró Monk—. ¿Habéis oído?

Para dar aquella orden a sus hombres el Araña se había visto precisado a levantar la voz y se había olvidado o no había podido disfrazarla.

—El timbre de esa voz no me es desconocido —dijo Renny—. Yo la he oído antes de ahora.

—Yo también —repuso Monk, con su más dulce acento—. Pero, no sé cuándo ni cómo.

—Doc nos lo dirá —observó Renny.

¡Doc había desaparecido!

Renny pegó un respingo al comprobarlo. ¿Cómo había podido ser aquello, si no se había oído ruido alguno ni siquiera se había agitado el follaje iluminado por el astro nocturno?

Y, sin embargo, el cuerpo bronceado de su amigo ya no estaba entre ellos.

Había desaparecido como un fuego fatuo.

—¡Se ha ido, él solo, en pos del Araña! —exclamó Ham.

Lo había adivinado. En el preciso momento en que manifestaba su opinión Doc se encontraba a unos cuarenta metros de distancia.

El color metálico de su piel, el oscuro color de sus vestidos, le hacían casi invisible, aun cuando cruzara trozos iluminados de bosque.

Al pie de la colina se levantaba como un muro la maraña intrincada de la vegetación propia del clima.

El hombre de bronce dio un salto hacia arriba. Sus dedos ágiles tropezaron con una rama y ésta se encorvó, bajo su peso, pero no se rompió.

Un hombre-mono que andaba por allí cerca vio moverse el ramaje del árbol y vislumbró una forma oscura parecida a un enorme murciélago metálico, mas no oyó ruido alguno.

Pestañeó: quizá tenía ante los ojos una mariposa nocturna… Cuando tornó a abrir los ojos, había desaparecido la extraña visión.

Entonces corrió a refugiarse en su cabaña, murmurando de los malos espíritus y de las maldiciones de los hombres. No podía comprender qué era lo que había visto.

Ni tampoco hubiera dado crédito a sus ojos, de haber podido observar la velocidad fantástica con que el hombre de bronce atravesaba los caminos aéreos formados por las entrelazadas lianas y las ramas de los árboles.

Ni ardilla ni antropoide alguno, morador de la marisma, hubiera demostrado mayor habilidad o destreza. A veces se partían bajo su peso las trepadoras que tapizaban las copas de los árboles, mas jamás sin que antes hallaran sus dedos un nuevo asidero. Ni parecían alterar su serenidad las imprevistas caídas.

Entre tanto el asustado hombre-mono se había detenido a cobrar aliento, en lo más profundo del bosque.

De la oscuridad, a su lado mismo, salió súbitamente una voz.

—¡*Sacré*! ¿Dónde está el Araña Gris? —decía—. Tengo que confiarle un mensaje importante y no consigo dar con él.

El hombre-mono creyó que le hablaba uno de sus compañeros.

—Ignoro dónde se halla —repuso—. Se ha ido… sin decir a dónde.

Sucedió a sus palabras un silencio sepulcral. El hombre-mono sintió repentina curiosidad. Requisó el bosque a su alrededor. No halló ni rastro del hombre que acababa de conversar con él.

Otros hombres-mono tuvieron idénticos encuentros. Ninguno de

ellos descubrió quien les hablaba en su jerga endiablada. Ninguno de ellos sospechó tampoco que pudiera ser el hombre de bronce.

Pues Doc Savage iba en busca del Araña; le buscaba poniendo en juego sus energías físicas, su inteligencia prodigiosa, sin lograr encontrarle.

XV
Muerte que zumba



Al amanecer.

Pequeñas lluvias periódicas barrían la colina de la gran marisma en que estaba enclavado el poblado. Mas, no procedían de las nubes.

Era de plomo: originadas por las ametralladoras de los hombres-mono, cuyas fuerzas formaban un cordón en torno a la eminencia que habitaban.

Los árboles les prestaban cobijo; su follaje les ocultaba a las miradas del enemigo. Un ejército de cuarenta mil hombres hubiera tenido trabajo para desalojarles de sus posiciones. Y cuando el peligro amenazaba a un grupo determinado huía y se diseminaba por la caliginosa, fétida, marisma.

Doc y sus hombres estaban situados en la cima de la colina. Habían arrancado de las paredes de las chozas varias planchas de madera y las utilizaban para abrir en la tierra hoyos en los que instalaban las ametralladoras cogidas a sus centinelas.

Empleando las mismas tablas habían abierto sólidas, resistentes, excavaciones; precaución que dio excelentes resultados.

—¡Escuchad! ¡Viene un aeroplano! —exclamó súbitamente Monk.

El aparato apareció casi instantáneamente sobre sus cabezas, pasó rozando la cumbre de la colina y sobre ella cayeron granadas de mano y bombas a granel, que, al estallar, levantaron grandes surtidores de fango y de vegetación. Pero, gracias a las

excavaciones, ni Doc ni sus amigos sufrieron detrimento.

—¡Abajo con él! —ordenó Doc—. Si no volverá a atacarnos.

Las ametralladoras funcionaron a un tiempo. En las alas del aeroplano aparecieron grandes agujeros.

¡Huyó! Se perdió de vista, volando muy bajo. No parecía estar deteriorado seriamente, mas al poco rato cesó de funcionar el motor. Hubo un instante de silencio; después sonó un silbido espantoso.

Era el viento que pasaba por entre los tensores… un estallido resonante le dio fin.

—¡Hizo explosión el motor! —dijo Monk con un guiño malicioso —. Y a juzgar por la explosión no creo que el que llevaba el volante haya salido con vida.

—Sí; hemos tocado con nuestros disparos el depósito de gasolina —explicó Doc. Sólo sus penetrantes pupilas habían podido distinguir que goteaba la esencia por el agujero abierto en el tanque.

—¡Vaya una guerra! —cloqueó Monk.

—Así me estaría un año peleando.

—¿Y sin comer? —dijo Ham con acento de ironía.

—¿Eh?

—¿Acaso no has notado que carecemos de alimentos?

—Sí… sabía que echaba algo de menos —repuso Monk, sonriendo— sin caer en la cuenta de lo que era. ¡Ah, de que buena gana engulliría en este instante las seis lonchas de jamón que me como cada día para almorzar!

Ham frunció el ceño y dirigió una mirada de amenaza al imprudente Monk.

Toda alusión que éste hiciera a la carne de puerco daba instantáneamente en el blanco, tratándose de Ham.

Éste se devanó los sesos para hallar digna respuesta a la salida de su antagonista, pero no pudo hallarla y optó por callar.

Doc Savage se entregaba, entre tanto, a sus ejercicios diarios, de gimnasia que, por regla general duraban dos horas. Era ésta una ceremonia que hacía todos los días sin falta.

Desde la infancia si una sola vez había dejado de emplear ciento veinte minutos en perfeccionar las energías físicas de su ser y la

inteligencia prodigiosa que le caracterizaba.

La rutina consistía en toda clase de ejercicios musculares. Además poseía Doc un aparato emisor de ondas sonoras más o menos perceptibles gracias al cual y tras una práctica constante se le había agudizado el oído de tal modo, que percibía infinidad de rumores imperceptibles para una persona normal.

A continuación identificó por el olfato los vagos olores contenidos en un sin número de pequeños frascos cerciorándose de que no se había equivocado en sus cálculos mediante la lectura de sus rótulos.

Y finalmente se propuso a sí mismo intrincados problemas que resolvía mentalmente con maravillosa prontitud.

Los aparatos que contenían estos ejercicios iban de una caja pequeña de metal que Doc llevaba siempre consigo.

Doc los realizaba a una velocidad fantástica, haciendo varias operaciones a la vez.

Diez minutos de tan ardua tarea hubieran dejado exhausto y sudoroso a cualquier nacido, siempre y cuando se diera la casualidad de que alcanzara el enorme grado de concentración que era indispensable para realizarla a paso de cargo, lo mismo que Doc.

Presenciando esta rutina no cabía dudar de dónde sacaba Doc su invencible fuerza física y mental. Monk, Renny, Ham, Long Tom y Johnny, que estaban muy por encima, física y mentalmente, de la mayoría de los mortales, estaban seguros de que jamás hubieran podido resistir desde la niñez ejercicios tan fatigosos sin agotarse.

Para llevarlos a cabo era preciso ser de hierro.

Una vez cumplido su deber cotidiano se dirigió Doc a las excavaciones donde permanecía agazapado Sill Boontown.

—Con nosotros estará más seguro que si vaga por la colina y se expone a que le peguen un tiro —había explicado a sus compañeros. Y era éste el motivo de que permaneciera entre ellos.

Doc cambió muchas palabras con él y le sometió a un examen, deteniéndose particularmente en la parte de la cabeza donde había sido herido años atrás.

Después se reunió a sus amigos.

—Voy a dejaros un instante —les comunicó. Ellos se

sorprendieron visiblemente. No comprendían cómo iba a escapar de la fortaleza que ellos mismos habían erigido en la cima de la colina.

Doc encendió prestamente una hoguera valiéndose de la leña utilizada para la ceremonia vuduista por los hombres-mono.

Estaba impregnada de sulfuro de modo que, al arder, hizo el aire irrespirable dentro de la excavación.

Sin embargo, ascendió la llama y, en torno a ella, Doc amontonó hierba verde y ramas en cantidad.

Entonces se produjo gran cantidad de humo. Éste se esparció por la pendiente de la colina en que estaba el poblado, y penetró en el bosque.

—Cuando comprendáis que vuelvo, encended otra hoguera como ésta —ordenó Doc a sus hombres.

Y como borrosa mancha dorada corrió por entre el humo, y penetró bajo los árboles. El humo le ocultó, en parte, a sus enemigos.

Uno de ellos le vio. Una ametralladora vomitó fuego. Mas la mancha dorada desapareció. La vegetación lujuriante se tragó a Doc.

A tan atrevida huída sucedió un gran movimiento en el campo enemigo. Multitud de hombres-mono se lanzaron en su busca, se desbordaron por la selva.

Mas, cuando ellos comenzaron la persecución Doc había puesto ya entre él y sus seguidores media legua de distancia y atravesando a saltos increíbles profundos pozos de cieno, corriendo a cuatro pies por encima de lianas gigantes, balanceándose de una a otra rama, recorrió una extensión considerable de bosque.

Su desatinada carrera le llevó finalmente al lugar donde Johnny tenía escondido el potente el potente trimotor de ala baja.

Sus dedos vigorosos separaron el musgo que caía en torno de él como una cortina, y Doc penetró en la cabina.

Menos de cinco minutos empleó en buscar lo que deseaba. Cuando reapareció llevaba un fardo atado a la espalda con una cuerda resistente y así se dispuso a volver junto a sus compañeros. Dando un rodeo marchó contra el viento, hacia la colina, de la que se mantuvo, no obstante, separado unos metros.

Su canto de guerra salió, poco después, de su garganta y, aunque

bajo, se filtró por entre la maleza del bosque y llegó a oídos de los suyos.

—Bueno; ese grito significa que debemos encender la hoguera —gruñó Monk.

Y así se hizo. Las llamas ascendieron muy algo. Musgo y ramas se amontonaron sobre ellas y comenzó a salir humo… un humo denso.

Los hombres-mono sabían que el gigante de bronce había huido mediante esta estratagema; igual y lógicamente pensaron que volvería a la colina a través del humo. Por consiguiente, dispararon todas sus armas sobre él.

Pronto el humo fue de color de plomo, tan espesa era la granizada de balas que caía sobre él. Y las bombas removieron el terreno de tal modo, que parecía que acabaran de mullirlo para sembrarlo.

Esto simplificó la situación, de manera que Doc pudo volver sin contratiempo a la colina. No había atravesado el humo de la hoguera; venía, en dirección opuesta, corriendo como el viento y en silencio.

Una sola pistola vació su cámara en dirección del hombre de bronce, mas, a juzgar por los resultados que obtuvo el que la empuñaba hubiera dado lo mismo que hubiera tomado por blanco las nubes majestuosas que pasaban por encima de su cabeza.

De un salto penetró Doc en una de las excavaciones y allí abrió el fardo que llevaba a cuestas. De él salieron varias latas de conservas y fiambres y un paquete para Long Tom.

—¿Qué es esto? —inquirió el mago de la electricidad.

—Aquí tienes todo lo necesario para construir un aparato microfónico auditivo ultrasensible —explicó Doc Savage—. Colócalo en el centro de nuestra fortaleza. Cuando llegue la noche tratarán los hombres-mono, no cabe duda, de arrastrarse hasta aquí para tirar bombas de mano en nuestras excavaciones y entonces les oiremos venir con nuestro aparato.

Long Tom hizo un gesto de asentimiento y examinó el material de que podía disponer. Se alegró en extremo.

Con él podía construir un auditivo y un amplificador de sonidos que captaría incluso el zumbido de una mosca a la distancia de

media legua. Pocas probabilidades iban a tener sus adversarios desde aquel momento en adelante, de poder sorprenderles.

Doc Savage se ocupó del pobre Sill. Del aeroplano se había traído un estuche completo de cirugía que contenía incuso agujas hipodérmicas para administrar un anestésico local que afectaba únicamente la parte del cuerpo que se trataba de operar.

—Me parece que va a someter al muchacho a una operación quirúrgica —gruñó Monk, dirigiéndose a sus compañeros.

—Apostaría un dólar a que en cuanto haya concluido quedará ese chiquillo en un estado tan normal como el tuyo o el mío —replicó Ham.

—Es lo más probable —dijo Monk.

Ambos conocían de sobra la pericia demostrada por Doc en las artes quirúrgicas, pues era en esta carrera donde más sobresalía.

La cirugía había sido la primera carrera que había aprendido y en la que más intensamente había trabajado.

Su capacidad para las ciencias era prodigiosa; sin embargo, más maravillosos eran sus aciertos en cirugía y medicina.

Por ello la operación que proyectaba despertó el interés de sus amigos, quienes le rodearon mientras la llevaba a cabo.

Ágiles a la par que firmes, sus dedos de bronce levantaron el pericráneo y abrieron en el cráneo una pequeña abertura.

Como Doc había supuesto, un fragmento de éste hacía presión sobre el cerebro, paralizando alguna de sus funciones.

La causa del daño era el golpe recibido por Sill Boontown en la cabeza dos años antes.

Doc le quitó el fragmento óseo, operación que realizó con la mayor delicadeza y sangre fría y le cosió el pericráneo con cuerda de guitarra, que se la quitaría en cuanto tuviera cicatrizada la herida.

Pasaron los efectos del anestésico.

—¿Cómo estás, hijo? —interrogó Doc al operado.

—Me duele un poco la cabeza —replicó el muchacho.

¡El tono con que expresó tales palabras demostraba que estaba curado!

¡Aquello era milagroso! Monk, Ham, Renny, Long Tom y Johnny cambiaron una mirada de extrañeza.

Acostumbrados como estaban a los prodigios operados por Doc y aún a sabiendas de que operaciones como aquélla se llevan hoy día a cabo con gran éxito, estaban asombrados.

Fuera del mundo exterior, perdidos, sitiados en lo profundo del bosque pantanoso, y recibiendo con intervalos de un minuto verdaderas rociadas de plomo, el hecho les parecía sobrenatural.

Reconocieron la trinchera y cada uno de ellos se fue colocando ante la ametralladora respectiva.

El tiempo transcurría pausadamente. Long Tom terminó de montar el auditivo micrófono. Este aparato era muy parecido, sólo que más perfeccionado, al usado por los defensores de Londres durante la gran guerra para escuchar el sonido de *zeppelines* o aeroplanos cuando éstos efectuaban un raid sobre la ciudad.

Serían poco más de las doce del mediodía, cuando distinguió Doc a Buck Boontown, que dirigía la masa de los sitiadores.

Doc le hizo señas. Su intención era informarle de que en breve se le reuniría su hijo. En realidad ya no era necesario que permaneciera junto a ellos por más tiempo.

Siendo ya una persona normal, no corría peligro aunque anduviera por la marisma, ni de haber pretendido ayudarles hubiera consentido Doc que el muchacho se convirtiera en adversario de su padre.

Buck era desconfiado. Creyó que le tendían un lazo y respondió a tiros. Tan certeros eran éstos, que Doc se retiró, vivamente, al interior de la trinchera.

Buck Boontown celebró con una risita sardónica los resultados de su buena puntería.

—¡Bien! ¡Por poco le doy! —exclamó satisfecho.

Contempló la trinchera y los pequeños bordes de fango levantados para su defensa por los sitiados de la colina y pidió a su odiosa deidad que le diera nueva ocasión de demostrar que era un excelente tirador, mas no fue complacido.

Uno de los hombres-mono le abordó con las siguientes palabras:

—Te llama el Araña Gris. Espera que vayas a reunirte con él al castillo del Mocasín.

—Voy en seguida, *OUI* —repuso Buck, halagado por el mensaje.

Era mucho más inteligente que el clan de seres inferiores que le

rodeaba y a los que la existencia de varias generaciones en la marisma convertía en casi salvajes, pero así y todo no poseía un espíritu refinado, por lo cual se hinchó como un pavo ante la atención del Araña.

¡*Sacré*! ¡Aquello sí que era un jefe! Tampoco era flojo sueldo el que daba a sus servidores. Tal era la opinión de Buck.

Un pistolero de la ciudad se hubiera burlado de la tacañería del Araña: para aquellos pobres parias, cualquier suma pequeña era una fortuna.

Mientras penetraba más y más en la espesura Buck iba haciendo las cuentas de la lechera. Él tenía sus ahorros, que aguardaba en la marisma dentro de un cesto de fruta.

Ahorraría más. Quizá llegara a tener el dinero suficiente para trasladarse a Nueva Orleans y pasar allí el resto de sus días.

Había oído hablar de las maravillas que encerraba la metrópoli, pero nunca había estado en ella. Jamás había salido de la región pantanosa donde había nacido.

¡Y la marisma distaba solamente unas horas de la populosa capital de la Luisiana!

Legua tras legua devoró Buck en su marcha, manteniéndose constantemente en línea recta y desviándose únicamente cuando no podía franquear un pozo de fango.

En aquellos momentos penetraba en la parte más remota de la región, que visitaban en raras ocasiones los mismos habitantes de la marisma.

Su acceso estaba prohibido para todos, excepto para los íntimos del Araña, pues en ella estaba el cuartel general del jefe, el famoso Castillo del Mocasín, cubil de la fiera.

Buck se encaramó a un ciprés para cerciorarse de que no había errado el camino.

No lo había errado. ¡A menos de una legua de distancia erguíase el Castillo su mole!

No cabía dudar de que le habían visto cien veces los pilotos de los aeroplanos que volaban sobre la vasta extensión pantanosa y los alrededores del *bayou*.

Ellos habían reparado en la eminencia cubierta de árboles y arbustos, que sobresalía del resto del territorio, mas, probablemente

la habían tomado por un soto de altos árboles.

De haber volado más bajo, hubieran visto que los árboles crecían en una prominencia cubierta de lianas que tampoco era lo que parecía, sino un gran edificio de piedra, cuyo techo, puertas y ventanas permanecían ocultas bajo la exuberante vegetación propia del clima.

Pues bien: a la tan bien simulada construcción de piedra se aproximó Buck Boontown.

Un guarda armado hasta los dientes le salió al reencuentro y no le franqueó el paso hasta que no le hubo explicado el objeto de su visita al Castillo.

Más adelante, tropezó con un segundo guarda tan bien pertrechado como el primero.

El castillo era absolutamente impenetrable para el viandante. Años se había tardado en edificarle y sólo los íntimos del Araña conocían sus secretos.

El plan de campaña del jefe no había sido elaborado en un momento ni tampoco había sido cosa de un instante, preparar la venta de las grandes compañías madereras del Sur.

En concebir y preparar uno y otro proyecto se habían empleado varios años.

Buck fue admitido en el castillo por la puerta secreta.

El pasadizo en el que penetró tenía de piedra las paredes. Bombillas eléctricas iluminaban el camino.

La atmósfera era limpia y pura formando marcado contraste con el mal oliente vaho que despedía la marisma.

Naturalmente, Buck desconocía lo que es una máquina purificadora del aire y por ello atribuyó a una causa sobrenatural, a la presencia del Araña Gris, el puro ambiente que se respiraba en el interior del castillo.

Al extremo del corredor había una extensa habitación en la que penetró.

Un genio de la pintura futurista debió decorarla, sin duda, pues ornaban sus paredes una serie de rayas, puntos y manchas verdes, rojas, azules, amarillas, blancas, doradas y plateadas, sin orden ni concierto… ni sentido de la estética.

Ocultas luces de colores que se encendían o apagaban de vez en

cuando, daban el último toque fantástico a la escena.

Ésta había sido deliberadamente preparada para impresionar la primitiva inteligencia de los moradores de la marisma que adoraban a las paganas deidades del vudú.

En mitad de la estancia y sobre un trono de oro… en apariencia, pero en realidad de madera pintada de purpurina, estaba sentado el Araña Gris.

Aquel trono producía la sensación de una riqueza ilimitada en la mente de Buck.

El Araña llevaba puesta la máscara de seda y la bata pintada. La repulsiva tarántula gris corría sin parar sobre una de sus manos.

—¿Qué deseas de mí? —preguntó Buck a su jefe con voz temblorosa.

Antes de responder emitió el Araña unos cuantos monosílabos incomprensibles. Hacia esto para contribuir al ambiente sobrenatural que creaba en torno suyo la bien preparada escena.

—Buck Boontown: te considero uno de mis servidores más fieles y dignos de confianza —dijo al cabo el Araña.

—*OUI*, ¡gracias! —replicó altamente complacido el hombre-mono.

—Y voy a encomendarte una tarea delicadísima —siguió diciendo el Araña.

—¿*Oui*? Pues la haré al instante. —Tan impresionado estaba el pobre Buck con lo que veía, que a una sola palabra del jefe le hubiera entregado la vida.

El Araña le mostró una bolsa de piel semejante a la que usan ciertas casas de comercio para llevar sus ingresos al Banco.

Estaba llena de monedas de plata cuyo valor ascendía a unos cien dólares.

Buck se apoderó ansiosamente de ella. Como la mayoría de los seres primitivos le emocionaba más, muchísimo más, la vista del dinero en moneda contante y sonante que los billetes de Banco.

—Ésta es tu recompensa —le dijo el Araña—. Tú paga por lo que vas a hacer. Más tarde, si me sirves bien, te daré otro quehacer… y otra suma como ésta.

Buck Boontown sólo pudo balbucear unas palabras de gratitud.

El Araña alzó la diestra y, en respuesta a la señal, entraron dos

hombres-mono en la estancia llevando entre ambos una caja del tamaño de un baúl mundo pequeño.

—¿Sabes lo que es esto? —preguntó el jefe.

Buck se quedó mirando, embobado, el contenido de la caja. Parecía hallarse perplejo… y decepcionado.

—¡Moscas! —murmuró—. Moscardones de los que vuelan por la marisma.

La decepción del hombre-mono pareció producir un gran placer a su jefe, que soltó una carcajada sonora tras de los sédenos pliegues de la máscara.

—Parecen inofensivas, ¿eh?

—*OUI*. Les gusta morder al hombre, pero su mordedura no tiene consecuencias —repuso Buck Boontown.

El Araña dejó oír una nueva carcajada.

—Te equivocas, hombre de la marisma —manifestó—. Estos insectos no son moscardones corrientes. Si uno de ellos te mordiera morirías al momento.

Buck Boontown le miró con incrédula expresión.

—Parecen moscardones corrientes —explicó el Araña— porque en efecto lo eran antes de cogerles yo. Después les he rociado con un veneno muy activo que han absorbido sus cuerpos sin afectarlos en lo más mínimo. Pero sus mordiscos son venenosos. Ocasionan la muerte instantánea de un hombre.

—¡*Sacré*! —exclamó impresionado Boontown.

El Araña Gris se sonrió.

—El veneno que contienen está hecho por mí y su fórmula es un secreto. Tú no sabes lo que me costó llegar a encontrar sus componentes y que éstos produjeran el efecto deseado. Pero ¡lo he conseguido al fin!

»Además, esas moscas están muertas de hambre. Se alimentan de sangre. Ya puedes figurarte cómo se posarán sobre todo ser vivo que encuentren cuando salgan de su caja. ¡Y aquél a quien muerdan, morirá!

»Te la doy para que la dejes ir allí donde se encuentren Doc y sus hombres».

Buck Boontown arrugó la frente.

—*OUI*, más ¿no me morderán y matarán también a mí?

—Para abrir la tapa, usa de un aparato de relojería que voy a entregarte —dijo el jefe—. Tu tarea se reduce, simplemente, a llevar la caja cerca de las trincheras y excavaciones de la colina y poner el aparato de modo que se abra al amanecer. Haz que tus compañeros abandonen antes las cercanías del poblado, y las moscas aniquilarán al enemigo. ¿Has comprendido?

—¡*OUI*! —replicó Buck Boontown. Recibió instrucciones detalladas respecto al modo de hacer funcionar y colocar en la caja el aparato de relojería y partió del Castillo del Mocasín con la caja de las moscas a la espalda.

La distancia que debía recorrer en su viaje de vuelta al lugar en que estaban sitiados Doc y sus hombres era larga y, por consiguiente, llegó a las inmediaciones de la colina después de media noche.

Delante de ella cambió unas palabras con sus hombres, ordenándoles que la abandonaran al momento.

—Tu hijo Sill ha regresado —le comunicó uno de ellos—. Está con tu mujer.

A Buck le alegró extraordinariamente la noticia.

Dejó la caja en el suelo y preparó el aparato convenientemente. Al amanecer se abriría la caja y ¡volarían las moscas por la marisma!

Ni Doc Savage ni sus hombres sospecharían de tan inofensivos insectos que les morderían causándoles la muerte.

Buck corrió a reunirse con su mujer. Ansiaba ver a su hijo, a su Sill, a quien amaba entrañablemente.

¡Pobre, infortunado, Sill! Quizás algún día, cuando fueran a vivir en la ciudad de Nueva Orleans, le llevaría a un gran doctor que le curara.

Buck ignoraba que acababa de sentenciar a muerte al hombre que con su extraordinaria habilidad había hecho de Sill un ser normal.

XVI
El desquite



Buck Boontown se detuvo, varias veces, en el camino para interrogar a los compañeros que iban de retirada. Deseaba asegurarse de que no faltaba ninguno.

Y en efecto: no faltaba. La orden de abandonar seguidamente las inmediaciones del poblado había circulado ya de boca en boca.

Además, aseguraron a Buck que ni el hombre de bronce ni sus hombres se habían dado cuenta del éxodo que se llevaba a cabo.

—Al amanecer ¡morirán! —exclamó complacido Boontown.

Y reanudó la marcha. Sabía que las mujeres y los niños acampaban a una legua de distancia de la colina, mas, al llegar al lugar que ocupaban, lo halló vacío.

Perdió veinte minutos en averiguar que se habían instalado dos leguas más allá y siguió sus huellas.

De un punto lejano, en el gallinero de alguna cabaña, se alzaba el canto del gallo. Los mochuelos habían cesado de ulular. El cielo comenzaba a teñirse de blanco hacia Oriente. Ya las nubes más altas se sonrojaban con los primeros rayos del sol naciente…

Despuntaba el alba…

Buck se reunió a su mujer y su hijo.

—¿Cómo está el muchacho? —preguntó a la primera.

—Bien, papá —respondió Sill Boontown.

Algo en el tono con que pronunció estas palabras hizo intuir al padre parte de la verdad.

Un júbilo indescriptible alteró sus marchitas facciones. Lo que

esperaba había llegado ya. Se lo decía claramente el semblante alborozado de su mujer.

Rápidamente fue narrada la historia de la curación de Sill y éste explicó a sus padres cómo se había realizado su portentosa cura.

Al concluir su relato mostró a Buck Boontown un fajo de billetes.

—Me los ha dado el hombre de bronce —manifestó.

—¿Con qué objeto? —preguntó Buck.

—Dice que para que me lleves a la ciudad y me pagues el colegio —replicó el muchacho.

Buck contempló los billetes. Trabajosamente sacó la cuenta de su equivalente en monedas de un dólar. Excedía en mucho a la suma con que le había pagado su crimen el Araña Gris.

El remordimiento se apoderó de él.

¡Así, el hombre de bronce no era un demonio como le pintaba el jefe!

Él no pretendía acabar, violentamente, con los vuduistas…

Le devolvía a su hijo milagrosamente vuelto a su estado normal.

Además le proveía del dinero necesario para su educación, le facilitaba los medios de que visitara la ciudad maravillosa de Nueva Orleans.

La suma que le donaba era muchísima más crecida que la que él, Buck, soñaba con poder ahorrar.

Tales pensamientos giraban como un maelstrón en su mente, y uno, sobre todo, remordía a su conciencia: ¡por su culpa iba a morir el hombre de bronce!

Buck no era malo, en el fondo. La vida que llevaba le había hecho ignorante y cruel, mas, de haber sido educado de otro modo hubiera sido un hombre de bien.

Lanzó un gemido doloroso y huyó, como alma que lleva el diablo. ¡Sabía lo que le tocaba hacer!

Se dirigió rectamente a la eminencia donde continuaban sitiados Doc y sus hombres.

Esperaba llegar a tiempo de impedir que escaparan las moscas de su prisión, pues sus mordiscos debían ser fatales para Doc. Su carrera era un desafío que lanzaba a la muerte. Por el camino arrojó lejos de sí la ametralladora.

También se despojó del revólver. Tenía que descargarse de peso excesivo.

Vadeó lagos de cieno que de ordinario hubieran evitado con un rodeo.

Matorrales, zarzas espinosas, abrojos, le salían al paso constantemente, pero él seguía marchando. En cierta ocasión se aventuró a entrar en un fangoso trozo de río, infestado de caimanes.

El sol asomaba ya su disco sobre la línea del horizonte… La luz del nuevo día se difundía velozmente la hora en que debía abrirse la caja de las moscas venenosas.

Buck trató en vano de caminar más deprisa. Estaba exhausto. A cada ruidosa inspiración de pulmones se le teñían los labios de una espuma rojiza, pues se había atravesado la lengua de un mordisco.

Por fin divisó la colina. Echó hacia la derecha y vio la caja que buscaba. Un horror sin nombre le invadió súbitamente.

¡Había llegado tarde!

¡La tapa de la caja comenzaba a abrirse!

El hombre no aflojó el paso. Por el contrario, avanzó más deprisa y saltó sobre la caja. De ella habían salido una docena de moscas.

Buck comprendió lo que le reservaba el Destino si realizaba lo que pretendía. Mas, no vaciló.

No obstante haber sucumbido a la influencia de la secta, tenía una moral propia. Doc Savage había devuelto a su hijo la razón perdida, por consiguiente evitaría a su costa que cayera en el lazo tendido por su enemigo.

Una de las moscas venenosas le mordió en un brazo mientras bajaba la tapa de la caja. Apenas se conmovió. Cerró y aseguró bien la caja y después tomó asiento sobre ella.

Deliberadamente consintió que los hambrientos que habían quedado fuera se posaran en su cuerpo, y le extrajeran la sangre indispensable para su alimento.

Al acabar, las fue matando una tras otra.

Después de ultimar la destrucción de la última mosca venenosa, se deshizo de la caja.

Doc y sus hombres le vieron llegar tambaleándose.

—¿Qué le sucede a ese hombre? —murmuró Monk.

Pronto iba a saberlo. Con voz entrecortada les explicó Buck lo sucedido.

Sus palabras eran cada vez más apagadas e incoherentes. Su rostro asumía un color encendido. El veneno obraba sobre él como obra el veneno de la cobra.

—¿Dónde se halla el Castillo del Mocasín? —le preguntó Doc.

Buck se moría y no se hacía ilusiones. Quizás comprendió a última hora la falsedad de la doctrina vuduista; tal vez adivinó que el Araña era un malvado situado más bajo en la escala que la propia Mocasín cuya imagen tatuaba en el paladar de sus esclavos.

Fuera lo que fuera, lo que le movía a obrar bien, era indudablemente en beneficio de la Humanidad.

Ahogándose, explicó en dos palabras la situación del Castillo.

Después quedó exánime. ¡Había muerto!

De este modo saldaba la deuda contraída con Doc Savage.

Profundo silencio sucedió a su fallecimiento. Nuestros aventureros no encontraban palabras con qué expresar su emoción.

Finalmente Monk expresó el pensamiento que estaba en la mente de todos: —¡Ese hombre era un héroe! —exclamó.

XVII
El Araña Gris es…



El calor sofocante del mediodía pesaba sobre el Castillo del Mocasín.

De la selva adyacente y mojada, ascendía y se desparramaba en todas direcciones cálido vapor. Los cardenales, sinsontes y mirlos se mantenían inmóviles y callados sobre las ramas de los árboles emitiendo de vez en cuan chillidos semejantes al croar de las ranas.

Las lagartijas y lagartos que de ordinario se encaramaban tan deprisa por el tronco de las palmeras, avanzaban soñolientos o se detenían, jadeando, a la sombra de la fronda inmóvil.

Era como si la odiosa presencia del oculto y siniestro edificio de piedra hubiera contaminado e inyectado parte de su nefasta influencia a la marisma que le rodeaba.

Pero, en su interior, reinaba un gran contenido que transpiraba a su ambiente y se aguardaban buenas noticias.

El Araña daba vueltas, impaciente, en torno al trono dorado que se alzaba en el centro de la estancia futurista.

Echó la plomiza tarántula al aire y la recogió al vuelo. Todavía vestía la bata bordada y llevaba la máscara de seda.

—¿Qué detendrá a esos condenados habitantes de la marisma? —murmuró al cabo—. A estas horas tenían que haberme mandado un mensajero para notificarme la muerte de Doc y de sus hombres.

La repugnante tarántula trepaba en aquel momento por su bata moviendo a compás las largas patas. La cogió con vivo ademán.

—Probablemente temerán acercarse a la colina —decidió, tras

de reflexionar un instante— para cerciorarse de que los enemigos han sido víctimas de las moscas, pero ya no pueden tardar mucho en hacerlo.

Se aproximó a la puerta de salida y ordenó al guardián que vigilaba en el portal:

—Diga a los guardas que en cuanto llegue un mensajero lo hagan pasar aquí al instante.

—¡*OUI*! —repuso el hombre-mono.

Tranquilizado volvió a entrar el Araña Gris en la sala del trono.

El vigilante partió en busca de los guardas, penetrando en la espesura de la selva.

De pronto se paró. Algo le había tocado en mitad del pecho con apagado ruido. Se examinó de pies a cabeza y vio pendientes de la pechera de su camisa unos fragmentos de cristal.

Parecían los trozos de una bolita de finas paredes y contenían restos de un líquido que despedía un olor raro y suave, agradabilísimo.

Entonces se quedó dormido.

—¡Estas bolas anestésicas obran como por arte de magia! —cloqueó Monk, surgiendo tras de un matorral. Y desarmó al vigilante.

—Me parece que ya no debe haber más —dijo Ham. Y salió al claro, blandiendo su estoque—. Poco trabajo nos dan, pobre gente. ¿Te agradaría luchar de verdad? A mí, sí.

—¿Y tú qué sabes lo que es una batalla de verdad? —dijo burlonamente Monk.

—¡Callad, muchachos! —ordenó Doc.

En pos de él venían Johnny, Long Tom y Renny. Junto al hombre de bronce parecían dos pigmeos y un gigante, no porque Johnny y Long Tom fueran enanos ni muchísimo menos, sino simplemente porque estaban en buena compañía.

—Veamos lo que nos reserva el porvenir, hermano —sugirió Doc con suavidad.

Salieron de la selva y, frente a ellos, distinguieron la mole del Castillo.

—¿Cómo entrar en él? —dijo Ham, perplejo.

—¡De un modo u otro! —replicó resueltamente Monk.

Sacó una granada, tiró la aguja de percusión y la echó lejos de sí. El huevo de metal fue a chocar con una de las paredes de ladrillo cubiertas de enredadera y originó una cortina de llamas.

La sólida piedra se convirtió como por arte de hechicería en polvo, humo y una lluvia de fragmentos terrosos. El estruendo de la explosión repercutió, en salvas, por toda la marisma.

Cuando se extinguió el humo, apareció en la pared un gran boquete.

Doc y sus hombres penetraron a paso de carga por la brecha abierta en el Castillo.

A su paso se desmoronaban trozos de mampostería; agacharon el cuerpo y marcharon a través del humo acre que aún quedaba en el fondo de la brecha, y de una nube cegadora de polvo.

Ante ellos se extendía una vasta sala decorada con bastante mal gusto. El papel de sus paredes tenía un dibujo abigarrado de manchas, rayas y motas multicolores.

Era feo de verdad, vulgar, ordinario. Luces de colores diversos cegaban la vista del que las miraba.

Un gran trono de relumbrón ocupaba el centro de la estancia.

Al extremo opuesto atravesaba el umbral de una puerta, en aquel crítico instante, un hombre vestido de bata y con una máscara de seda.

Apenas vislumbrado, su batiente se cerró de golpe. Después rechinó una llave en la cerradura.

—¡Ahí va! —gritó con voz atronadora Renny.

Doc y sus hombres persiguieron al Araña.

En mitad de la habitación Monk se detuvo para saltar a pie juntillas sobre la repulsiva tarántula del Araña. En su huída, el jefe la había dejado caer al suelo y alocada trazaba en el suelo círculos convergentes.

—¡Confío en que será un buen augurio! —murmuró Monk al aplastarla bajo sus grandes pies.

Golpearon la puerta. Era de madera. La ametralladora de Renny hizo un ruido semejante al de una remachadora de vapor.

Tenía una puntería excelente y separó la cerradura de la puerta más limpia y pulcramente que con una sierra adecuada.

El batiente se abrió.

—¡Por aquí! —dijo Doc. Sus oídos aguzados acababan de captar el rumor de los pasos del Araña, que arrastraba algo los pies al andar.

Bajaron por un corredor. Un tramo de escalera les llevó a las entrañas de la tierra. Doc descendió saltando los escalones de cinco en cinco.

Colocaba los pies en el centro matemático de cada quincuagésimo peldaño que pisaba, como hacía cuando se trataba de bajar de uno en uno.

Monk quiso imitar la hazaña y por poco se mata. Hecho un ovillo bajó rodando la escalera y se levantó de un salto al llegar al final.

Por suerte no se había hecho más daño, que si fuera una pelota de goma.

—Gracioso como de costumbre —comentó Ham finalmente.

—Eso digo yo —replicó tranquilamente Monk.

El estampido ensordecedor de una ametralladora ahogó su respuesta.

Una lluvia de balas arrancó a ambas paredes del corredor esquirlas pedregosas.

Renny respondió a la descarga con su arma, que vomitó fuego por dos veces. Hondo silencio sucedió al incidente, si se exceptúa el rumor de una rápida carrera y la respiración anhelante de los hombres en acción.

El Araña daba en aquellos momentos muestras de gran agilidad. Era que la muerte aleaba con helada respiración sobre su espalda.

El tramo de escaleras terminaba en un nuevo pasillo, que tenía a ambos lados sendas rejas de hierra separadas por tabiques medianeros. Parecía el corredor de una cárcel.

¡Junto a las rejas se apiñaban varios rostros!

Doc vislumbró al pasar las agraciadas facciones de Edna Danielsen. Después distinguió las de Eric el Gordo y unos pasos más allá el rostro de Horacio Haas. Llevaba todo manchado el flamante atavío.

¡El corredor era una prisión!

En él estaban encerrados los presidentes y propietarios de las grandes compañías madereras del Sur, a quienes el Araña imponía

su voluntad obligándoles, como ya sabemos, a firmar la venta de sus propiedades a hombres que eran sus instrumentos.

La persecución emprendida llevó a Doc y sus compañeros a otra habitación.

Era un despacho con su mesa-escritorio, máquinas calculadoras y archivos de puerta metálica.

En su huída, el Araña había cogido de encima de la mesa un puñado de papeles y escapaba por una segunda puerta situada al fondo del despacho.

Con la prisa dejó caer los papeles y traspasó el umbral de la puerta medio segundo antes que Doc.

Se oyó un portazo. Esta vez el batiente era de sólido acero. Además, se la aseguró por dentro.

Doc recogió los papeles esparcidos por el suelo y corrió junto a Monk.

—A ver ¡pon un huevo! —le ordenó riendo.

Monk extrajo una bomba de mano del ancho bolsillo de su americana.

—¡Santo Dios! —exclamó Ham haciendo memoria de su caída de poco antes por la escalera—. Pero ¿llevas llenos de eso los bolsillos?

Doc Savage ojeó los documentos de que se había apoderado. Constituían un hallazgo precioso.

Eran un completo record de las sucias transacciones del Araña, al que acompañaban una nómina de los empleados que trabajaban a sus órdenes.

Tales documentos constituían por sí solos una prueba suficiente para meterle en la cárcel y poner en fuga a la banda que había organizado.

La granada de Monk había estallado y en la puerta se abrió una cavidad suficiente para dar paso a un hombre. Además, el batiente pendía de sus goznes.

Doc y sus hombres se lanzaron a la carga.

Pero tropezaron con una resistencia inesperada.

La puerta daba acceso a una vasta pieza en la que se hallaban unos treinta terrosos habitantes de la marisma.

Todos iban armados. Eran los miembros del círculo íntimo del

Araña.

Era evidente que habían sostenido una especie de cónclave. En el centro de la pieza había una caja, agujereada, como para dar entrada en ella al aire y cubierta con fina tela de alambre.

¡Estaba llena de moscas venenosas! Evidentemente las tenía a mano el Araña para el caso de que le fallara su plan de dar muerte a Doc… como así había sido en efecto.

Al entrar Doc, acababan de examinarla los íntimos del jefe.

Sonó la detonación de un arma de fuego. La bala pasó rozando el bronceado cabello de Doc sin penetrarle, afortunadamente.

La ametralladora de Renny contestó al ataque con tecleo ruidoso.

Semejaba un saco que se vaciara rápidamente.

Mas, una batalla no puede ser ganada disparando uno o dos tiros. Los íntimos del Araña apuntaron a los hombres de Doc con sus ametralladoras.

El Araña se había refugiado detrás de ellos. De súbito inició un *Kick up* y lanzó una granada de mano con la punta del pie.

El huevo de metal voló por el aire en línea recta.

Doc y sus hombres parecían destinados a perecer. No contaban con tiempo suficiente para retroceder ni tampoco podían rechazar la granada con la mano, como si fuera una pelota, pues estallaría al más ligero choque y en su interior llevaba nitro en cantidad suficiente para reducir a polvo a los seis hombres.

Como en otras ocasiones fue el gigante de bronce el que salvó la situación.

Con velocidad tal que la vista no fue capaz de apreciarla arrancó la ametralladora de las grandes manos de Renny y el arma voló por el aire.

El lanzamiento fue llevado a cabo con perfecta puntería.

A mitad del camino detuvo la marcha de la bomba de mano y ésta estalló cerca de la caja colocada en mitad de la habitación.

La caja se rompió.

De ella se escapó un enjambre de moscas…

—¡Atrás! ¡Fuera de aquí! —La voz potente de Doc sonó como un trueno.

Él y sus hombres giraron a un tiempo sobre sus talones y

huyeron de las moscas. Detrás de ellos oyeron gemir a los hombres del Araña.

Los hambrientos insectos caían sobre ellos, haciéndoles víctimas de su propia maldad.

De todos los bribones que quedaban en la cámara de la muerte sólo el Araña Gris tuvo presencia de ánimo suficiente para huir en pos de Doc Savage.

Y sólo, detrás de él, manteniéndose a la distancia de unos veinte pasos.

Temía que acarreara su muerte la trompa contaminada de las moscas.

Al sentir sus mordiscos en su carne exhaló agudo gemido y trató de ahuyentarlas quitándose la máscara y agitándola en torno de su cabeza.

Fue entonces cuando Doc y sus camaradas distinguieron las facciones del hombre que se apodaba a sí propio el Araña Gris.

Habían llegado al extremo del pasillo y en aquellos momentos cruzaban el umbral de la puerta que le aislaba de las celdas donde estaban encerradas las víctimas del Araña.

En el preciso momento en que ponían el pie en la línea divisoria, el monomaniático que venía corriendo detrás de ellos se pisó la larga túnica y cayó de bruces al suelo.

Las moscas venenosas, sedientas de sangre, volaron en torno de sus alteradas facciones y se posaron en ellas infligiéndole mil muertes con sus mordiscos.

Sólo un momento clavaron, Doc y sus hombres, la mirada en aquel rostro convulso; mas sólo un momento bastó para reconocer los rasgos de aquel demonio que elaboraba sus planes con tan perversa y cruel habilidad.

En aquel momento Doc y sus compañeros de aventura vieron a la única persona de quien jamás habían sospechado.

Su rostro era el de Silas Bunnywell… y los gemidos que escuchaban exhalados era por su voz, aquella misma voz que habían creído reconocer en la marisma por su timbre familiar.

¡Silas Bunnywell, el decrépito, y, en apariencia, inofensivo tenedor de libros de los Danielsen, era el Araña Gris!

Con enérgico portazo cerró Doc la puerta del pasillo, dejando en

él encerrados al jefe y los miembros secretos de la banda del Mocasín.

¡La muerte que habían planeado para otros iba a cebarse en ellos!

Colgado de un saliente de la pared, tras de la puerta, halló un llavero con varias llaves. Éstas abrían las puertas de las rejas tras de las cuales estaban los prisioneros del Araña y Doc les dio suelta seguidamente.

¡Lastimoso era su estado! Muchos lloraban de alegría y todos testimoniaron su gratitud a Doc Savage.

Algunos habían estado presos varios años. Por lo visto, la banda del Araña llevaba largo tiempo operando a la sombra.

Sólo últimamente se había atrevido su jefe a atacar a las grandes compañías madereras, porque se sentía más fuerte.

De entre estos testimonios, el más conmovedor fue el dado por Edna Danielsen cuando la abigarrada procesión abandonó el Castillo del Mocasín.

Y no por lo que dijo, aun siendo harto elocuente, sino por el calor, por el sentimiento que puso en ellas.

Por la mezcla de gozo y desesperación con que despidió a Doc como si finalmente comprendiera que debía ocultar en el fondo de su alma y mantener allí encerrado el sentimiento que el hombre de bronce había hecho nacer en ella.

Monk, que generalmente comprendía todos los estados de ánimo, expresó de este modo lo que experimentaba en aquellos momentos:

—Duro es para esa hermosa muchacha haberse interesado hasta ese extremo… mas, aún no ha nacido la mujer que pueda enamorar a nuestro Doc.

Una vez fuera del castillo, cuando la deslumbrante luz del sol bañó sus rayos a nuestros aventureros, cedió la tensión nerviosa de sus nervios.

De momento, había concluido su trabajo.

Doc, que iba algo apartado del grupo se inmovilizó de pronto. Pensativo, clavó la mirada al Norte.

¿Era ello, acaso, como un presentimiento?

Pues en las tierras del Norte iba a localizarse la loca aventura en

que iba a verse envuelto, el terrible peligro que correrían, antes de un mes, en las desoladas regiones árticas.

Sobre el continente polar él y sus compañeros iban a pelear contra una fuerza cuya ferocidad no tenía igual. Y la recompensa del vencedor sería un tesoro fabuloso y perdido bajo la cárdena luz de la aurora boreal.

Ellos entablarían una guerra a muerte bajo las aguas del mar polar.

Pero en aquellos momentos, Doc ignoraba todo esto, desconocía lo que le reservaba el Destino.

Pensaba en la cara del Araña Gris, en la cara del viejo tenedor de libros, en Silas Bunnywell, en una palabra, ¡qué en aquel momento yacía en el suelo, víctima de su propia maldad!

∞



LESTER DENT. (Missouri, E. E. U. U. 12/10/1904 - 11/03/1959). Nació en la casa de sus abuelos maternos. Era el único hijo de una pareja de granjeros que vivía en Pumpkin Buttes, Wyoming. Allí vivieron hasta que su familia dejó el rancho y el aislamiento de Wyoming y se mudó de nuevo a La Plata, cuando Lester estaba en octavo grado.

A los diecinueve años entró en un *business college* con la intención de hacerse banquero. En el otoño de 1924 con sus estudios ya finalizados, obtuvo un trabajo en la «Western Union» como telegrafista.

En Mayo de 1925 se mudó a Ponca City, Oklahoma, y comenzó a trabajar como telegrafista para la «Empire Oil&Gas Co». Conoció a Norma Gerling, y se casó con ella en Agosto de ese mismo año. En 1926, Dent entró a trabajar para «Associated Press en Chickasha», mudándose posteriormente a Tulsa. Allí conoció a un compañero que había vendido una historia a una revista de *pulps*.

Dent comienza así una prolífica carrera.

«Top Notch Magazine» fue la primera revista en publicar una historia de Dent: *Pirate Cay* apareció en su número de Septiembre

de 1929. Poco después, Dent recibió un telegrama de «Dell Publishing» ofreciendo pagarle el viaje a Nueva York e incluirle en plantilla.

Durante un tiempo trabajó para «Dell», aumentando su popularidad entre los demás editores.

Dent sintetizó el sistema que utilizaba para escribir este tipo de historias: Se trata de una fórmula, una trama principal genérica, aplicable (según él) a cualquier historia de género de 6000 palabras.

Solía escribir dos historia al mes y complementaba estos ingresos escribiendo además otras historias (ajenas a Doc Savage).

Durante la Depresión, ganaba ya al menos
18 000
dólares al año (unos tres millones de pesetas).

Lester adquirió un velero de 40 pies, al que bautizó como «Albatross» en el que tanto él como su esposa vivieron durante varios años. Navegaron por toda la Costa Este y por el Caribe.

Años después, Dent vendió el velero y se trasladó a Death Valley en busca de oro. Sus exploraciones en el Suroeste le procuraron ser miembro de honor del famoso «Explorers Club». A pesar de todo esto, su producción literaria continuaba creciendo. Finalmente, se «retiró» a La Plata, pese a lo cual continuó escribiendo. Durante su estancia en La Plata, se hizo socio de una empresa de fotografía aérea, ¡y jefe de *Boy Scouts*!

Doc Savage Magazine expiró de causas naturales en 1949, pero Dent continuó escribiendo (sobre todo relatos de misterio y westerns) hasta 1958. En Febrero de 1959 sufrió un ataque al corazón y murió el 11 de Marzo de ese mismo año.